

*CALIXTO OYUELA*

---

CANTOS



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS

680 — CALLE DEL PERÚ — 680

---

1891



# CANTOS

---

## A FRAY LUIS DE LEÓN

*But when the intervals of darkness come, as come they must ;  
when the sun is hid and the stars  
withdraw their shining, we repair  
to the lamps which were kindled  
by their ray, to guide our steps to  
the East again, where the dawn is.*

(EMERSON)

Como celeste canto  
Resuena tu inspirada poesía,  
Y asciende en vuelo santo,  
Y su alta melodía  
Limpias ondas de amor al alma envía.

Vibra tu grande acento,  
No en el hervor de popular tumulto,  
Do el que hoy oye el concento.

De fervoroso culto,  
Blanco es mañana de candente insulto ;

Sino en la sacra esfera  
Donde gloriosa la virtud fulgura,  
Y en tibia primavera  
Aura de virtud pura  
Besa y abre la flor de la hermosura.

Tu voz, sin pompa vana,  
Adulación sonora del sentido,  
Se lanza dulce y llana  
En el alma, sin ruido,  
Cual ave amante en el oculto nido.

Rompió en un nuevo oriente  
La hermosa lumbre de la edad pagana,  
Y aquel ritmo potente,  
Aquella gracia arcana  
Se derramó en tu mente soberana.

Mas la antigua hermosura  
En tu sublime fe, en tu ardiente celo  
Fundió su esencia pura,  
Y con místico anhelo  
Voló, serena y encendida, al cielo ;

Cual urna primorosa,  
De nítido alabastro construída,  
Se ostenta más hermosa,  
Con más luciente vida,  
Si de interno fulgor brilla encendida.

Tu numen vivifica  
Naturaleza toda, y la levanta,  
De nuevas gracias rica,  
Á ser la lira santa  
Donde el Eterno sus grandezas canta.

Sus plácidos rumores,  
Su mudo acento, su menor rüído,  
Sus rayos tronadores,

Con profundo sentido,  
Como divino són hieren tu oído.

Y el oloroso huerto  
Que cultivas *del monte en la ladera,*  
*De bella flor cubierto,* <sup>1</sup>  
Por secreta manera  
Tu mente eleva á la celeste esfera.

Como aquel que vagando  
Por hondo valle, más amigas siente  
Las voces con que hablando  
Está perennemente  
Naturaleza en su callado ambiente;

Y la vista tendiendo  
Á la imperial dominadora cumbre,  
Volar quiere, venciendo  
La mortal pesadumbre,  
Allá donde entrevé ríos de lumbre :

<sup>1</sup> *La vida notivada*

Tú así, en ansia constante  
 Por arrancarte á la terrena arcilla,  
 Ardes por la distante  
 Esfera sin mancilla  
 Donde la patria de las almas brilla.

¡Cuál de júbilo y pena  
 Sublime confusión te embebecía,  
 Cuando NOCHE SERENA  
 Por la bóveda umbría  
 Resplandecientes lumbres extendía !

¡ Oh cómo desplegaba  
 Tu purísima fe sus alas de oro !  
 ¡ Cómo en busca volaba  
 Del místico tesoro  
 De amor, que inflama el centellante coro !

Allí, en visión dichosa,  
 Celebra la región en que florece  
 Perenne nardo y rosa ;

Y el himno que la ofrece  
Con blanca luz de gloria resplandeece <sup>1</sup>.

¡Mortal á quien fué dada  
Alta contemplación de la ventura  
Al mundo real velada ;  
Y ver, tras niebla obscura,  
Limpia y radiante la sublime altura !

Huella el suelo tu planta,  
Y la tierra te manda sus rüidos ;  
Mas tu alma se levanta,  
Y pasea encendidos  
Por entre eternos soles sus sentidos.

¡ Oh vén á mí, vén ! Lleno  
Me siento de tu amor, grande agustino :  
Yo amo el fulgor sereno,  
El raudal cristalino  
De tu sencilla fe y candor divino.

<sup>1</sup> *Morada del cielo.*

Henchido de alto anhelo,  
Hijo de una región joven y hermosa,  
Á quien romper el hielo  
De la materia odiosa  
Le falta sólo para ser dichosa ;

Á ti, que eres creencia,  
Poesía, ideal, mi lengua aclama ;  
Y ansiando por la esencia  
Que tu espíritu inflama, .  
Pongo mi corazón sobre tu llama.

1886.



# LA VUELTA AL CAMPO

## I

¡Héme otra vez en el risueño albergue  
Donde las limpias horas  
De mi niñez tranquila,  
Bordadas de inocencia trãnscurrieron!  
¡Cuánto sangriento y férvido combate  
Reñido desde entonces  
En lo íntimo del alma, ¡ay! trocaron  
En hondo hervor su virginal reposo!  
¡Qué de afanes, congojas y dolores  
La trama de mi vida  
Con largo hilo de hierro entretejieron!  
¡Cuántos goces también, cuántos vivaces

Afectos, encendidos  
Al recio golpe en mundanales yunques!  
Allí el amor, anhelo de hermosura,  
Lanzó á mi corazón dardo süave,  
É hizo que en él brotaran,  
En vez de sangre, inmarcesibles flores.  
El envió á iniciarme en sus misterios,  
No á sensual Safo, ni á Diotima docta,  
Mas á cándida virgen, sin más ciencia  
Que la de alzarme á la región celeste  
Con la amorosa lumbre de sus ojos,  
Y la abundante miel de sus palabras.

Allí, en largas vigiliass, devorado  
Del ansia de saber, vi derrumbarse  
Del tiempo en los abismos,  
En honda convulsión, siglos é imperios;  
Tremenda sobre el mundo  
De Dios la eterna maldición sonando;  
Y la virtud serena  
Pasar cual lampo entre siniestras sombras.

Vi lanzar á la espada del guerrero  
Sangriento resplandor, y oí el heroico  
Clamor de la victoria,  
Que en lamentos los ecos devolvían.  
¡Y cuál fué mi embeleso, cuál mi encanto,  
Al ver á algún mortal semi-divino  
Seguir, bañada en luz la augusta frente,  
La oculta y nemorosa  
Senda por donde fueron  
*Los pocos sabios que en el mundo han sido !*

Entonces vi también surgir del polvo  
De las antiguas ruinas,  
Siempre armónico y simple, siempre joven,  
Radiante de hermosura, el mundo griego.  
¡Encarnación vivísima y profunda  
Del arte y la belleza ;  
Potente vibración, himno perenne,  
Pueblo de héroes y dioses, yo te adoro !  
Tú hiciste resonar entre mi alma  
La majestuosa voz del grande Homero,

La rápida y süave  
Armonía de Píndaro, el rugiente  
Arranque de Demóstenes, el claro  
Acento de Platón, noble y sublime.  
Y amé lo que tú amabas,  
Y viví de tu vida, y tomé parte  
En la hazaña inmortal de los trescientos,  
Y vi á Jerjes huír torvo y sombrío,  
Y contemplé extasiado  
Tus rudos juegos y graciosas danzas,  
Y creí en tus bellísimas ficciones,  
Y escuché á tus sofistas, y sencillo  
Á Sócrates decir en el Liceo  
Una nueva y sin par filosofía,  
Y de sacro terror fuí conturbado  
Al visitar tu Partenón luciente.  
Mas cuando vi al tirano Macedonio  
Acercarse ominoso á Queronea,  
Quise encender la cólera terrible  
De tus dioses ¡oh Grecia!, porque, airados,  
Con mano formidable

En polvo hundiesen su ambiciosa frente...  
Mas, ¿dónde estaban, dime, dónde estaban?

Caíste en hondo abismo,  
Mas tu aliento inmortal vive é impera,  
Y al extenderse en generosas ondas,  
Engendra nueva vida en nuestras almas,  
Vida de luz y plácida armonía.  
Yo también, encendido  
Con una chispa de tu excelsa hoguera,  
Adoré la belleza, en tí encarnada,  
Y aun soñé alguna vez que hasta mi frente  
En giros luminosos  
La inspiración celeste descendía.  
¡Horas de soledad, coloquios dulces  
Con la Venus Urania!  
Hoy al volver á esta mansión dichosa,  
Y al contar con dolor los eslabones  
Que de mi infancia por jamás me alejan,  
Alzáis aún en mi arrobada mente  
Un deleitoso y vívido recuerdo.

## II

Aun lo son más, empero, los que surgen  
De esa edad infantil, cuya memoria  
Guarda todo mortal, y á lá que siempre  
Torna en sus duelos con amor los ojos,  
Como si viera en ella  
De frescura y de paz fuente escondida.  
¡Y cuántos brotan para mí, radiantes,  
Al llevar otra vez mi incierto paso  
Por entre estas sombrías arboledas,  
Y estas movibles y sonantes cañas!  
Aun veo aquí la huella inextinguible  
Del tiempo aquel que en inocentes juegos  
Y en dulce y blanda placidez corría.  
¡Cuánto estrépito alegre, cuánto agudo  
Grito infantil, de estos agrestes troncos  
En torno resonó, cuando en fingidos  
Raudos corceles, la ruidosa turba

En desorden triunfal los invadía !  
Quién, echando pie á tierra,  
Ágil trepaba por las verdes ramas,  
É iba á turbar gozoso  
La dulce calma del caliente nido ;  
Quién en viva carrera aventajando  
Á los demás, con grande clamoreo  
Enaltecía su sin par victoria.  
Y era de ver cuál la caterva, armada  
De largas cañas y torcidos palos,  
Con marcial ademán, obedeciendo  
Á la estentórea voz del más robusto,  
En tumultuoso batallón marchaba.  
¡ Días hermosos, por jamás huídos !  
¿ Quién podrá ver sin indecible encanto  
Los límpidos raudales  
Que por el alma de la infancia ruedan ?  
¿ Qué es lo que sabe de la horrenda lucha  
Que la entraña del mundo  
Día por día con furor sacude ?  
Nada. Tan sólo advierte

Que vive y goza, y que tras blando sueño  
Por Dios mismo sobre ella derramado,  
Naciendo el día, tornará entre risas  
Á gozar y á vivir. ¡Oh incomparable  
Edad! ¡Oh dulce infancia! Y tú nos huyes!  
¡Y tú pasas también, no eres eterna!

Por la noche, reunidos  
En torno de un inculto  
Trabajador, oíamos pasmados  
De sus labios brotar mil maravillas,  
Largas leyendas, pègrinos cuentos,  
Do en vértigo sin fin se entremezclaban  
Palacios encantados, portentosos  
Jardines, centellantes lagos de oro,  
Lindos mancebos y terribles viejos.  
¡Cuántas preguntas cándidas lanzadas  
Por el atento corro,  
El sabroso relato interrumpían!  
¡Qué honda ansiedad nos embargaba, cuando  
Feroz gigante de nervudos miembros

Lanzaba por los aires  
Á la amante infeliz del héroe invicto !  
¡ Qué férvida alegría al verlos, libres,  
Gozar después de sin igual ventura !  
Jamás esas creaciones soberanas  
Que del ingenio humano  
Son timbre y esplendor, y que más tarde  
Extático admiré, tan honda huella  
Imprimieron en mí, cual los pasmosos  
Y absurdos lances que en la infancia oía.

Mas de cuantos recuerdos  
Aqui me asaltan por doquier, ninguno  
Mayor dulzura á mis afectos brinda  
Que el que es imagen del alegre bando  
En que á encontrar volábamos el coche  
Que nos traía á nuestro anciano padre.  
¡ Qué gozo al columbrarle ; qué algazara  
Á su alrededor formábamos ; qué ansioso  
Cada cual pretendía  
Ser antes que los otros divisado !

Uno al angosto estribo  
Otro al pescante, intrépido saltaba ;  
En tanto que un tercero, penetrando  
En lo interior, en su tostada frente  
El codiciado beso recibía.

¡ Padre : hoy que ya exento  
De mortal velo, gozas la sublime  
Serenidad de las celestes auras,  
Yo siento penetrarme  
De acerba pena é íntima dulzura,  
Recordando la plácida sonrisa  
Que todo tu semblante iluminaba,  
Al contemplarte víctima dichosa  
De nuestro alegre y cariñoso asalto !

### III

Ya todo huyó. Mas al volver con ansia  
Á tu seno, inmortal Naturaleza,  
Y al respirar tus revolantes brisas,

Aun tal vez imagino  
Que aquellos días deliciosos vuelven.  
¿Cómo no fuera así, si hoy te contemplo  
Cual de niño te amé? Desde esta loma,  
Risueña y ondulante  
Miro extenderse la feraz llanura ;  
En un declive, en desiguales grupos,  
Punzantes ñapindás, rústicos talas ;  
Al lado opuesto, esbeltos  
Álamos solitarios, semejantes  
Á solemnes columnas  
De antiguo monumento destruído,  
Al cielo elevan sus soberbias copas ;  
Por la suave hondónada  
Blancas ovejas, bueyes y caballos  
En grata variedad vagan paciendo ;  
Y allá, en lejana altura, medio oculto  
Entre verde arboleda, se divisa  
Nutrido y caprichoso caserío,  
Do en lazo extraño alternan la europea  
Choza del labrador y el rancho humilde.

Blanca humareda en espiral asciende  
Súbito de su seno : es la triunfante  
Locomotora, que silbando rueda,  
Imagen fiel del siglo, hirviente y rauda.  
Ante estos amplios llanos,  
Que una apacible vaguedad envuelve,  
Y sobre cuya faz, allá en la altura,  
Ilimitado el firmamento brilla,  
Mi espíritu anhelante  
Se mece en lo infinito, y confundido  
Con la madre inmortal, en giro inmenso  
Por la tierra y los cielos se difunde.

## IV

¡ Madre Naturaleza ! ¡ Cuánto gozo  
Siento al mirar el variado manto  
Con que las horas al pasar te cubren !  
Al nacer la mañana  
Todo de amor en ti palpita inquieto ;

Y el breve y repetido  
Gorjear de las aves ; los rumores  
Que por tu seno tímidos circulan ;  
Y el blanco velo que en tu frente ondea,  
Anunciarnos parecen que en tu regio  
Tálamo, ansiosa la venida aguardas  
Del monarca del día.  
Rompe, por fin, magnífico, encendiendo  
En rósea lumbre las cercanas nubes,  
Y tú el primero y suave  
Beso al sentir de sus tendidos rayos,  
De pudoroso tinte te coloras.  
Más tarde, ya ascendido  
Al solio del cenit, toda te abrasa  
En su candente fragua, y por tus venas  
Savia de fuego rápida discurre.  
Y al declinar en Occidente... ¡oh triste  
Hora crepuscular, triste y solemne!  
Hora llena de unción, en que se agolpan  
En tropel á la mente los recuerdos,  
Y aun nos parece que en lucientes nimbos

En el pardo horizonte lentos vagan,  
Y con voz misteriosa  
Nos hablan de los días que pasaron,  
De otra luz, de otros mundos y otros cielos.  
Semejas ¡oh Natura!  
La imagen de la eterna despedida,  
Cual si al hundirse el sol entre arreboles  
No ya á ceñirte de esplendor volviera.

¡Oh Noche! ¡Almo sosiego! ¡Cuánto adoro  
Tu silencio elocuente!  
Sólo se escucha el canto  
Tenaz del grillo, entre la hierba oculto;  
El mugir de algún toro; el vigilante  
Ladrido del mastín; y en altas horas,  
Allá lejos, el áspero chirrío  
De larga hilera de pesados carros,  
Que el viento trae unido al quejumbroso  
Melancólico són de los cencerros.  
No turban tu sosiego estos rumores  
¡Oh Noche! antes le tornan

Más íntimo y solemne. En él yo escucho  
Mil secretos acentos  
Que en efluvios suavísimos despides ;  
Y al levantar los ojos  
Á la bóveda inmensa y estrellada,  
No el grito puedo reprimir, ferviente,  
Que desde el fondo de mi alma brota :  
¡ Aquí de Dios, exclamo,  
Está en orbes de luz el nombre escrito,  
Aquí en la muda inmensidad impera !

Todo, Natura, en ti resurge á vida  
Vestido de hermosura ;  
Y al tibio beso de las blandas auras,  
La creación, de tu incansable seno  
Revienta y rueda en infinitas ondas ;  
Mas no por ello turbas tu sencilla  
Solemnidad, tu majestuosa calma.  
¡ Y he de dejarte, por correr á hundirme  
Allá donde los hombres  
Fabrican sus pestíferas ciudades ;

Donde á vil precio la amistad se alquila ;  
Donde los odios que en el alma hierven  
Falsa é infame la sonrisa oculta !  
¡ Do en los hondos abismos  
Del corazón, con timidez cobarde,  
Los más tiernos afectos  
Es fuerza encadenar, para arrancarlos  
Al necio escarnio, á la insultante mofa !  
¡ Sea ! Empero, no en balde  
Me habré bañado en tu sereno ambiente,  
Y en tus puros aromas : así acopio  
Para el mortal combate alientos nuevos...  
Mas ¡ ay ! ¡ quién en tus brazos  
Plácidamente reposar me diera !

Lomas de Zamora, 1883.

## IRIS

Guardo en el fondo de mi alma un vaso  
Desbordante de aromas y armonías,  
Que al reflejar tu límpida mirada  
Un haz derrama de esplendentes luces.  
¡Profundo y dulce arcano -  
Que no del hombre la infatuada ciencia  
Comprenderá jamás! Hasta él no alcanzan  
Ni el poder inmortal del pensamiento,  
Ni la indomable voluntad, ni el rüido  
De la afanada multitud, que el orbe  
Vuelve y revuelve sin hallar reposo.  
Mas ¡oh cuál se abre transparente y puro,  
Cuando la voz del sentimiento, envuelta

En férvidas palabras,  
Dulce penetra en el amante pecho!  
Entonces se respiran  
Auras de un mundo superior, cerrado  
Al que la magia del amor no sabe.  
Y ruedan por la mente  
Raudales de suavísima armonía,  
Que fecundando su virtud creadora,  
De mil visiones sus dominios pueblan,  
Y luego en forma espléndida encarnadas,  
Cobran vida perenne  
Hollando en triunfo los pasmados siglos.

¡ Oh amor, oh amor, encanto  
Eterno y solo del mortal ! Tú sabes  
Con qué inefable gozo,  
Con qué emoción conmovedora y honda,  
Mi alma, entonces virgen,  
Recibió un día tu primer caricia !  
Tú sabes cuántas horas  
De insomnio, y de inquietud, y de delirio,

Sobre mi ardiente corazón pasaron !  
Mas no á agostar su juventud naciente,  
Como tal vez del sol la lumbre viva  
Sobre la nueva flor, de aromas llena ;  
Sino á infundirle aliento poderoso,  
Y fuego, y entusiasmo,  
Y el amor de la gloria, y la constancia  
Contra los dardos que un adverso Numen  
Lanza empapados en dolor, al pecho  
Del que Dios hizo al sentimiento dócil.

Tú me enseñaste fulgurante y viva  
La dulce virgen de mis sueños de oro,  
La de rica y flotante cabellera,  
Cuyo mirar purísimo y sereno  
Del alma aduerme las inquietas ondas.  
¡Cómo, al verla, mi vida,  
Hasta entonces sin norma é infecunda,  
Se llenó de misterios! Savia nueva  
Mi sér transfiguró ; miré del seno  
De nuestra inmensa y generosa madre

Brotar deslumbradores  
Torrentes mil de fuego y hermosura,  
En tanto que mi espíritu, templado  
Para el arduo luchar de la existencia,  
Surgía á respirar las frescas auras  
De risueña y florida primavera.

¡ Ángel de amor ! Si iluminó mi mente  
Una chispa, no más, del regio incendio  
Que arde en los grandes ; si escuché extasiado  
Ese rumor universal que llena  
De mundo en mundo las etéreas ondas ;  
Si el carro de las Horas presuroso  
Vertió sobre mi frente  
Nutrida lluvia de fragantes flores,  
Y sus perfumes aspiré, y la vida  
Vi levantarse espléndida y radiante,  
Ostentando engarzado en su corona  
El fúlgido joyel de la esperanza :  
Á ti, amada, lo debo, á ti tan sólo,  
Huerto oloroso del amor ; rocío

Dulcísimo y potente,  
Que hace lozano erguirse, y rico en frutos,  
Cuanto débil retoño en mí se cría.

Cuando la luz que del obscuro seno  
De las tormentas brota,  
Fatídica en mi frente resplandece,  
Y rueda inmenso el trueno airado y ronco,  
Una sola, mi amor, de tus sonrisas  
En la áurea luz de tu mirada envuelta,  
Basta á calmar los ímpetus soberbios  
De indomable Titán, que agigantarse  
Siento dentro de mí, y honda y terrible  
Ansia de horror y destrucción me inspiran.  
¡ Sí! que tan sólo una palabra dulce  
De tus labios amantes derramada,  
Es bálsamo celeste,  
Es luz de luna, plácida y serena,  
Que amor le infunde por lo grande y noble,  
Y le torna la paz y la alegría  
Á este tu corazón, de amor sediento.

Ver desprenderse de tus negros ojos  
La luz de la pasión ; oír el timbre  
De tu voz argentina y melodiosa ;  
La idea sorprender que rauda cruza  
Por tu frente serena,  
Y aun ver rodar por tu mejilla el llanto  
Brotado á impulso de ligera riña  
Que injusto provoqué : hé ahí el tesoro  
De mis ocultos goces ; la süave  
Música siempre varia,  
Que en mí cual eco suena  
De una armonía que vibró en el cielo.

¡ Cuánto secreto angelical no cела  
Un alma, cual la tuya, amante y virgen !  
¡ Cuán frescas aguas al ardiente labio !  
¿ Y ha de torcer de mí su amado cauce  
Dejando mustias las hermosas flores  
Con que mi senda engalanó ? ¿ Un día  
No llegará, en que al verte esquiva y dura  
Por mí lado pasar, sepultar deba

Dentro del pecho la palabra amante?...  
¡Perdona, dulce amada, si insensato  
Con tales dudas tu constancia ofendo !  
Hijas son de mi amor, de ese deleite  
Excelso, inenarrable,  
Que en oleadas por mi sér discurre  
Cuando en mi alma el iris  
De tu cariño su fulgor despliega.

¡ Ah, no me olvides, y seré dichoso !  
¡ No me olvides, mi bien ! Sé tú la sombra  
Do de los ígneos rayos  
Del mundanal bochorno encuentre alivio.  
Sé tú la blanca inmaculada venda  
Que restañe la sangre  
De quien hollando aún verdes senderos,  
Hondos males presiente, y corta vida... ,  
Y cuando vuelto en polvo el frágil vaso  
Que mi anhelante espíritu  
Aprisiona hasta hoy, triunfante y libre  
Vuele á esperarte al inmortal seguro,

Cierren tus manos con amor mis ojos,  
Que en contemplarte su placer cifraron,  
Y haz que en torno á mi tumba solitaria  
La triste flor de los recuerdos brote.

1882.

## AL ARTE

Cuando al FIAT solemne,  
Del abismo profundo  
Surgió, ceñido de hermosura, el mundo,  
Y el hombre, absorto en mágico embeleso,  
Unió su voz al coro de armonías  
Que en las etéreas vías  
Rico y sónico sin cesar resuena ;  
Cuando confusa su razón clamaba  
Por descifrar el misterioso arcano  
Que el giro soberano  
De las esferas, tras de sí ocultaba :

Desprendió Dios de su increada esencia  
Una ráfaga ardiente,  
Que descendiendo vivida y gloriosa,  
Ardió en su alma y centelló en su frente.

¡Llama de inspiración! Por ella el hombre  
Vislumbró lo infinito; el sentimiento  
Su sér transfigurando, la materia  
Doblegó á su albedrío; al duro mármol  
Dió vida y alma su virtud creadora;  
Gradación al color; ritmo, armonía,  
Al sonido fugaz; á la palabra  
Luz que los cielos ilumina y dora.

Ruedan los pueblos á la nada. El tiempo  
Sepulta en sus abismos  
Una edad y otra edad: el ARTE sólo  
Resiste y triunfa, y en fecundo lazo  
Une pasado y porvenir. La idea  
Y la pasión; combates, cataclismos,  
Gritos del alma, irradiación de gloria,

Coronas de victoria,  
Rumor de tempestad, sol de ventura :  
Todo en la triste humanidad perece,  
Todo en el ARTE se abrillanta y crece  
Velado en el cendal de la hermosura.

¡Grecia! ¡Madre inmortal! ¡Cuna dorada  
De libertad é inspiración! ¡Maestra  
Eternamente venerable! En vano  
Caíste derribada  
Al rudo empuje de los siglos. Joven  
Vives del ARTE en el inmenso templo,  
Y tu genio fecundo,  
Volando vencedor de mundo en mundo,  
Culto es feliz de admiración y ejemplo.  
¡No, tus dioses no han muerto! Aún, radiante,  
De tus cerúleas ondas  
Nace gentil la voluptuosa Venus ;  
Aun rige Apolo el centellante carro  
Del sol, y sus flamígeros corceles ;  
Y al sátiro lascivo

Huyendo leves las gallardas ninfas,  
Rodeadas de cándidos amores,  
Van por la margen de las claras linfas  
Tejiendo danzas y esparciendo flores.  
Aun de rubias espigas coronada  
Ceres la paz y la abundancia vierte,  
Y de Ixión sacrílego, callada  
Gira en el Orco la espantable rueda.  
Aun Píndaro divino  
Lauro que eterno esplende  
Ciñe á la sien del púgil de Nemca,  
Y el fallo del Destino  
Demóstenes suspende  
Al rayo que en sus labios centellea.

¡ Tal el ARTE triunfó! Tal siempre ha sido  
Su mágico poder. El Universo  
Se muestra ante él de resplandor vestido.  
Rueda á su voz sus fugitivas ondas  
El travieso arroyuelo ; en la enramada  
Gorjea agudos trinos

El ave enamorada ;  
Retumba el trueno en la extensión vacía ;  
En densos torbellinos  
Se alza, soberbio, el mar ; la selva umbría  
Sacude el viento con furor, y el hombre,  
De la severa Ciencia  
Los inflexibles límites salvando,  
Desata los raudales  
De su rica ardorosa fantasía,  
Y se embriaga de amor y de armonía  
En las fulgentes lumbres eternas.

¡ Divina emanación ! ¡ Fuente serena  
En que mitiga el alma  
Su inextinguible sed ! ¡ Lira ` sublime  
En donde el himno universal resuena !  
Lloras con el dolor ; con la intranquila  
Virgen palpitas, que en amores arde,  
Y si al ruidoso alarde  
De la alegría y del placer te lanzas,  
Ruedan en torno á tu brillante cetro

Festivos juegos, cadenciosas danzas.  
Tu voz robusta en los combates truena,  
Présaga al héroe de inmortal victoria;  
Palmas al mártir das; contra el tirano  
Sagrado hervor de indignación levantas,  
Y en himno soberano  
De Dios la gloria sempiterna cantas.

Mandas: y al punto las ferradas puertas  
Del mudo Porvenir fáciles giran,  
Y arrancando el secreto á las edades  
Que aun en el seno de los tiempos duermen,  
Alumbras el camino  
De la cansada humanidad, que el rumbo  
Sigue, con fe y valor, de su destino.  
Y cuando presa de inquietud suprema,  
La tenaz duda sus entrañas roe,  
Y vacilan alcázares y templos,  
Y perecen las joyas peregrinas  
Del alma en lo recóndito engarzadas,  
Cual tierna flor en las revueltas ondas

De férvido torrente ; cuando airadas  
Las vorágines roncadas precipitan  
Cuanto en el mundo se adoró por santo,  
Y sólo quedan de la horrenda lucha  
Sombra en la mente y en los ojos llanto :  
Tú brindas al espíritu anhelante  
Un manantial purísimo y sereno,  
Donde refleja, desde excelsa cumbre,  
Vivífico y radiante,  
Un sol perenne su celeste lumbre.

¡ Gloria al ARTE inmortal ! ¡ Vuestros acentos  
Unid, POETAS, á mi voz ! ¡ Resuenen  
Llenos de amor en los alados vientos !  
Tejed guirnaldas ; sus mojadas flores  
Con niveas cintas enlazad, y llenen  
Su templo augusto palmas y loores.  
¡ Gloria al ARTE inmortal ! Su luz divina  
La esfera cristalina  
Baña y colora ; su natura arcana  
Cuanto hay de grande y generoso encierra,

Y hendiendo el éter con triunfal decoro,  
Derrama en lluvia de oro  
La bendición de Dios sobre la tierra.

1881.

## EROS

Hoy vengo, dulce dueño,  
Á arrojar á tus plantas  
Flores del corazón. Si aroma esparcen  
Es porque al riego de tu amor brotaron.  
¿Cómo no amarte con amor del alma,  
Si tú eres para mí la fuente viva  
De donde manan en raudal perenne  
Las claras ondas de sin par ventura?  
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes  
Tu espíritu y el mío,  
Algo de eterno dentro el alma siento,  
Y aun me parece, en solitarias horas,

Recibir en la frente  
Tenues caricias de invisibles alas ?

No soy de aquellos que al surgir al mundo  
Las dulces musas con amor besaron,  
Difundiendo en su sér esa armonía,  
Esa oculta virtud que doma y rinde  
Lo intangible y real, y en lazo de oro  
Los liga, alzando la creada imagen  
Coronada de luz y de hermosura ;  
Mas lo que no hizo la deidad sagrada  
Que holló del Pindo la radiante cima,  
Lo realizó tu amor, la eterna Musa  
Que derrama en mis cantos  
El suave aroma que en tu sér se encierra.  
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,  
Limpio reflejo de la luz que enciende  
Tu corazón de virgen ;  
Con tus palabras, para mí más gratas  
Que esa vaga armonía con que el viento  
Suena en las ramas, al morir la tarde.

Entonces escuché brotar sonora  
La voz, antes no oída,  
De la inmortal Naturaleza ; entonces  
De la alta estrella, y de la errátil nube,  
Y del clamor con que en el ancho Plata  
Suelen las olas avanzar rugiendo  
Su ira á estrellar en mi natal ribera,  
Un mundo desprendióse de armonías,  
Donde línea, y color, y ritmo, unidos  
Á férvido sentir, á excelsa idea,  
En hermandad sublime  
La presencia de un Dios me revelaban,

Tu tierno amor cual generosa y amplia  
Onda de luz se derramó en mi mente,  
Y fué mi corazón acorde lira  
Donde eco y forma halló el eterno ritmo.  
; Inefable emoción, engendradora  
De briosa virtud y alto deseo !  
Rica de savia nueva  
El hombre siente rebullir la vida,

Y, lleno el pecho de viril constancia,  
Al mundanal combate se apercibe,  
Y ni duro revés, ni arduos afanes,  
Ni sirtes mil su intrepidez doblegan,  
Que, vencedor, una mirada ardiente  
De su amada feliz le aguarda en premio.

¡ Cómo anhelé que tu adorada planta  
El lauro hollara á mi laúd ceñido !  
Y ¡ oh cuántas, cuántas veces  
Vino mi oído á relagar süave,  
En ondas vibradoras  
De alto loor y de ruidoso aplauso,  
Tu dulce nombre entrelazado al mio !  
¡ Engañosa ilusión ! Al ave humilde  
De corto y débil vuelo,  
Nunca el cóndor audaz prestó sus alas,  
Ni alcanzó á la orgullosa  
Copa del roble el vacilante junco.  
Mas si dado no me es los ricos dones  
Aumentar, que Fortuna

Con mano avara y desigual reparte,  
Amor es vena irrestañable, y siempre  
Rueda sonoro derramando aromas.  
¡ Feliz si puedo de tu amante labio  
Verle perenne desprenderse, y lejos  
De cuanto el mundo en su delirio ensalza,  
Mi corona tejer con tus sonrisas !

Todo me habla de ti. La flor que entreabre  
Su vivida corola ; el aura leve  
Que en torno gira ; la onda rumorosa  
Que entre menudos céspedes resbala,  
Y aquella de la tarde  
Voz íntima y profunda,  
Que de un vago anhelar llena la mente,  
Cuando el último beso  
Naturaleza de la luz recibe :  
Traénme, envuelto en delicado aroma,  
Tu nombre y tu recuerdo.  
En la alta noche,  
Cuando, huésped benigno,

Sobre el mundo infeliz vela el silencio,  
Y derramado ejército de estrellas  
Relumbra en chispas por el éter vago,  
Yo siento que tu imagen  
Llena todo mi sér; radiante y viva  
Ella aparece en cuanto objeto hermoso  
Mis ojos ven, y en ondas de ternura  
Inundándome el alma, en ella, rica,  
La flor de luz de mis ensueños brota.

Ótros en pos de fútiles quimeras  
Á la arena del mundo  
Enderecen sus férvidos corceles ;  
Sorprender quieran con tenaz porfía  
La verdad insondable,  
Que de ellos huye cual las frescas aguas  
De la boca de Tántalo sediento ;  
Ó, en ansia ardiente de ligeros goces,  
Viles arrojen su mejor diadema  
Á las plantas de estólido magnate :  
Yo anhelo ver la generosa lumbré

Del sol, que el mundo y tus cabellos dora,  
Y aquella, aún más pura,  
De tu amante mirar, á cuyo influjo  
Mi espíritu se impregna  
De olor de rosas y armoniosos cantos.

¡ Todo está en ti mi corazón, que al ritmo  
Late ¡ oh amada ! que tu mente rige !  
Y cuando vago de tu luz distante,  
Tus recuerdos en él vivos fulguran,  
Como, al hundirse el sol, bordan los astros  
El manto obscuro del tendido cielo.  
¡ Tuya mi lira es ! Tuyo su limpio  
Aunque modesto són ; y cuando envuelta  
En velos funerarios,  
Orne en silencio mi olvidada tumba,  
Aun al herirla gemebundo el viento  
Entre sus cuerdas vagará tu nombre.



## Á RAFAEL CALVO

DESPUÉS DE UNA REPRESENTACIÓN DE « DON ÁLVARO,  
Ó LA FUERZA DEL SINO ».

Sonar oyendo aún los grandes ecos  
Del clamoroso y entusiasta aplauso  
Que esta noche, en *Don Álvaro*, arrancaste  
Á un público suspenso de tus labios,  
Esta amistosa epístola te envió,  
Borroneada en verso asonantado,  
Sin más razón para elegir el metro,  
Que ser el que primero encontré al paso,  
Ó quizás porque aun vibran en mi oído  
Los romances del Duque, soberanos.

Lleno estoy de tu gloria... mas no temas  
Que ofenda tu modestia con dictados  
De cortesano adulador, que sólo  
Sabe expresarse en términos bombásticos,  
Acreditando que no siente el alma  
Lo que con tanto ruido dice el labio :  
Á mí el tono sencillo me enamora,  
La frase familiar, modesta, amo,  
Y así te digo con verdad sincera  
Que esta noche en mi alma has penetrado.  
Si, me has hecho llorar, has conmovido  
Hasta lo más oculto, hondo y arcano  
De mi ardoroso corazón, que guarda  
Dolores con sonrisas mal velados.

Nunca en verso lloré : sobre mis penas  
El manto del pudor arrojé avaro,  
Sin consentir que fueran para el mundo  
Motivo de irrisión, pasto de escarnio. .  
Mas al verte en *Don Álvaro*, al mirarte  
Torvo rugir bajo la férrea mano

Con que tu *sino* te aherrojó, lanzándote  
Furioso en los abismos del pecado ;  
Al ver esa honda lucha de tu alma  
En tu expresivo rostro fulgurando,  
Y esa pasión inapagable, inmensa,  
Por tu Leonor, por tu Leonor, que el hado  
Te entrega al fin... mas ¡ay! cuando ya sombras  
De muerte cubren su semblante pálido ;  
Y esa horrorosa maldición que lanzas  
Al morir, sobre todo lo creado :  
Al verte así, con impetu se abrieron  
Las fuentes de mi alma, dando paso  
Á mil recuerdos tristes y sombríos  
Arrebatados en raudal de llanto.  
Por eso siento ahora hondo deseo  
De hablarte de mis crudos desengaños...  
Pero ¡no! que eso fuera confundirme  
Con tanto eterno expositor de agravios,  
Que en lo poco que sienten cuanto gimen,  
Bien semejan llorones alquilados.  
Hablemos de otra cosa : de tu gloria,

Ó de algo acaso para ti más grato,  
De tu España, tu patria bendecida,  
Que yo mía también con amor llamo ;  
De esa patria poética y guerrera,  
La que engendró á Guzmán y á Garcilaso,  
La que supo mostrarse al mundo entero  
En Trafalgar más grande que en Lepanto.

¡ Bendito seas tú, por quien resurgen,  
En esta edad de mercaderes fatuos,  
Del áureo Siglo los prestigios todos,  
Que hoy contemplamos con celeste encanto !  
Vemos por ti sublime y fulgurante  
El tiempo en que de España los soldados,  
*Sembrando medio mundo á cruz y espada,*  
De Apolo amaban el laurel gallardo.  
Sigue, sigue esa senda, rica en gloria,  
Que huellas hora con triunfante paso :  
Renazcan las doncellas y galanes  
De porte audaz y acento enamorado,  
Con aquellos agudos discreteos

Que brotaban sabrosos de sus labios.  
 Que de Alarcón el embustero teja  
 Sus mil ingeniosísimos engaños,  
 Y la marmórea Diana, al fin vencida,  
 Dócil se rinda al amoroso halago.  
 Marta, con picaresca travesura,  
 Mezcle el amor divino y el humano,  
 Y el seductor Don Juan, audaz é impío,  
 Prenda á las bellas en amantes lazos.  
 Busto Tabera, en su mansión honesta,  
 Al lascivo monarca cierre el paso,  
 Y Sancho Ortiz y Estrella adiós eterno  
 Se den con alma heroica y tierno llanto.  
 De su cadena Segismundo libre,  
 Revuélvase iracundo y encrespado,  
 Y al despertar de lo que juzga un sueño,  
 Su cuello á la razón ofrezca manso.  
 De Calderón el indomable *Alcalde*  
 Obedezca á su honor más que al mandato  
 Severo de su Rey, y que el Infierno  
 Se trague al suspicaz *Desconfiado*.

Tornen á ser Fernandos y Fadriques  
De heroísmo y de honor espejos claros,  
Salvando á sus rivales y enemigos  
Antes de hollar la fe que ya empeñaron.  
Y la gran selva virgen, rica y varia,  
De la española escena, desplegando  
Su vasta pompa y su verdor glorioso;  
Brote aromas, murmullos, aves, cantos.  
¡Que por ti ¡oh Rafael! cesen un punto  
Juegos de Bolsa y rechinar de carros,  
Y estos sucios harapos de vil prosa  
Con los que mente y corazón ahogamos!  
¡Corramos á admirar en tu proscenio  
Pechos más rudos, trajes más extraños,  
Usos más fieros que los usos nuestros,  
Pero también un ideal más alto!

•

¡Y tú siempre admirable! Ora te muestres  
Tierno amador en traje cortesano,  
Ora guerrero ardiente, que del triunfo  
Ceñir anhela ensangrentado lauro;

Ora vuelas al crimen, ora empuñes  
 La espada del terrible franciscano,  
 Ya en ti respire el soñador Ernesto,  
 Ya Segismundo con su empuje bravo ;  
 Ya te exalte el amor ; ya la esperanza  
 Brille en tu rostro con alegre encanto,  
 Ya le ilumine el resplandor siniestro  
 De afectos vengativos é incendiarios.

No quiero ser tu crítico. No quiero,  
 Con afán tan mezquino como extraño,  
 Echarme á buscar manchas en los pliegues  
 Del manto de tu ingenio excelso y claro.  
 Quédese esa tarea para aquellos  
 Que á fuerza de ser grandes y ser sabios,  
 Del corazón prescinden, porque juzgan .  
 Que en un crítico es mueble innecesario.  
 Cuando algo encuentro yo, como tu ingenio,  
 Noble, hermoso, potente, levantado,  
 Al cual presta calor un alma ardiente,  
 No lo sé criticar : sólo sé amarlo.

Perdona lo pedestre de mi estilo,  
La forma informe, el verso mal cortado :  
No fué mi intento, al escribirte ahora,  
Hacer de arte ó de gusto alarde vano,  
Sino que tal como espontáneo y fácil  
Nació por ti en mi pecho el entusiasmo,  
Del mismo modo de mis labios brote,  
Y á ti se ofrezca en cariñoso aplauso.

1883.

A...

Cual ruedan entre márgenes floridas  
Del arroyuelo las radiantes aguas,  
Así mis horas  
Entre las rosas de tu amor resbalan.

Cual se deshace en el ardiente estío  
La nube obscura en transparente gasa,  
Así mis duelos  
Se funden al calor de tu mirada.

Cual se envuelve la noche en sus crespones,  
Del sol llorando la lejana marcha,  
Así en mi espíritu  
Surgen las sombras si tu luz le falta.



## EN LA PAMPA

¡Llanos inmensos de la patria mía,  
Donde el caballo en libertad retoza  
Y sus tesoros la opulencia cría!  
¡Cuánto el mortal en contemplarte goza,  
Rasgo hermoso de Dios, pampa lozana!  
¡Con qué amplitud augusta y soberana  
Radiante el cielo sobre ti se extiende,  
Y en curva enorme á tu confín desciende!  
Toda encendida el alma en sed de vuelo,  
Rompe impetuosa aquí el corpóreo lazo  
Que la roba á si misma,  
Y en infinito abrazo  
Difundiéndose audaz por tierra y cielo,  
Allá en la muda inmensidad se abisma.



## REMINISCENCIAS

¡ Divino sentimiento,  
Que en cascadas de luz el orbe inundas,  
Impetuoso y violento !  
¡ Hoguera inmensa, en cuya ardiente llama  
El corazón depúrase, y la mente  
En rutilante claridad se inflama !  
Habla la hoja en su temblor ; la onda  
Salta y revienta en hervorosa espuma ;  
Del bosque en las entrañas  
Salvaje vida palpar se siente ;  
La estrella mira, fúndese la bruma,  
Y hasta del sol el rayo esplendoroso  
Baja más limpio á iluminar la frente.

¡ Yo te bendigo, Amor ; yo que á ti debo  
Los únicos instantes  
Por que la vida vale el ser vivida !  
¡ Yo que hoy por ti de nuevo siento erguirse,  
Convulsas, palpitantes,  
Las ondas de mi alma, ayer dormida !  
¡ Libre, por fin, á la sublime altura  
Dirige el vuelo, do la vida esplende,  
Y ya otra vez se enciende  
En amor, y entusiasmo, y hermosura !

Hoy encuentro de nuevo en mi camino  
La virgen dulce y tierna  
Que yo tanto adoré. La trenza obscura  
Por su elegante espalda resbalaba,  
Y á la áurea sencillez de su figura  
Gracia y realce singular prestaba.  
¡ Qué enjambres de memorias  
De un tiempo que pasó, bello y radiante,  
Á su fresca visión de primavera,  
En vuelo fulgurante

Me transportaron á mi edad primera !  
¡ Oh hermosa, única edad, en que la vida  
Lanza en lava encendida  
Afectos mil del corazón bullente,  
En que se ama sin fin, y aun los dolores  
Exhalan el perfume  
De la espina que crece entre las flores !  
Mas ¡ ay, que el tiempo sin piedad consume  
Este encanto feliz ! Quedas tú sola,  
Honda melancolía,  
Brillando en la existencia  
Cual triste luz de moribundo día.

Mas ya el pasado torna  
Por magia del amor. Él en tus ojos,  
¡ Oh mi llorado dueño !  
Aún arde por mí, que duro, ingrato,  
En mi orgullo insensato,  
El nido hollé de tu amoroso ensueño.  
¡ Cuánta secreta pena  
En tu infausta pasión ! Tu alma serena,

Antes en sueño virginal mecida,  
Se abrió, rosa encendida,  
Al rayo de mi amor, de aromas llena.  
Y la esencia amorosa,  
De sus ocultas fuentes derramada,  
Resplandeció en la luz de tu mirada  
Y te envolvió en su efluvio victoriosa.

¡ Cuántas veces, vencida dulcemente,  
Tu abriantada frente  
En mí posabas, y en la inquieta calma  
De nuestro arrobamiento, yo sentía  
Que tu cuerpo gentil se estremecía,  
Y que allá adentro te temblaba el alma!  
En esas de pasión solemnes horas,  
Candentes, bullidoras,  
Que aun al morir, en el azul profundo  
Dejan, flotando, del espacio, un mundo,  
Fué para mí placer nunca excedido  
El templar en tu aliento,  
Y tender á tus plantas,

Como león dormido,  
Mi altivo y generoso pensamiento.  
Cuanto germen fecundo  
Brotaba en él; cuanta ambición vehemente  
Entre sus rojos círculos oprime  
La voluntad; cuanta visión serpea  
Del sueño vago en la región oscura,  
Anhelo de hermosura  
Que á más sublime esfera alza la mente,  
Y en el fulgor de lo inmortal la baña;  
El alma, en fin, con cuanto siente y crea,  
En corrientes de amor á ti fluía,  
Y en ti acendrada, al mundanal tumulto,  
Que siempre por asalto al hombre toma,  
Serena descendía  
Con nueva savia y penetrante aroma.

Después... todo ya fué. Las frescas galas  
De juventud y amor se marchitaron,  
Y el tiempo inexorable  
Pasó cerniendo sobre tanta hoguera

La nieve de sus alas.  
En las vulgares redes de la vida  
Presas quedaron á morir las aves  
Que en libre y gentil vuelo  
Sus deliciosos cantos derramaron  
Por los azules ámbitos del cielo.  
Mas si la férrea mano del destino  
Por opuesto camino  
Impelió nuestros pasos, y hoy tan sólo  
Como en lampo fugaz á mí te ofrece,  
Siempre tu dulce imagen,  
Doquier mi afecto ó pensamiento mueva,  
En mi cansado espíritu se eleva,  
Y sobre sus abismos resplandece.  
Así, tras impetuoso torbellino,  
Que robustas encinas  
É ingentes monumentos anonada,  
La luna, en blanco resplandor bañada,  
Surge, y alumbrá las silentes ruinas.

## DESPEDIDA DE LA INFANCIA

*Á la niñita Mercedes Obligado.*

Noches hace, habiendo dado  
Después de rezar, un beso  
Á mi mamá y mi muñeca,  
Me tomó un tranquilo sueño.

¿Queréis saber lo que entonces  
Vi como si fuera cierto ?  
Si lo deseáis, cededme  
Vuestra atención un momento.

Fué, pues, que apenas dormida,  
Un rayo de luz advierto

Casi imperceptible, opaco,  
Que poco á poco creciendo,  
Formó al fin una aureola  
De vivísimos destellos.

Al mismo tiempo escuchaba,  
Allá á lo lejos, muy lejos,  
Misteriosas armonías  
Y arrobadores acentos,  
Como si mil serafines  
Se anduvieran dando besos.

Absorta estaba y pasmada,  
Cuando, de pronto, en el medio  
Del círculo luminoso,  
Radiante, nítido, envuelto  
En nubecillas doradas,  
Un lindo angelito veo,  
Que me miraba con ojos  
De amor y tristeza á un tiempo.

En ondas de oro rodaba  
Sobre su espalda el cabello,  
Y estaba su frentecita  
Coronada de luceros.

¡Tenía un mirar tan dulce!  
¡Causaban tanto embeleso  
Sus alitas rociadas  
Con estrellitas del cielo!  
Vaya... no sé cómo diga...  
Daba ganas de comerlo.

¿Y sabéis lo que traía  
Entre sus rosados dedos?  
Pues un azul canastillo  
Todo de azahares lleno.

Era lo más parecido,  
En lo airoso y desenvuelto,  
Á aquellos que mamá dice  
Que andan jugando en el cielo

Al rededor de la Virgen,  
Ó reposando en su seno.

Por fin, con voz conmovida,  
Dijo, rompiendo el silencio :  
— « Hoy que al confín de la infancia  
Llegar ufana te veo,  
Deseándote venturas  
De ti á despedirme vengo.

AQUEL á quien tú á menudo  
Elevas sencillos ruegos,  
Pidiéndole que por siempre  
Tu corazón haga bueno,  
Me ordenó fuera hasta hoy  
Tu constante compañero.

Yo por tu vida velaba,  
Yo erguía tu vista al cielo,  
Yo encaminaba tus pasos  
Por inocentes senderos.

Y cuando en la obscura noche  
Te rendía el blando sueño,  
En tu frente derramaba  
Mil infantiles recuerdos,  
Mil imágenes graciosas,  
Mil enjambres picarescos  
De juegos, risas y antojos,  
Que revolando traviosos  
Al rededor de tus sienes,  
Te adormían sonriendo.

Empero hoy la adolescencia  
Te aguarda con sus misterios,  
Con sus llantos sin motivo,  
Con sus secretos anhelos,  
Y así, á un nuevo ángel custodio  
Tu vida y tu alma entrego.

Ve, pues, y que siempre broten  
Las flores en tu sendero ;  
Mas no, Mercedes, olvides

Que en cualquier lugar y tiempo,  
Son la virtud, la inocencia  
Su más fecundante riego.  
No importa que por el mundo  
Pasen temblando en silencio;  
Que en suavísimos efluvios  
Asciende su aroma al cielo... ».

Dijo así, y volcó en mi frente  
Los azahares, y luego,  
Sin atender mi llamado,  
Se fué volando ligero.

¡ Cuántas lágrimas entonces  
Por mis mejillas corrieron !  
¡ Qué triste quedé, pensando  
Que no volvería á verlo !

Pero en ese mismo instante  
Me despertó de mi sueño  
Un cariño que amorosa  
Me hizo mamá muy quedo...

---

¡ Mamá querida! en tus brazos,  
En tus caricias y besos  
Hallaré, siempre constante,  
El celeste ángel que pierdo!

1882.



# POST NUBILA

*Á Adolfo Mitre*

« ; Dichoso aquel que enamorado gime!  
« Amor, amor le llevará hasta el cielo. »

(JUAN VALERA)

Cual cansado viajero, que subiendo  
Por arduas sendas de escarpado monte  
En densa obscuridad, pone en lá excelsa  
Cumbre por fin su fatigada planta ;  
Y se serena su ánimo, y su frente  
El fresco viento orea, y dilatarse  
Diáfano mira el horizonte inmenso :  
Así yo, Adolfo amigo, que en infausta  
Devorante inquietud me consumía

Preña de mil angustias, más tranquilo  
Contemplo todo en derredor, más puro  
Y alegre el sol, el cielo más sereno,  
Y en revuelto tropel huyen sin ruido  
Las tétricas ideas, las zozobras  
Que el ánimo, el sér todo me embargaban.

¡ Mucho sufrí ! Allá en mi adolescencia,  
Cuando de vida á la radiante aurora  
Mi vaga mente y corazón se abrían  
( ¡ Raro misterio que á explicar no alcanzo ! ),  
Dábame á imaginar que en hondo duelo  
Sepultado gemía, y abundantes  
Lágrimas derramaba, en ello hallando  
Un amargo placer... ¡ ay ! yo ignoraba  
¡ Cuán presto, á marchitar mi erguida frente,  
La Realidad, la Realidad terrible,  
Su descarnada faz me enseñaría !

Tierras y mares, de mi hogar lejano,  
No errante recorri ; no fué mi vida

De turbulenta agitación ; volaban  
Raudos mis años, plácidos y amenos,  
Circundados de luz. Mas como suele  
Ronco silbando el huracán bravío,  
Contra el árbol lozano que en la tierra  
Clavado está, arrojarse furibundo,  
Hierve el follaje, quiébranse crujiendo  
Las tiernas ramas, y en menudos trozos  
Con violentos giros las esparce :  
Tal, de repente, en interior tormenta  
Se desgarró mi corazón...

Un día

Sentí que amaba... ¡Oh dulce, oh incomparable  
Encanto del amor ! ¡ Cómo mi alma  
Se abrió, se engrandeció ! ¡ Cuán esplendentes  
Vi sonreír los cielos y los mundos !  
Él mi vida y mi gloria ; él mi supremo  
Deleite ; él la fuente limpia y pura  
Do la dicha bebía... mas la airada  
Fatalidad irguióse, é inexorable  
Envenenó sus transparentes ondas.

¡ Qué espantosa tortura ! ¡ Ah, cuántas veces  
Llegué á sentir, en conmoción violenta,  
Oprimírseme el pecho ; en vivas llamas  
Mi frente arder, y el corazón copiosa  
Sangre manar de sus rasgadas fibras !  
¡ Cuántas, al verme triste y desolado,  
La suerte no envidié de los que torpes  
Ni sienten ni razonan !

Nunca, empero,  
El grito del dolor (siempre importuno)  
De mis labios brotó. Sólo una obscura  
Noche que hundido en febriciente insomnio  
Ya el sufrimiento en su dogal me ahogaba,  
Cual por impulso superior movido,  
En negros caracteres, delirante,  
Mis ansias, mi amargura, el alma entera  
Grabé nervioso con buril de fuego...

¿ Adónde, dulce amigo, en tal desdicha  
La mirada tornar ? ¿ Dónde un consuelo  
Que reanimase el corazón doliente ?

¿Ni cómo al ver que el porvenir sombrío,  
Cerrado á la esperanza, amontonaba  
Nube tras nube, conservar pudiera  
La mente activa su pensar sereno ?

¡ Tú, casta virgen, que en unción celeste  
Fiel y constante extasiado adoro,  
Tú, cuyo tierno y candoroso acento  
Voz es del cielo que en mi alma sueña !  
Tú, sí, tú sola la tortuosa ruta  
Iluminaste, do infeliz vagaba  
Ciego, y sin rumbo, y triste, y vacilante,  
Negado á la ventura.

Cualquier sea

El porvenir que para mí el Destino  
En sus arcanos insondables guarda,  
Ya al solio me alce de radiante gloria,  
Ya el dardo sienta del dolor, ¡ ah ! siempre  
Yo llevaré doquier, dulce ángel mío,  
Tus queridas memorias, yo tu imagen  
En todo instante adoraré ufano.

La tempestad pasó. Brisas serenas  
Mi antes turbada, enardecida frente  
Van refrescando, y, como siempre, Adolfo,  
Yo bendigo el amor. Él la arca santa  
Do salvar pude en la tremenda lucha  
Mi fe y mi vida de naufragio eterno.  
Por él ni un día ennegreció mi labio  
La torpe maldición ; por él constante  
Adoré la virtud ; por él lo hermoso  
Pude amar y admirar, y nunca, nunca,  
Desnudo el pecho de entusiasmo ardiente,  
Palpitó árido y seco. Bendigamos  
Sí, bendigamos el amor. ¿Cuál late  
Ves de natura en el fecundo seno ?  
Él en los besos de las frescas auras,  
Él de las aves en los dulces trinos,  
En el monte, en el valle, en el perfume  
De la virgínea flor ; de la cascada  
En el raudal sonoro ; en las brillantes  
Chispas que el éter vividoras hienden,  
¡ En la Creación entera ! Que el sublime

---

Concierto de los orbes, encendido  
En su divino fuego, esplendoroso  
AMOR ETERNO en su extensión resuena.

1882.



# MELODÍA

*Á Domingo D. Martinto.*

Si en tarde obscura hasta mi oído llega  
Errante melodía,  
Que al amargo deleite el alma entrega  
De honda melancolía,

¡Cuántas tristes memorias, cuántas voces  
En ella se levantan,  
Dichas nacidas á morir veloces,  
Que su elegía cantan!

Todo ruido exterior muere y se apaga,  
Y el afecto adormido  
Que en las penumbras de la mente vaga,  
Se despierta encendido.

El padre anciano que en la inmensa sombra  
De la tumba se esconde,  
Á quien en llanto sin cesar se nombra,  
Y ya no nos responde ;

El hijo, dicha de mi amor huída,  
Capullo delicado  
Nacido apenas á aromar la vida,  
Y al cielo trasladado ;

El amigo que fué, y con el tesoro  
De su ingenio elocuente  
De dulce intimidad el lazo de oro  
Ceñía diligente ;

Y allá, á lo lejos, en brumosas cumbres,  
Virgen cándida y pura,  
Que irradiando de vida intensas lumbres,  
Cae en la sepultura :

Todo lo evoca entristecida el alma,  
En pálidas visiones,

Que en ella imprimen, al pasar en calma,  
Profundas vibraciones.

Y aun percibir se cree el rumor lejano  
De una edad ya extinguida,  
Que derramó por el sendero humano  
El dolor de la vida.

Y á través de los tiempos resplandecen  
Fe excelsa, heroica guerra,  
Dulces amores que al brotar florecen,  
Y embalsaman la tierra.

Y antiguas fiestas, danzas y rüido  
Dan, en ecos callados,  
El triste y melancólico gemido  
De contentos pasados.

¡ Oh del sonido arrulladora maga,  
Música, voz del cielo,  
Que á región ideal, inmensa y vaga  
Lanzas el alma en vuelo !

Un ensueño divino allá la encanta,  
Que de ti se desprende  
Como del mar la niebla se levanta ;  
É interna luz la enciende.

Y alta armonía espléndida sonando,  
Ve, del mundo en que gime  
Sobre el impuro légamo, flotando  
La eternidad sublime.

1890.

## TRIUNFO

El dulce día en que mi amante anheló  
Voló á anidarse en tu alma cariñosa,  
¡Con qué aureola de esplendente rosa  
Vimos el campo, el bosque, el aire, el cielo!

¡Breve, alada ilusión! Sombrío velo  
Tendió la suerte, en nuestro mal sañosa,  
Trocando airada la esperanza hermosa  
En angustia mortal, en triste duelo.

Resistió, empero, nuestro amor, y ardiente  
Supo arrancar del triunfo la alta palma,  
Arrollándolo todo en su corriente ;

---

Y hoy, al tornar la venturosa calma,  
Enciende nuestras vidas, solamente  
Un pensamiento, un corazón, un alma.

## AL NIAGARA

¡Salve, estupendo Niágara! Hijo errante  
De las comarcas argentinas, donde,  
Émulo tuyo, se abalanza el Guaira,  
Llego á ti, y en su nombre te saludo,  
Y mi suprema admiración te rindo.  
Limpio, sereno, hermoso,  
Brilla en su trono el día, y me recibe  
La risa azul de estos radiantes cielos.

¡Oh cuánta vez, en mi lejana patria,  
Al seductor prestigio de tu nombre,  
Soñé con tu grandeza  
Y con hallarme en tu presencia augusta!  
Y no, no es sueño ya, que al fin te miro

Y te contemplo en delicioso asombro  
En tu pasmosa realidad, y esplenden  
Esclavos de mis ojos tus encantos.

Rugientes, espumantes, clamorosas,  
Y por región vastísima extendidas,  
Corriendo vienen tus inmensas aguas  
Á desplomarse de las altas rocas  
Que las cierran y oprimen  
En herradura colosal. Ya en saltos  
Ebrias se arrojan al tremendo abismo;  
Ya se arrebatan ciegas, impelidas  
De irrevocable decisión; ya en trenzas  
Y en encajes magníficos descienden,  
Ó en enjambres de perlas y diamantes  
Se desgranán y rien. Vigorosas  
Resurgentes columnas  
Por las que bajan en trepar se afanan,  
Y sin descanso su corriente impelen,  
Mas al tocar la cima  
Pesadamente al fondo se derrumban.

Al golpe horrendo, que sentirse debe  
En las entrañas de la tierra, suena  
Allá adentro, incesante,  
Vivo redoble de grandiosos truenos,  
Y los repite el eco, y su estampido  
Con alto estruendo la comarca asorda.

Blanca, opulenta y vaporosa niebla  
Oblicuamente desde lo hondo sube,  
Y blanda flota, y gira, y se derrama  
Como á semi-velar tanta hermosura.  
En ella el sol sus rayos  
Engarza y teje, y sus ardientes besos  
La encienden toda en el fulgor glorioso  
De abundantes arco-iris. Unos nacen  
De las ondas serenas,  
Y allá en los aires á perderse ascienden,  
Y en las cascadas con temblor se copian ;  
Otros, dando al espacio  
Cúpula excelsa, de colores rica,  
Sumergen en el agua ambos extremos ;

Ora en franjas se tienden largamente  
Sobre las ondas, y en la fresca hierba  
Y árboles de las márgenes se esfuman ;  
Ya en sueltos trozos esparcidos brillan ;  
Ya uniéndose dos de ellos, soberano  
Resplandeciente círculo despliegan.  
Parece entonces que entreabierta en haces  
¡Oh Niágara ! la esfera cristalina,  
Rayos desprende la increada lumbre  
Sobre tu frente, y su eternal diadema  
De albo-celeste resplandor te inunda.

Ni faltan á tu gloria los hechizos  
Con que el humano ingenio,  
En misterioso efluvio,  
Toda belleza natural consagra  
Prestándole alma y voz. Y si aun el Leman  
Con su onda azul los perdurables ritmos  
De Byron canta y Lamartine, y el genio  
De Shelley pasa en la inconstante nube,  
Y el sauce se hermosea

Por magia de Musset, y entre los astros,  
Que en la nocturna obscuridad relumbran,  
El alma de León plácida vaga :  
Aquí del grande Heredia  
Suenan el himno inmortal, y en tus torrentes  
Se precipita audaz, luce en tus iris,  
Y entre los pliegues de tu niebla envuelto,  
Hermoso y triunfador se alza en los aires ;  
Mientras en lo profundo,  
Y en el fragor de tu rugiente abismo,  
Se oye de Pombo el desolado acento.

No á mí me impulsa, en mi modesta ofrenda,  
El temerario empeño  
De unir mi voz á tantas armonías,  
Y en tu oleaje perpetuar mi nombre ;  
Que no se desplegó á las altas cumbres  
El de la abeja susurrante vuelo.  
Empero, más dichoso  
Que el cubano cantor, miro á mi lado  
Á la que há tiempo mi existencia aroma

Con afecto inmutable, y verla pude,  
Ante tu salto aterrador, violento,  
Pálida sonreír, y con los ojos  
Seguirme ansiosa, mientras yo avanzaba  
Á gozarme en tus ásperas caricias  
Entre tu niebla y tumultuoso estruendo.  
Y al pie de tus cascadas,  
Hundido ya en impenetrable sombra,  
Aun contemplé en la altura,  
Como visión radiante,  
Su dulce faz y tu encrespada cima  
Al sol brillando con reflejos de oro.

¡ Sublime imagen del poder perenne  
De la Creación, á nuestra mente brindas !  
Siglos sin fin sobre tu frente ruedan,  
Y tú en su curso, instante por instante,  
Un mar derramas de impetuosas aguas  
En los abismos, sin cansarte nunca.  
Mas sobre el gran sonido,  
Fuerza, abundancia, agitación, tumulto,

Que en ti palpita y hierve, excelso sello  
Corona tu hermosura  
De alta, serena, espléndida armonía.

¡Adiós, Niágara, adiós! Quizá la suerte  
En un remoto porvenir te aguarda  
Que es ley común de cuanto el orbe encierra,  
Si trueca un cataclismo en blando lecho  
Tus ingentes peñascos, y no hallando  
Reparo alguno tu corriente inmensa,  
En sosegado curso amplia se extiende.  
Con el traidor anzuelo apercebido,  
Pescador indolente, en frágil barca,  
Por donde hoy lanzas fulminantes ondas  
Tranquilo entonces pasará cantando.

Niagara-Falls, 1889.



## PATRIA

Brota la planta, y del fecundo suelo  
Sér, impulso y vigor tierna recibe,  
Y en la sonrisa del nativo cielo  
Acariciada del ambiente vive ;  
Y aunque la tierra que la nutre, el vuelo  
De su suave existencia circunscribe,  
Gallarda crece, y recibiendo amores,  
Espléndida se cubre en fruto y flores.

Así al hombre también, cuando aparece  
En esta de la vida infausta escena,  
Celosa, la región do nace y crece  
Con poderosos lazos encadena.

Ella á su vista hermosa resplandece,  
Ella su alma de perfumes llena,  
Y pidiéndole culto, amor, radiosa  
Se alza ante él con majestad de Diosa.

¡Sacro nombre de Patria! En él fulgura  
Cuanto de grande y dulce el mundo encierra :  
Del casto hogar la íntima ventura,  
La gloria conquistada en santa guerra,  
Fe y costumbres, artística hermosura,  
La ley severa, que al malvado aterra,  
El monte, el río, el ave en libre vuelo,  
El campo inmenso, el esplendor del cielo.

¡ Oh tú, entre todas las que el mundo ostenta,  
Rica, joven y hermosa, patria mía,  
Que al gran rumor del Porvenir atenta,  
Himnos entonas al naciente día !'  
¡ Tú en cuyo noble rostro la opulenta  
Llama del sol gozosa se extasia,

---

Y altiva llevas, con vigor sereno,  
Toda el alma de América en tu seno!

¡Qué limpio y claro resplandor de gloria  
Bañó, entre estruendos bélicos, tu oriente,  
Para anunciar el sol de la victoria,  
Que alzaba en los espacios su áurea frente!  
Sol cuya lumbré, á engrandecer tu historia,  
De San Martín la espada hiriendo ardiente,  
Desde las amplias márgenes del Plata  
Al imperio del Inca se dilata.

Digno heroísmo, á fe, de los tesoros  
Que derramó en tus ámbitos Natura ;  
Tus grandes ríos al rodar sonoros  
Cantan tu gloria y copian tu hermosura.  
Manan riquezas tus abiertos poros,  
Todo, fulgente, tu destino augura,  
Que Dios en ti arrojó, al trazarte en grande,  
La Pampa, el Guaira, el Paraná y el Ande.

.

Tu suelo hospitalario, abierto al mundo,  
Á noble lid la humanidad convida,  
Y de las razas al hervor profundo,  
Más amplia actividad brilla encendida ;  
Al raudal de tu espíritu, el fecundo  
Torrente universal da ímpetu y vida,  
Brindas al mundo hogar, estadio abierto,  
Y él te recibe en su inmortal concierto.

¡ Feliz si logras en tan gran torneo  
Incólume salvar tu íntima esencia !  
Tu tradición gloriosa es el trofeo  
Mayor de tu ventura y tu opulencia.  
Fe y amor de tu raza, alto deseo,  
Iluminen por siempre tu existencia,  
Y cuanto engarce en ti sér y destino  
Ciña luciente nimbo de argentino.

Ya á coronar tu frente vencedora,  
La nueva edad resplandeciendo viene,  
Y á recoger la herencia que atesora

La gloriosa Europa, te previene.  
Tu harás que fresca en ti, fecundadora,  
La inmensa fuente de la vida suene,  
Y que el puro pensar, que hoy muerde el suelo,  
Flote otra vez en el azul del cielo.

¡Oh Patria! ¡Oh Madre! Tu visión radiante  
De respeto y de amor mi alma llena,  
Y en estrechar me gozo en todo instante  
La que me enlaza á ti dulce cadena.  
¡Pueda mi vida en tu regazo amante,  
Consagrada á tu bien, pasar serena,  
Y al recibirme al fin la muerte amiga,  
Tu sol contemple y tu esplendor bendiga!

1890.





## VISIÓN

Gallarda, altiva, inspiradora, bella,  
Rítmico el paso, intensa la mirada,  
Todo serena lo avasalla, y nada  
Parece digno de encumbrarse á ella.

No es su hermosura rápida centella  
Que esplende y hiere en roja llamarada ;  
Casta lumbre interior, en nimbo alzada,  
Sobre su frente diáfana destella. .

Radiante inmensidad, celeste coro,  
Contemplo, cuando embarga mi albedrío  
El sol de su sonrisa en lampo de oro ;

•

Y aunque á vencer no alcance su desvío,  
Es su excelsa visión rico tesoro  
Y eterno imán del pensamiento mío.

1890.

## EL TITÁN

« Vencido está el error: la falsa lumbre  
Que en necios sueños y en fatal delirio  
Sumergió á la razón; la férrea mano  
Que en tétrica mazmorra  
De vil superstición y hondo silencio  
Aherrojó un día al pensamiento humano,  
Fueron: y en vez de la inflamada tea  
Que el implacable inquisidor blandía,  
Emblema de armonía,  
Su esplendorosa luz manda la idea.

No es ya la tierra inhabitable abismo  
Do unidos ruedan el dolor y el llanto:

Bello es el mundo : el sol de nuevo encanto  
Lanza su ardiente claridad vestida,  
Y al són del yunque y del Progreso al grito  
Despierta en fin la humanidad dormida. »

Así clamó el coloso  
Al alzarse potente,  
De resplandor sangriento coronado,  
Y su acento grandioso,  
Repercutiendo en las edades muertas,  
De tumba en tumba resonó imponente.  
Enérgico y valiente  
Se arroja á la labor, vencer ansiando  
Cuanto misterio el Universo esconde :  
Hierva la fragua, cruje retemblando  
Bajo el Comercio el opulento muelle,  
Y al estruendo tenaz de hacha y martillo,  
El silbo agudo del vapor responde.  
Todo es acción, y movimiento, y vida,  
Y entre el rumor de la fecunda lucha,  
Que de incruenta gloria

La humana frente ciñe,  
Se eleva un grito universal : ¡VICTORIA!

Victoria, sí : que dondequier se advierte  
La invención peregrina,  
Cuyo poder incontrastable y fuerte  
Al mundo material vence y domina.  
Rompe el hombre la valla que separa  
Un mar del otro mar ; el duro seno  
Con fuerte mano hiende  
De la madre inmortal, que guarda avara  
La huella de los tiempos, y su historia  
Al noble imperio de la luz asciende ;  
Senda al ígneo fulgor traza en el viento ;  
El libre pensamiento  
Lanza veloz por la tendida esfera ;  
Al sonido fugaz rinde el espacio,  
Ó aún con mayor brío  
Le ata y retiene en reclusión severa ;  
Y surcando sereno

En móvil barca las etéreas ondas,  
Mira á sus plantas la región del trueno.

¡ Salve, labor fecunda,  
Que por doquier derramas  
Germen de rica y esplendente vida !  
Todo cobra á tu impulso  
Nuevo aliento y vigor ; tu brazo fuerte  
En regio alcázar la infernal guarida,  
Y en verde pompa el lodazal convierte.  
Tú haces que el hombre sea  
De su suerte señor ; que si hoy hambriento  
Esconde, y macilento,  
Del mundo su vergüenza y desventura,  
El nuevo sol contemplará trocado  
Su feo harapo en áurea vestidura.  
¡ Loor á aquel que al tumultuoso seno  
Del mar, ó á la honda entraña  
Que del rico metal la vena cría  
Por el que el hombre audaz los montes hiende,  
Impávido y sereno

Ardiendo en sed de libertad desciende !  
¡ De lauro el canto adorne  
La noble sien del artesano honrado,  
Que en obscuro combate  
Revuélvese esforzado,  
Sin que más gloria ó recompensa espere,  
Que la dulce costumbre  
De ver en torno de él sus tiernos hijos  
Al brillo alegre de amorosa lumbre !  
¡ Gloria al que heroico en la demanda muere !

Mas no mi altivo canto  
Con vano incienso tu favor ruidoso  
Comprará ¡ oh siglo, cuyo fuerte empuje,  
Alzado pensamiento,  
Sed de verdad y empeño generoso  
Mi ardiente corazón ama y venera !  
¡ Resuene y vibre fiera,  
Virgen de vil adulación, la estrofa !  
Rechazo ¡ oh siglo ! el profanado lauro  
Que á la lisonja y no al valer se brinda ;

Y aunque mi audacia al condenar, violento  
Hundas mi nombre en perdurable olvido,  
Te he de decir con varonil acento  
Que eres Titán, pero Titán caído.

La luz que arrojan tus candentes fraguas  
No es la que al alma inunda  
De vívido fulgor y anhelo eterno,  
Y en ella el inefable  
Germen celeste del amor fecunda;  
No la que aquieta y calma  
El ansia del que siente,  
En magnífico giro,  
Rodar la idea en su inspirada mente.  
En tu soberbia frente  
Pesa el numen del mal, que troncha y hunde  
Cuanto envolverte en esplendor debiera ;  
De Gutenberg el prodigioso invento  
Más el error que la verdad difunde ;  
El raudo tren, cuyo rodar sonoro  
Entre humo y polvo, de su sueño estéril

Levanta al ocio inerte,  
Lleva también en su inflamada entraña  
Gritos de rabia y estertor de muerte.  
¡Y tú, tú mismo, que con alto brío  
Rompiste el largo imperio  
Que en lo más santo la conciencia hollaba,  
La insultas, la escarneces,  
Y la haces hoy de la materia esclava !

Por cima del estruendo  
Que tu arrogante turbulencia mueve,  
Clamor de interna lucha,  
Fatídico y tremendo,  
De polo á polo resonar se escucha.  
Rota en la mente el ara soberana,  
La duda suspicaz, la duda áleve  
Silba y se enrosca en la conciencia humana.  
Tú en ella esparces confusión y espanto ;  
Tú vuelcas y sacudes,  
Con arrebató ardiente,  
Las que el hombre adoró creencias divinas,

Y cuando, virgen de maldad y crimen,  
Se levante en el tiempo una edad nueva,  
Contemplará tu ingente  
Trono imperando sobre inmensas ruinas.

Ruinas ¡ay! que hacinadas  
Guarda en la sombra la conciencia atea,  
Donde, cual sierpe en su caverna inmunda,  
Retuércese infecunda,  
Sin el fulgor de lo inmortal, la idea.  
¡No, no hallarás reparadora calma,  
Oh siglo inquieto, si con mano impía  
Agostas ó corrompes  
La excelsa fuente donde bebe el alma!  
¡No ascenderás á la anhelada cumbre,  
Si entre el vano estruendoso clamoreo  
En que tu lepra y tu delirio anegas,  
Torpe maldices ó á mirar te niegas  
Los resplandores de la eterna lumbre!

## IMPRESIONES

*Á Rafael Obligado.*

¡ Rara, á fe, Rafael, la humana vida !  
Y tal, que dudo á decidir se acierte  
Si á larga risa ó á llorar convida.

El hombre nace, y su menguada suerte  
Le lleva cual doliente peregrino  
Al temeroso abismo de la muerte.

Y si riega un instante su camino  
Rocío celestial, es porque sienta  
Todo el rigor de su infeliz destino.

¿Y luego?... ¡Oh pobre humanidad, sedienta  
De ignotas aguas, cuyo cauce en vano  
La ignara ciencia descubrir intenta!

¡Oh indescifrable y pavoroso arcano,  
Mientras inmenso el sol reine en la esfera,  
Y el mundo rueda en el etéreo llano!

Viene, rica de flor, la primavera,  
Mas luego el viento del otoño, helado,  
Lleva en sus alas queja lastimera.

Blanco azahar el rostro iluminado  
De la reciente esposa orna y perfuma:  
¡Llorará en breve por el hijo amado!

Que en este valle de perenne bruma,  
Se deshace en nuestra alma la alegría  
Cual leve copo de albicante espuma.

¿*Qué espera la virtud, ó en qué confía?*  
¡En que la ciña de inmortal ventura  
La luz radiante del eterno día!

---

Mas ¡ay! que aquella fe cándida y pura,  
Mística flor de la conciencia humana,  
Yace marchita en nuestra edad oscura!

Ya no surge en nosotros, soberana,  
Aquella voz que armónica vibrando,  
Fuente era un tiempo de delicia arcana.

Ya el hombre no alza al amoroso y blando  
Seno de Dios su corazón ferviente,  
Alto consuelo á su dolor buscando.

Roto y sin ara el templo de la mente,  
El sacro fuego que en su centro ardía  
Ráfaga helada anochadó inclemente.

Y quedó en sombras la afanosa vía  
Á cuyo fin su resplandor sereno  
Astro de amor con majestad vertía.

¿De qué sirvió de la conciencia el freno  
Romper por siempre en secular contienda,  
Si hoy se revuelca en impudente cieno?

¿Si en vez de luz que nuestra mente encienda,  
Desde lo hondo del alma se levanta  
La torva esfinge de la duda horrenda?

Nada resiste ya : rompe y quebranta  
La voz del siglo el entusiasmo ardiente  
Con tal furor y rapidez, que espanta ;

Sin que elevando la serena frente  
Sobre la turba que en el mundo impera,  
Decir podamos con aquel valiente :

*Dejémosla pasar, como á la fiera  
Corriente del gran Betis, cuando airada  
Dilata hasta los montes su ribera !*

¡ Sí ! yo en un tiempo luces de alborada  
Vi centellar doquier : luego la duda  
Sentí en el pecho, cual puñal, clavada...

Mas no todo es dolor : no está desnuda  
El alma aún de resplandor de cielo,  
Ni la gran voz del sentimiento, muda.

Aun brotan frescas del candente suelo  
Las rosas del amor ; aun la hermosura  
Tiende su rico y transparente velo.

En el silencio de la noche oscura,  
Aun percibimos el rumor lejano  
De algo que vibra en la celeste altura.

¡ Noche ! ¡ Silencio ! ¡ Soledad ! En vano  
Vuestra elocuencia traducir pretende  
El débil ritmo del lenguaje humano.

¡ Oh cómo el alma en vuestro seno tiende  
Sus cristalinas alas, y encendida,  
El puro azul de lo infinito hiende !

Entre el bullicio mundanal dormida,  
Gloriosa entonces renacer parece  
Á amplia, fecunda y desbordante vida.

Y desdeñando cuanto el mundo ofrece,  
Sólo se embriaga en el verjel sublime  
Que á los fulgores del edén florece...

Eterna duda á la razón oprime,  
Mas nada borrará el ardiente sello  
Que el mismo Dios al corazón imprime.

Y así, de todo lo armonioso y bello,  
De cuanto hay grande y venerable y santo,  
Es el arte el más nítido destello.

¡ Alcemos, pues, en su loor el canto,  
Sin permitir que por las plazas ruede  
Roto y manchado su cerúleo manto!

Aún el hombre en sus cadencias puede  
El ritmo hallar espléndido y sonoro  
Por el que el alma á la materia excede.

¡ Aun se ve á Dios en él! En dulce coro  
Las ilusiones la risueña orilla  
Bordan aún de sus raudales de oro.

En él aún reverberando brilla  
La luz de lo ideal, que desdeñosa  
La falsa ciencia en nuestra edad mancilla.

Y en tanto den á la alameda umbrosa  
Su trino el ave, su murmullo el viento,  
Y exhale aromas la encendida rosa ;

Mientras, veloz rasgando el firmamento,  
Rayo iracundo el horizonte encienda,  
Y el mar responda con su ronco acento ;

Mientras la noche su melena extienda  
Rociada de astros, y la luna riegue  
Con blanca lumbre su desierta senda ;

Mientras un héroe al huracán despliegue  
Su alta bandera, y al caer vencido,  
Antes la vida que el honor entregue ;

Mientras, celosa del menor rüido,  
Vele una madre junto al tierno infante  
Al dulce arrullo de su amor dormido ;

Mientras de dicha y de emoción radiante,  
Virgen ceñida de nupciales flores  
Tema y desee el amoroso instante ;

Mientras haya esperanzas y dolores,  
Un misterio, un afecto, una armonía :  
Alumbrarán del Arte los fulgores  
Cielos y abismos en perenne día !

1882.

# A ESPAÑA

CON MOTIVO DEL TERREMOTO DE ANDALUCÍA, EN 1884.

¡ Y pudo, sin temblar, la suerte impía  
Hundir en el dolor tanta hermosura,  
Derramando la muerte y desventura  
Á la opulenta luz del mediodía !

¡ Oh España ! ¡ Oh madre de la patria mía !  
¡ Tú, cuya alta grandeza aún fulgura,  
Con lampos de luciente vestidura,  
En este mundo que engendrastè un día !

Si el eco amigo que el dolor eleva  
Bálsamo es sólo al corazón que siente  
Del infortunio la tremenda prueba ;

.

Óyelo en el clamor hondo y ferviente  
Que turbio el Plata entre sus ondas lleva,  
Y va á besar tu obscurecida frente.

# LA BÓVEDA OSCURA

*...Quid æternis minorem  
Consiliis animum fatigas?*

(HORACIO)

Junto á una bóveda oscura,  
De inmensos, helados senos,  
Donde imponentes vagaban  
El Misterio y el Silencio,

Estaba una altiva joven,  
En cuyo sereno aspecto  
Solemne resplandecía  
La majestad del imperio.

Clara antorcha de su mano  
Alzabase al firmamento,  
Cual si esparcir luz quisiera  
Por sus ámbitos inmensos.

Llena de mortal congoja,  
Llena de ferviente anhelo,  
Veía ese antro profundo,  
De dudas y horror cubierto.

« ¿ Qué es del que al mundo arrancado,  
Rueda á ese abismo tremendo  
Donde impotentes se estrellan  
Llanto, dolor, ira y ruego ?

« ¿ Halla dichas, amarguras ?  
¿ Tiene vida, pensamiento ?  
¿ Oprimele fría nada ?  
¿ Despierta tal vez de un sueño ?

« ¿ Por qué mi luz, que se extiende  
Del uno al otro hemisferio,

No puede enviar allí  
Ni un vacilante destello?

« ¿De qué sirve tanto ardor,  
Tan afanosos desvelos?  
¿De qué me vale el poder  
Que me brinda el Universo?

« Ríndeme el mar los tesoros  
Que encierra en sus hondos senos,  
Y en sus alas vagarosas  
Remóntame raudo el viento.

« Señalo el curso á los ríos,  
El fiero torrente tuerzo,  
Arranco el rayo á las nubes  
Y lo sepulto en el suelo.

« Las edades de la tierra  
En sus entrañas sorprendo,  
Y continentes y mares  
Uno en abrazos estrechos.

« Hago durable y fecunda  
La chispa del pensamiento,  
Y envuelta en fuego celeste  
La arrojé en rápido vuelo.

« Al cielo me alzo, y rasgando  
La sentencia de los tiempos,  
Grabé en mi frente las leyes  
Que rigen el Universo.

« Acercó hacia mí los orbes,  
Descúbrole mil secretos,  
Cuento los soles y estrellas  
Y de existencias los pueblo.

« Y parando en su carrera  
Al sol en el alto cielo,  
Y entregándole por siempre  
Sublime corona y cetro,

« Suelto riendas á los mundos,  
Y con vigoroso aliento

Sigo audaz por los espacios  
Su rueda y concierto eternos.

« Tanto poder, tanta gloria,  
Tan incontrastable empeño,  
¿Será que vencer no puedan  
De esa mansión el misterio?

« ¿Será que siempre las ondas  
De la luz en que me enciendo  
Á morir vayan sin gloria,  
Temblorosas allá adentro?

« ¡Oh vano orgullo! ¡Oh vergüenza!  
¡Oh impenetrable secreto!  
¡Triunfos de hermosa aureola,  
Nada valéis: yo os desprecio!»...

Dijo, y profundo suspiro  
Exhaló su ahogado pecho,  
É inclinándose abatida,  
Sumergióse en el silencio.

---

Mas, de repente, entre cirios  
De amarillentos reflejos,  
Ve de sombras funerarias  
Un tenebroso cortejo.

Cual tormenta silenciosa,  
Cual manto de nubes negro,  
Incierto al principio y vago,  
Y luego más y más denso :

Así la turba siniestra,  
Acreciendo por momentos,  
Á la bóveda avanzaba  
Los aires obscureciendo.

En medio de ellas, enjuto,  
De frío sudor cubierto,  
Luchando por desasirse  
De aquel círculo de espectros,

Revolvíase un anciano,  
En cuyo torcido gesto

El negro abismo imprimía  
De pavor lívido sello.

Acosábanle implacables  
Las sombras, en tropel tétrico,  
Y el infeliz, aterrado,  
Redoblaba sus esfuerzos.

¡Empeño inútil! La lucha  
Cesa, y exánime y yerto,  
Es al antro arrebatado  
Cual por torbellino ciego.

Rueda allá adentro, y retiemblan  
De la bóveda los senos,  
Y un lastimero gemido  
Fue sonando por los huecos.

Írguese al punto la joven,  
Y en su delirante anhelo,  
Impetuosa se lanza  
Hacia el cóncavo siniestro ;

---

Mas apenas temeraria  
Hubo la planta allí puesto,  
Recio soplo sin sentido  
La derribó por el suelo.

La luminaria apagóse ;  
Livida luz un momento  
Resplandeció, y quedó todo  
En noche profunda envuelto.

1879.

# Á LA ASTRONOMÍA

*Á Carlos Guido y Spano.*

¡ Sublime Astronomía,  
Tú del etéreo cielo habitadora,  
De luminoso día  
Augusta precursora,  
Que al trono te alzas do el Eterno mora!

Antorcha esplendorosa.  
Que el seno obscuro del espacio alumbras,  
Y con tu luz hermosa  
El pensamiento encumbras,  
Y disipas del alma las penumbras :

¡ Vén! que en tu rueda alzado,  
Ansio huir de este infectando suelo,

Y hundirme acelerado,  
Con soberano vuelo,  
En las salas espléndidas del cielo.

La solemne armonía  
De los orbes oír, que llena y hiende  
La inmensurable vía  
Del éter, donde esplende  
La vida universal en que se enciende.

La vida, que á raudales  
Los soles lanzan de su ardiente zona,  
Y en ondas inmortales  
Bañando su corona,  
Los mundos á los mundos eslabona.

¡Cómo se encanta el alma  
Ante esa red de luz que el cielo extiende,  
Y parece, en la calma  
Que de ella se desprende,  
Que lo infinito á nuestro sér descende!

Luego que de la esfera  
 Recoge el sol sus últimos fulgores,  
 Como en la primavera  
 Estalla el prado en flores,  
 Revienta el cielo en astros y esplendores.

Ya Venus allí augura,  
 Rica de lumbre trémula, al amante  
 El goce y la ventura,  
 Y Marte, más distante,  
 Enciende en rojos visos su semblante.

Júpiter reluciente  
 Tarde al cenit con majestad se eleva,  
 Y tras su disco ingente,  
 De grande imperio en prueba,  
 Astros vasallos por cohorte lleva.

Allá el Orión derrama  
 Sus nítidos luceros, y en glorioso  
 Fulgor la Cruz se inflama,

Emblema misterioso  
Que puso Dios en nuestro cielo hermoso.

Sirio, en lejano asiento,  
Fijo en la altura espléndido aparece ;  
Y Saturno opulento,  
Que en color se enriquece,  
Entre anillos y lunas resplandece.

Y Neptuno grandioso  
Sus apartadas sendas ilumina,  
Y en giro portentoso,  
Del sol que le domina  
Los imperios vastísimos termina.

¡ Oh asientos de ventura !  
¡ Alcázares de amor y poderío,  
Lucientes de hermosura,  
Do busca ya, sombrío,  
Alto refugio el pensamiento mío !

¡ Razas que en mundos de oro  
 Surcáis los cielos en triunfal concierto!  
 Yo extático os adoro  
 Desde este hondo desierto,  
 Al dolor, al martirio sólo abierto.

Tal vez, allá ascendido,  
 Pueda algún día contemplar radiante,  
 Vuestro amor encendido,  
 Vuestra vida brillante,  
 La gloria de los orbes, centellante.

Y oiré el inmenso coro  
 Que á Dios, velandó en gloria el firmamento,  
 Undivago y sonoro,  
 Eleva vuestro acento  
 En alas del amor y del contento.

¿ Qué ante vos nuestra impura  
 Morada? ¿ Qué esta cárcel maldecida,  
 En donde mal segura,

Hollada, escarnecida,  
Va la virtud huyendo de la vida ?

Si se hundiese rodando  
En los abismos, que su boca abrieran  
Voraces, rebramando  
Aún la estremecieran  
Los rancos odios que en su seno hirvieran.

En ella el desvarío  
Abre ancho cauce en torrentoso amago,  
Y es la insolencia, brío,  
La corrupción, halago,  
Vil comercio el amor, la gloria estrago.

Á ti el Creador ordena  
¡Oh Reina, de los cielos soberana !  
Que en tu amplia luz serena,  
Que de su solio mana,  
Bañes y enciendas la conciencia humana.

Que ya el lauro divino  
Del Porvenir, á tu radiosa frente  
Ciñe, eterno, el Destino,  
Y señala á tu mente  
El rumbo de la gloria, aurifulgente.

Vé, pues: en majestuoso  
Vuelo, te abisma en la profunda esfera,  
Y á tu triunfo grandioso,  
Rasgue nuestra ceguera  
Un rayo de esperanza y fe sincera.



## EN EL ÁLBUM DE SARA

Ríete, Sara, del que torvo estima  
Eterno el duelo en la existencia humana,  
Y el aura aspira de la fresca cima  
Que dora el sol de tu primer mañana.

Ni creas que al pasar en raudo vuelo  
Las dulces horas de tu edad presente,  
Los astros se pondrán que desde el cielo  
Bañan en luz tu candorosa frente.

Pasa la juventud ; mas al violento  
Hervor que alzaba en nuestro pecho un día,  
Sucede un firme y sosegado aliento,  
Un sereno ondear de la alegría.

---

Sé, pues, feliz, y con gentil despego  
De tu risueña edad vierte el tesoro,  
Mientras trueca el amor con blando riego  
Las flores de tu huerto en frutos de oro.

## GLORIA Y FE

*Á Martin Garcia Mérou.*

¡Lejos de mí los maldicientes gritos  
Con que el hombre al Creador reta y ofende,  
Y, vil secuaz de inverecundos ritos,  
Volcán de horrores en su pecho enciende!

¡Lejos de mí ese hervor, hondo, incesante,  
Que de odio al mundo y de vergüenza llena,  
Y al Ideal velando el sol radiante,  
Le impide alzarse á la región serena!

¡Lejos también, Materialismo infando,  
Hórrido monstruo de exicial aliento,

Que al corazón insultas, profanando  
La noble majestad del Pensamiento!

Si ver triunfante tu insensato anhelo  
Tu criminal depravación ansía,  
¡Álzate, torpe, á derrumbar del cielo  
El astro inmenso que corona al día!

Y cuando el orbe á tu furor sucumba,  
Tendrás ¡oh tú que la Verdad te nombras!  
Por digno templo, pavorosa tumba,  
Por regio manto, tus eternas sombras!

¡No lograrás obscurecer mi frente,  
De cuanto hay vil abominable escoria,  
Que alegre el alma mía henchir se siente  
De fe, esperanza y ambición de gloria!

¡Gloria! ¡Espléndido nombre! ¡Himno primero  
Que arrulla el sueño de la mente inquieta,  
Fuego que anima el brazo del guerrero,  
Lumbre que enciende el estro del poeta!

Sin ella ¿qué es la vida? Árido hastío,  
Cansado viaje en desolada pampa,  
En donde el viento impetuoso y frío  
Borra la huella que el viajero estampa.

Por ella eterno por el mundo suena  
De Homero el sin rival sublime canto,  
Por ella el alma de amargura aun llena  
De Safo ardiente el mísero quebranto.

Por ella César se alza victorioso,  
É hirviente el pecho en ambición suprema,  
Á Roma corre, imaginando ansioso  
Ceñir del mundo la imperial diadema.

Por ella un día el pensamiento humano  
Elevó Gutenberg grande y fecundo,  
Y de Colón el numen soberano  
Brindó, soberbio, un mundo al otro mundo.

Por ella de Andes la imponente cumbre  
Escala audaz de San Martín la planta,

Y de su genio la brillante lumbre  
Por donde pasa, una nación levanta.

¡Salve, Gloria inmortal! ¡No, no eres vana  
Sombra, fingida en delirante anhelo,  
Eres antorcha de la estirpe humana,  
Que inunda en vivo resplandor el suelo!...

Y tú, Fe celestial, acento blando  
Que nos muestras la luz en lontananza,  
Puro raudal que corres reflejando  
En tus diáfanas ondas la Esperanza!

¡Salve, también! Por tu virtud, del hombre  
Brilla un sello inmortal sobre la frente,  
Y grabado de Dios el santo nombre  
Allá en el fondo de su alma siente.

Por tu virtud su espíritu sublime  
De la materia ciega rasga el velo,  
Y sacudiendo el peso que le oprime,  
Deja la tierra, y se levanta al cielo.

¡Oh, tú no morirás, tú eres eterna!  
De ti nos hablan con acento vario,  
El trueno que retumba en la caverna,  
La ave que canta en bosque solitario ;

El que sonoro pasa raudo viento,  
El casto amor de virgen sin mancilla,  
La centella que surca el firmamento,  
La sombra que se oculta, el sol que brilla.

Tú descendiste en el raudal fecundo  
Que el santo leño enrojeció en Judea,  
Y alzando limpio y redimido al mundo,  
« ¡Amor, clamaste, vuestro emblema sea! »

Y el hombre, entonces en el polvo hundido,  
Miró esplender la bóveda sombría,  
Y comprendió, de admiración henchido,  
La soberana ley de la Armonía.

Sintió rodar sobre su frente erguida  
Soles y mundos en triunfal carrera,

Y á sorprender su ley desconocida  
Se lanza audaz á la celeste esfera.

Desplégase ante él, resplandeciente,  
Inmensa la Creación, y en la áurea zona  
Ve de los soles fulgurar ardiente  
De vida eterna universal corona.

Y allá, más alto, en majestad augusta,  
Labrado el trono del Excelso admira,  
So cuya mano omnipotente y justa  
El gran concierto de los orbes gira.

Y surgiendo en sus ámbitos intenso,  
Himno grave y solemne el éter hiende,  
Que cual en ondas de oloroso incienso  
Al solio eterno del Creador asciende...

¡ Sí, sí, tú eres la Fe que arrobadora  
Mi sér embarga en sensación profunda,  
La que mi alma entusiasmada adora,  
Y en deleites dulcísimos la inunda!

Allá entre el lodo que fatal le oprime  
Te niegue, retorciéndose, el ateo :  
Yo que te siento vívida y sublime,  
Alzo mi voz para decirte : ¡Creo !

1880.



## ETERNIDAD

¡ Alta, inmortal vislumbre,  
Eterno foco de la humana mente,  
Que en tu süave lumbre  
Inundas dulcemente  
El alma que ansias de elevarse siente!

Tu imagen resplandece  
Del cielo azul en la extensión serena,  
Y el éter estremece,  
Y los espacios llena  
Cual himno hermoso que sin fin resuena

El alma de ti henchida  
Á Dios asciende en misterioso vuelo,

Y en amor encendida,  
Va á coronar su anhelo  
En los cánticos místicos del cielo.

¡Moradas luminosas,  
Presentes siempre al pensamiento mío,  
Que en estas angustiosas  
Playas de ardiente estío,  
Fresco vertéis, purísimo rocío!

¡Manantiales fecundos,  
Cuyos raudales límpidos derraman  
Vida y luz en los mundos!  
Las almas que os aclaman  
En el gran foco de la Fe se inflaman.

¡Y hay quien, la frente hundiendo,  
En densa noche, su virtud reniega,  
Y el cielo escarneciendo,  
Á hacer ¡oh mengua! llega  
Ídolo vil de la materia ciega!

El concierto sublime  
Que en las esferas rueda armonioso,  
Donde el Eterno imprime  
Su sello esplendoroso,  
¿No halla en su alma un eco generoso?

Ese infinito anhelo,  
Esa ardorosa sed que al hombre eleva  
Desde la tierra al cielo,  
¿Ni un indicio le lleva  
Que hacia la luz su pensamiento mueva?

¿Qué bálsamo süave  
Podrá calmar sü corazón herido?  
¿Quién guiará su nave  
Cuando rueda perdido  
Por las olas del mar embravecido?

¡Cuán vigoroso aliento  
Al pecho infundes, veneranda idea!  
Á tu mágico acento

Natura se hermosea,  
Y rico incienso de su seno humea.

Todo habla, todo ostenta  
Más nítidos y espléndidos fulgores ;  
Su luz el astro aumenta,  
Sus perfumes las flores,  
Las aves sus conciertos bullidores.

Y el arcano eminente  
Que el denso velo de la muerte esconde,  
Do se estrella impotente  
La humana Ciencia, donde  
Ni un débil eco á nuestra voz responde,

No ya, desconsolada,  
Oprime al alma en funeral tortura,  
Que en virtud impregnada,  
No anhela otra ventura  
Que á su alto centro remontarse pura.

## IMPOTENCIA

*Nosce te ipsum.*

¡ Oh mil veces feliz, cóndor altivo,  
Que el vuelo tiendes con potente ardor  
Á bañar tu plumaje en el inmenso  
Piélago de oro del fecundo sol !

¡ Oh mil veces feliz, tú que en la altura  
Sientes intenso y férvido vibrar  
El beso eterno que al Creador envía  
La palpitante inmensidad del mar !

¿ Por qué, si me negó naturaleza  
De tu vuelo imperial-émulo ser,

Encendió en mí estas ansias inmortales,  
Esta de gloria inmensa, inmensa sed ?

¿ Á qué este anhelo devorante, eterno,  
Por el aroma y flor de la beldad,  
Si la impotencia su pesada garra  
En mi arrogancia altiva ha de clavar ?

¡ Yo te vislumbro, espléndida hermosura,  
Limpia y serena como el cielo azul,  
Y el bien y la verdad sombra imagino  
Cuando amanece tu radiante luz !

Y pienso, al contemplarte embebecido,  
Que es mi cerebro tu feliz mansión,  
Y que al rasgar mi frente soñadora  
Surges envuelta en mi infinito amor.

¡ Vano, impotente afán ! Tórnase luego  
En real infierno mi soñado edén ;  
Que escapa á mi vasallo pensamiento  
La majestad augusta de tu sér.

Así el preso recuerda, al ver el triste  
Rayo de luz que en su mazmorra entró,  
Que en la esplendente bóveda del cielo  
Sus diademas de lumbre arroja el sol.

¿ Á qué mirar la vaporosa nube  
Que perdiéndose va en la inmensidad,  
Si nuestra planta torpe y abatida  
Al polvo ruin encadenada está ?

¿ De qué me sirve el vacilante rayo  
Que á mi ambicioso espíritu alumbró?...  
No ser grande, es ser vil. ¡ Rompa su lira  
Quien no sepa; arrancarle eterno són !



# Á ITALIA

(LEOPARDI)

Veo, oh patria, los muros, las estatuas,  
Arcos, columnas, solitarias torres  
De nuestra clara estirpe: no la gloria,  
No el hierro y los laureles que ceñían  
Nuestros antiguos padres. Hora inerme,  
Nuda enseñas la frente; nudo el pecho.  
¡ Ay! cuánta, cuánta herida,  
¡ Qué lividez, qué sangre! ¡ Oh cuál te miro  
Bellísima matrona!  
Yo increpo al mundo, al cielo:  
Decid, decid, ¿quién á tan triste estado  
La pudo compeler? • ¡ Y aun más! que oprimen

Sus brazos las cadenas ! Sí, que suelta  
La cabellera, y arrancado el velo,  
Abandonada mora  
Por tierra, sin consuelo,  
Y, oculto el rostro en las rodillas, llora.  
¡ Lloro, que harto has motivo, Italia mía !  
En la suerte infeliz y en la fortuna  
Nacida á ser del mundo vencedora.

Fuesen tus ojos dos raudales vivos,  
Nunca alcanzara el llanto  
Á igualar tu ignominia y tu quebranto ;  
Que fuiste ya señora,  
Y sierva miserable eres ahora.  
¿ Quién sobre ti discurre  
Que, recordando tu esplendor pasado,  
No diga : grande fué, mas ya no es grande ?  
¿ Por qué, por qué ? ¿ Dó ya la fuerza antigua ?  
¿ Dónde las armas, la constancia, el brío ?  
¿ Quién te arrancó la espada ?  
¿ Quién te vendió ? ¿ Qué afán, qué trama artera,

Qué inmenso poderio  
 El manto te arrancó y áurea corona?  
 ¿Cómo caíste, cuándo,  
 De tanta alteza á tan profundo abismo?  
 ¿Nadie lidia por ti? ¿No te defiende  
 De los tuyos ninguno? ¡Un arma, un arma!  
 Yo solo en la contienda  
 Combatiré, sucumbiré yo solo.  
 Concede ¡oh cielo! que mi hirviente sangre  
 Ítalos pechos en su fuego encienda.

¿Dó tus hijos están? Oigo són de armas  
 Y de carros y voces y atambores:  
 Pugna tu prole en extranjeros climas.  
 Escucha, Italia, escucha. Entrever creo  
 Un olear de infantes y corceles,  
 Y humo, y polvo, y centellar de espadas,  
 Como entre niebla lampos.  
 ¿No te reanimas? ¿Los trementes ojos  
 No osas tornar hacia el dudoso evento?  
 ¿Por quién combaten en aquellos campos

Los ítalos mancebos? ¡Dioses, dioses!  
Por otra tierra nuestras armas lidian.  
¡Oh sin ventura aquel que cae postrado,  
No por sus dulces playas, por la esposa  
Casta y fiel, é idolatrados hijos;  
Mas por extraños, por ajeno fuego,  
Y no al morir le es dado  
Clamar: ¡Patria querida,  
La vida que me diste hora te entrego!

¡Oh edad antigua, amada y venturosa,  
Cuando en tropel las gentes  
Por la alma patria á perecer corrían!  
Y vos, siempre elocuentes,  
Ceñidas siempre de gloriosas palmas,  
¡Oh tésalas gargantas! donde Persia  
Ni el hado mismo doblegar pudieron  
Á algunas libres, generosas almas!  
Yo pienso que las rocas,  
Plantas y mares y montañas vuestras  
Dicen con vago acento al caminante

Cómo aquella ribera  
Cubrió toda de cuerpos  
Caros á Grecia, la milicia invicta.  
Vil por el Helesponto  
Jerjes entonces y feroz fugaba,  
Á ser ludibrio de la edad postrera ;  
Y sobre la colina  
De Antela, en que expirando,  
La santa hueste de la muerte triunfa,  
Simónides se alzaba  
El campo, el mar, el éter contemplando.

Y con el rostro en lágrimas bañado,  
Con pie inseguro y fatigoso aliento,  
Embrazaba la lira :  
— ¡ Vosotros venturosos,  
Que el pecho disteis á enemigas lanzas  
Por amor á esta madre, vos á quienes  
Grecia venera, el universo admira!  
Al riesgo y al combate  
¿ Qué grande amor las juveniles mentes,

Qué amor os impelió al fatal destino ?  
¿Cómo tan grata ¡oh hijos! la postrera  
Hora os apareció, que sonrientes  
Al fin volasteis lamentable y duro ?  
Semejaba que á espléndido convite  
Ó á danza alegre, y no á morir, corriera  
Cada uno de los vuestros. El obscuro  
Tártaro, empero, y las silentes ondas  
Os aguardaban. ¡Ni aun al lado visteis  
Vuestros hijos ó esposas,  
Cuando en áspera margen  
Sin besos y sin lágrimas moristeis!

Mas no del Persa sin horrenda pena  
Y angustia interminable.  
Cual león entre toros encerrado,  
Ya al lomo de aquél salta, y los colmillos  
En su espinazo clava,  
Ya este ijar, ya aquel muslo dentellea ;  
Así en las turbas persas se inflamaba  
De los helenos el valor, la ira.

Mira en tierra caballo y caballero ;  
 Ve volcados doquier carros y tiendas  
 Embarazar la fuga á los vencidos ;  
 Pálido y desgredado  
 Aun el tirano mismo huir primero ;  
 Ve cuál en sangre bárbara teñidos  
 Los héroes griegos, perdición del Persa,  
 Ya exangües, lentamente,  
 Unos sobre otros caen. ¡ Viva, viva !  
 ¡ Vosotros venturosos,  
 Mientras se hable en los tiempos ó se escriba !

Antes en vuelco rápido cayendo  
 Al hondo mar, extintos  
 En el abismo estallarán los astros,  
 Que vuestra veneranda  
 Memoria y vuestro amor mengüe ó se olvide.  
 Vuestra tumba es altar ; y aquí trayendo  
 Sus párvulos las madres,  
 Enseñaránles los hermosos rastros  
 De vuestra sangre. ¡ Ved ! yo de rodillas

Me postro ¡ oh venturosos !  
Y estos terrones y estas peñas beso,  
Que loados serán eternamente  
En cuanto el mundo encierra.  
¡ Ah, si con vos yaciese, y empapada  
Estuviera en mi sangre esta alma tierra !  
Mas si es otro el destino, y no consiente  
Que por la Grecia los murientes ojos  
Cierre postrado en áspera contienda,  
De vuestro vate la modesta fama,  
La edad futura, si á los dioses place,  
Recuerde en tanto que la vuestra esplenda.

## BRUTO MENOR

(LEOPARDI)

Cuando volcada en la comarca tracia,  
Yació, inmensa rüina,  
La itálica virtud, y el hado entonces,  
Para los vallès de la verde Hesperia,  
Y playa tiberina,  
El casco de los bárbaros corceles  
Apresta ya, y de las desnudas selvas  
Que la Osa helada oprime,  
Á hundir de Roma los ilustres muros  
Las godas armas llama :  
De hermana sangre y de sudor cubierto,

Bruto, en lóbrega noche, en yermo sitio,  
Ya resuelto á morir, contra las sordas  
Divinidades y el averno clama,  
Y con feroz acento  
En vano hiere el adormido viento.

Necia virtud, la hueca niebla, el campo  
De móviles fantasmas  
Son tus solas tribunas: en pos tuyo  
Camina el descreimiento.  
De vos, dioses marmóreos  
(Si acaso dioses tienen  
En Flegetón ó en el empíreo asiento),  
De vos befa y ludibrio  
Es la prole infeliz, á la que altares  
Celosos reclamáis; y engañadora  
Ley al mortal ofende.  
¿Conque así excita los celestes odios  
La terrena piedad? ¿Conque al impío  
Su mano Jove extiende?  
Y si en los aires tempestad derrama,

Y el trueno veloz vibra,  
¿Envuelve al justo en la sagrada llama?

Oprime el hado invicto y la ferrada  
Necesidad, al débil  
Reo de muerte : y si impedir no logra  
Su torpe acción, de necesarios duelos  
El vulgo se consueta. ¿Es menos duro  
Si es sin reparo el mal ? ¿Dolor no siente  
El muerto á la esperanza ?  
Guerra mortal, eterna, oh vil destino,  
Contigo el prócer riñe,  
No avezado á ceder ; y vencedora  
Al oprimirle tu tirana diestra,  
Agitase indomado y ufano,  
Y clavando en su pecho  
El hierro doloroso,  
Torva sonrisa á las tinieblas muestra.

Hiere á los Dioses quien violento rompe  
En el Averno. Nunca audacia tanta

Se albergara en las muelles  
Almas eternas. ¿ Por ventura el cielo  
Nuestros afanes, los adversos casos,  
Y afectos sin consuelo,  
Ante sus ojos por placer despliega ?  
No entre desdicha y crimen,  
Mas libre edad entre los bosques, pura,  
Nos destinó Natura,  
Un tiempo Reina y Diosa. Y pues impía  
Costumbre derribó el feliz imperio,  
Y al mísero vivir dictó otras leyes,  
Si sus infaustas horas  
Alma viril rehusa,  
¿ Dardo que no la hirió Natura acusa ?

De culpa ignaras y sus propios duelos,  
Á las bestias felices  
Serena lleva el imprevisto trance  
La edad tardía. Y si á quebrar la frente  
En rudos troncos, ó de enhiestas rocas  
Sus miembros despeñados dar al viento

Las moviese el afán, no detuviera  
Arcana ley ú obscuro pensamiento  
El mísero deseo. Á vos tan sólo,  
Hijos de Prometeo, entre las razas  
Que el cielo hizo surgir, pesa la vida ;  
Á vos la muerta orilla, antes que acceda  
El destino indolente,  
Sólo ¡ oh tristes ! á vos Júpiter veda.

Y tú del mar que nuestra sangre riega,  
Cándida luna, surges,  
Y la intranquila noche, y el funesto  
Campo contemplas al valor latino.  
Hermanos pechos huella el victorioso,  
Tiemblan los cerros, de las altas cumbres  
La antigua Roma cae ;  
¿ Y tú tan apacible ? De Lavinia  
Miraste un día la naciente prole,  
Y el tiempo alegre y memorandos lauros ;  
Y sobre el Alpe tu inmutada lumbre  
Callada verterás, cuando en tormento

Del siervo ítalo nombre,  
Bajo bárbara planta  
Retumbe aquese solitario asiento.

Ved, ya en desnuda piedra ó verde rama  
El pájaro y la fiera,  
De la indolencia usual henchido el pecho,  
La ingente ruina ignora y la trocada  
Suerte del mundo; y como siempre, el techo  
Esplenderá del industrioso aldeano;  
Del canto matutino  
Al són, aquél despertará los valles;  
Aquélla agitará por los barrancos  
La débil turba de menores brutos.  
¡ Oh casos! ¡ Raza inútil! Parte impura  
Somos de lo creado, y no la gleba,  
Teñida en sangre, ni antros ahulladores,  
Turbó nuestro infortunio,  
Ni humana desventura  
Descoloró del astro los fulgores.

No yo á los sordos Reyes  
Del Olimpo ó Cocito, no á la indigna  
Tierra, ó la noche moribundo invoco ;  
Ni á ti, postrer destello  
De la lóbrega muerte ¡oh testimonio  
De la futura edad ! ¿ Fué acaso al llanto  
Dado aplacar las desdeñosas tumbas ?  
¿ Ornáronlas los dones y palabras  
De turba vil ? Peores  
Despéñanse los tiempos ; mal se fía  
Á nietos corrompidos  
El alto honor de las egregias mentes,  
Y de los desdichados  
La venganza suprema. En torno mío  
Las alas bata el negro cuervo hambriento ;  
Roa la fiera, el torbellino esparza  
Los restos ignorados ;  
Y el nombre y la memoria envuelva el viento.



## LO INFINITO

(LEOPARDI)

Esta colina solitaria siempre  
Grata fué para mí, y este vallado,  
Que por partes tan varias  
Cierra á la vista el horizonte extremo.  
Mas si sentado miro, interminables  
Espacios tras de aquél, y sobrehumano  
Silencio, y profundísimo reposo  
Finjo en mi mente; de lo cual ya casi  
El corazón se aterra. Y como el viento  
Entre estas plantas suena, ese infinito  
Silencio á este rumor voy comparando.  
Y recuerdo lo eterno, y las edades

Sepultas ya, y la presente y viva,  
Y su tumulto. Así mi pensamiento  
En medio de esta inmensidad se anega,  
Y naufragar me es dulce en estos mares.

1883.

# LA NOCHE DEL DIA FESTIVO

(LEOPARDI)

Dulce y clara es la noche, el aire en calma,  
Por cima de los techos y en los huertos  
Brilla la luna, y á lo lejos muestra  
Serenas las montañas. ¡Dueño mío!  
Las sendas callan, vese en los balcones  
Rara esplender la lámpara nocturna.  
En brazos duermes tú de fácil sueño  
En tu tranquila estancia, y no te muerde  
Cuidado alguno; ni ya ves ni piensas  
Cuánta herida me abriste en medio al pecho.  
Tú duermes: yo este cielo que se brinda  
Tan favorable, á saludar me asomo.

Y á la antigua natura omnipotente  
Que me engendró al dolor. A ti, me dijo,  
La esperanza te niego, aun la esperanza:  
Tan sólo el llanto brillará en tus ojos.  
Solemne fué este día: hora reposas  
De los placeres, recordando acaso  
En sueño, á cuántos hoy gustaste, y cuántos  
Te gustaron á ti: yo más no espero  
Á tu mente tornar. En tanto indago  
Lo que aun debo vivir, y aquí por tierra  
Me arrojo, y grito, y tiemblo. ¡Horrendos días  
En tan lozana edad! ¡Ay! por la calle  
No lejos oigo el solitario canto  
Del artesano que, ya tarde, torna,  
Después del goce, á su modesto albergue.  
Y fieramente el corazón me oprime  
El ver cómo en el mundo pasa todo  
Sin dejar casi huella. Ya el festivo  
Día extinguióse, y al festivo, el día  
Vulgar sucede, y arrebatata el tiempo  
Todo caso mortal. ¿Dó ya el tumulto

De los antiguos pueblos? ¿Dónde el grito  
De nuestra ilustre celebrada estirpe,  
De aquella Roma el formidable imperio,  
Y las espadas, y el fragor rugiente  
Que por la tierra discurrió y los mares?  
Todo es paz y silencio, todo calla  
El mundo, y de ellos más no se razona.  
En mi primera edad, cuando el festivo  
Día se espera con ardor, ya luego  
Que él transcurría, yo en el lecho, en vela,  
Yacía con dolor. Y en la alta noche,  
Si por las calles se escuchaba un canto  
Que tenue en lontananza iba muriendo,  
Ya así también se me oprimía el alma.

1883.



## LA VIDA SOLITARIA

(LEOPARDI)

La lluvia matinal, cuando en la estancia  
Aún cerrada, la gallina corre  
Batiendo el ala, y al balcón se asoma  
El morador del campo, y desde oriente  
Asesta el sol sus tremulantes rayos  
Á las gotas que caen, mi cabaña  
Dulcemente golpeando, me despierta ;  
Y salgo, y las ligeras nubecillas,  
Y de las aves el susurro, y la aura  
Fresca bendigo, y los rientes campos.  
Ya que ¡oh infaustos ciudadanos muros!  
Os vi bastante y conocí: allá donde

Se une el odio al dolor, doliente vivo,  
Y tal he de morir, ¡oh, pronto! Alguna  
Bien que escasa piedad muéstrame, empero,  
Natura en estos sitios ¡cuánto un día  
Más gentil para mí! También tú tuerces  
Del mísero la vista, y desdeñando  
La desdicha, el afán, á la imperante  
Felicidad, naturaleza, sirves.  
No queda en cielo ó tierra amigo alguno  
Ni otro refugio al infeliz que el hierro.

Tal vez me siento en solitario sitio,  
En un alto, de un lago en la ribera,  
De taciturnas plantas coronado.  
Allí, al rodar en el cenit el día,  
El sol refleja su tranquila imagen.  
No la hoja ó la hierba el viento mueve;  
Ni la onda enrespase, ó la cigarra  
Chirriar, ni el ala el pájaro en la rama  
Batir, ni revolar la mariposa,  
Ni voz, ó són, ó movimiento alguno,

De lejos ni de cerca oyes ni miras.  
Reina en tal borde altísimo sosiego ;  
Casi á mí mismo, en él, y el mundo olvido,  
Sentado inmóvil; y que yacen juzgo  
Suelos mis miembros, que no ya los mueven  
Alma ó sentido, y su reposo antiguo  
Y el silencio del sitio se confunden.

Amor, amor, ¡cuán de mi pecho lejos  
Volaste ya, tan ardoroso un día!  
La desventura con su fría mano  
Bien pronto le oprimió, y trocóse en hielo  
En la edad más hermosa. El tiempo evoco  
En que hasta el alma mía descendiste.  
Era ese dulce irrevocable tiempo  
En el que se abre esta infeliz escena  
Del mundo al ojo juvenil, y á modo  
De paraíso ante su mente ríe.  
De anhelo y virgen esperanza salta  
Dentro del pecho el corazón del joven,  
Y de esta vida á la tremenda empresa

Ya se apercibe, como á danza ó juego,  
El misero mortal. Mas no tan pronto  
Surgiste, amor ; que ya fortuna había  
Roto mi vida, y sólo lícito era  
Para estos ojos el perenne llanto.  
Empero al ver por las abiertas playas,  
En la callada aurora, ó cuando esplenden  
Al sol, techos, collados y campiñas,  
De tierna virgen el semblante hermoso ;  
Ó bien tal vez, cuando en la dulce calma  
De noche estiva, el paso vagabundo  
Al llegar á las villas deteniendo,  
Miro la tierra solitaria, y oigo  
En la apartada habitación el canto  
Agudo resonar de la doncella  
Que añade á su labor la hora nocturna,  
Muévese un punto á palpar aqúeste  
Mi corazón de piedra. Mas ¡ay! pronto  
Torna al férreo sopor : que ya es extraña  
Al pecho mío la emoción süave.

¡ Oh amada luna, á cuyo dulce rayo  
Danzan las liebres en la selva ; y suele  
Dolerse al alba el cazador, que halla  
Falso, intrincado el rastro, y de las cuevas  
Vario error le desvía ! ¡ Salve, oh reina  
Benigna de las noches ! Importuno  
Por entre jaras, peñas ó rüinas  
Desciende tu fulgor, sobre el acero  
Del pálido ladrón, que, á la distancia,  
Al rumor de las ruedas y caballos,  
Y al golpe de los pies tiende el oído  
En el mudo sendero ; y de repente,  
Con el són de las armas, la voz ronca,  
Y el fúnebre semblante, hiela el alma  
Del viajero, á quien desnudo en breve  
Y semi-vivo entre las piedras deja.  
Hasta el vil seductor llegó importuna  
Tu blanca lumbre en las ciudades, cuando  
Va rozando las casas, la secreta  
Sombra siguiendo, y se detiene, y tiembla  
De las ardientes luces, y el abierto

Balcón. Á los malvados importuna,  
Benigna siempre para mí tu vista  
Será por estas playas, donde sólo  
Rientes colinas y anchurosos campos  
Me abres delante. Y yo aún solía,  
Bien que inocente fuera, tu gracioso  
Rayo acusar en habitados sitios,  
Si me ofrecía á la mirada humana,  
Ó á mis ojos mostraba humanas formas.  
De hoy más lo ensalzaré, ya te contemple  
Vogar entre las nubes, ya serena  
Dominadora del etéreo campo,  
Mires esta infeliz morada humana.  
Verásme con frecuencia solo y mudo  
Errar por bosques y riberas verdes,  
Ó sentarme en la hierba, venturoso  
Si aliento y alma á suspirar conservo.

1883.



## A SILVIA

(LEOPARDI)

¿Recuerdas, Silvia, el tiempo  
De tu vida mortal, cuando en tus ojos  
Rientes, fugitivos,  
Brillaba la hermosura,  
Y pensativa, ufana,  
El linde hollabas de la edad temprana?

Las tranquilas estancias  
Y las vecinas calles resonaban  
Con tu perpetuo canto,  
Cuando á tarea femenil atenta,  
Te sentabas contenta

Del bello porvenir que entreveías.  
Era el fragante Mayo, y tú así siempre  
Ocupabas los días.

Yo los gratos estudios  
Tal vez dejando, y los ajados folios,  
En que mi edad primera  
Y lo mejor de mí se disipaba,  
Desde el terrado del paterno albergue  
Mi oído al són de tus acentos daba,  
Y á la rápida mano  
Que la labor penosa recorria.  
Miraba el limpio cielo,  
Los dorados caminos y las huertas,  
Lejano, á un lado, el mar ; al otro, el monte.  
No cabe en lengua humana  
Lo que adentro sentía.

¡ Qué suaves pensamientos,  
Qué coros de esperanzas, Silyia mia!  
¡ Cómo entonces surgia

La vida humana, el hado !  
 Ante el recuerdo de ilusión tan grande,  
 Un afecto me oprime,  
 Agrio, desconsolado,  
 Y tórname á doler mi desventura.  
 ¡Oh natura, oh natura !  
 ¿ Por qué traidoramente  
 Lo que entonces prometes, luego olvidas ?  
 ¿ Por qué á tus hijos burlas inclemente ?

Tú antes que el hielo marchitara el prado,  
 Por misteriosa enfermedad vencida,  
 Moriste, oh tierna niña. Y de tu vida  
 Las flores contemplar no te fué dado.  
 No endulzaron tu alma los loores,  
 Ya de los negros rizos,  
 Ya del mirar esquivo, enamorado,  
 Ni otras contigo en los festivos días  
 Razonaban de amores.

Poco después moría  
 Mi esperanza también : á mi existencia

También negó el destino  
La juventud. ¡Ay! cómo,  
Cómo huiste por siempre,  
¡Oh dulce amiga de mi edad lozana,  
Mi lamentado encanto!  
¿Es este el mundo aquel? ¿Estos los goces,  
El amor, las empresas, los eventos  
Sobre que juntos discurríamos tanto?  
¿Esta la humana suerte?  
Al surgir ante ti la verdad ruda,  
¡Mísera! periciste: y con la mano  
Mostraste desde allá la fría muerte  
Y una tumba desnuda.

## IMITACIÓN

(LEOPARDI)

De tu rama distante,  
Infeliz hoja débil,  
¿Adónde vas? — Del haya  
Donde he nacido dividióme el viento.  
Él, girando, en revuelos,  
Del bosque á la campaña,  
Desde el valle me lleva á la montaña.  
Con él perennemente  
Voy peregrina, y lo demás ignoro.  
Voy donde toda cosa,  
Donde la hoja va naturalmente  
Del laurel y la rosa.



# LOS RECUERDOS

(LEOPARDI)

*Á Marcelino Menéndez y Pelayo.*

¡Astros hermosos de la Osa! Nunca  
Creí tornar aún á contemplaros  
Sobre el jardín paterno centellantes,  
Y á conversar con vos de las ventanas  
De esta morada que habité de niño,  
Y do el término vi de mis venturas.  
¡Cuánta imagen un tiempo, cuánta historia  
Creó en mi mente vuestro dulce aspecto,  
Y las que en torno veis, amigas lumbres!  
Cuando en silencio, sobre el verde césped,

Mirando el cielo y escuchando el canto  
De la rana distante en la campaña,  
Gran parte de la noche estar solía!  
La luciérnaga erraba en los vallados  
Y por las eras, susurrando al viento  
La alameda olorosa, y los cipreses  
Allá en la selva; y so el paterno techo,  
El són de alternas voces, y el tranquilo  
Trajín de los criados. ¡ Y qué inmensas  
Ideas, dulces sueños, me inspiraron  
El mar lejano y los azules montes  
Que de aquí miro, y que salvar un día  
Entonces meditaba, arcanos mundos,  
Arcana dicha á mi vivir fingiendo!  
Mi destino ignoraba, y cuántas veces  
Esta mi vida dolorosa y yerma  
Por la muerte, feliz trocado habría.

Ni aun presagiaba que mis verdes años  
Consumiría condenado en esta  
Natal salvaje aldea, en medio á gente

Grosera, vil ; á la que extraños nombres  
Y argumento de risa y de algazara  
Son doctrina y saber ; que me odia y huye,  
No por envidia ya, que no me estima  
Á ella mayor ; mas porque tal supone  
Que es mi íntima opinión, bien que á ninguno  
De ello signo exterior nunca yo diera.  
Aquí los años paso, oculto, aislado,  
Sin vida, sin amor, y áspero en medio  
De mala turba á mi pesar me torno.  
Aquí virtudes y piedad me arranco,  
Y desprecio á los hombres, por las greyes  
Que tengo junto á mí : y en tanto vuela  
El dulce tiempo juvenil ; más dulce  
Que el laurel y la fama ; más que el puro  
Fulgor del día, y el morir : te pierdo  
Sin ningún goce, inútilmente, en esta  
Inhumana morada, entre congojas,  
¡ Oh sola flor de la infecunda vida !

Viene el viento trayendo el són de la hora  
De la torre del burgo. Él me infundía,  
Aun lo recuerdo, ánimo en mis noches,  
Cuando era niño, y en la obscura estancia  
De tenaz miedo víctima velaba,  
La aurora ansiando. Nada aquí oigo ó miro  
Sin que adentro una imagen reaparezca ;  
De do no surja plácida memoria.  
Plácida en sí ; mas con dolor se enlaza  
La idea del presente, un vano anhelo  
Del tiempo que pasó, aunque empañado  
Por la tristeza, y el decir: he sido.  
Aquella galería vuelta al último  
Rayo de luz ; estos pintados muros,  
El fingido rebaño, el sol que nace  
Sobre campiña solitaria, dieron  
Delicias mil á mis perdidos ratos,  
Cuando á mi lado, siempre, hablando iba  
Mi error potente por doquier. En estas  
Salas antiguas, de la nieve al brillo,  
Silbando el viento en torno á estas ventanas,

Retumbó la alegría y mis festivas  
Voces, en tiempo en que el indigno, acerbo  
Misterio de las cosas, se nos muestra  
Henchido de dulzura. Entera y virgen,  
Tierno el doncel, como inexperto amante,  
Su falaz vida con amor contempla,  
Y celeste beldad finge y admira.

¡ Oh esperanza, esperanza, engaños dulces  
De mi primera edad ! Hablando, siempre  
Vuelvo á vosotros ; que al andar del tiempo,  
Ni al variar de afectos y de ideas,  
Puedo olvidaros. Gloria, honor, tan sólo  
Fantasmas juzgo ; bienes y venturas,  
Mero anhelar ; no tiene fruto, inútil  
Miseria, la existencia, y si vacíos  
Yacen mis años, si desierto, obscuro  
Es mi estado mortal, poco fortuna  
Me robó, á fe. Mas ¡ ay ! cuando en vosotras  
¡ Oh mis antiguas esperanzas ! pienso,  
Y en mis caras imágenes primeras,

Y en mi vida tan vil luego reparo,  
Tan dolorosa, y que la muerte es sólo  
Lo que de tantas esperanzas grandes  
Hoy ya me resta : oprimirse siento  
Mi corazón, siento que no me es dado  
Resignarme del todo á mi destino.  
Y cuando al fin esta invocada muerte  
Venga á mi lado, término poniendo  
Á mis desdichas ; cuando ya la tierra  
Me sea extraño valle, y de mi vista  
Se esconda el porvenir ; aun de vosotras  
Me acordaré, y aún aquella imagen  
Me arrancará suspiros, me hará triste  
Haber vivido en vano, y la dulzura  
Del fatal día enturbiará con duelo.

Y ya en el juvenil hervor primero  
De contentos, de angustias, de ansiedades,  
Tenaz llamé á la muerte, y largas horas  
Sentado allá sobre la fuente estuve,  
Ahogar meditando entre esas aguas

Mi ilusión, mi dolor. Después, por ciego  
Mal, conducido de la vida al riesgo,  
Lloré la juventud, y la ya mustia  
Temprana flor de mis infaustos días.  
Y sobre el lecho confidente, en altas  
Horas sentado, á la muriente lumbre  
Poetizando con dolor, mil veces  
Lamenté con la noche y el silencio  
El alma fugitiva, y á mi mismo  
Me canté, exhausto ya, fúnebre canto.

¿Quién sin suspiros recordaros puede  
¡Oh alborar de juventud, oh días  
Risueños, ñefables! cuando al hombre  
Extasiado, por la vez primera  
Sonrien las doncellas; todo en torno  
En certamen sonríe; aún dormida,  
Ó bien benigna aún, la envidia calla,  
É ( ¡ inusitada maravilla ! ) el mundo  
Casi le tiende auxiliadora mano,  
Cubre sus yerros; su venir reciente

Á la vida celebra, y respetuoso  
Muestra aclamarle por señor y dueño?  
¡ Días fugaces! Como raudos lampo  
Se desvanecen. ¿ Qué mortal alcanza  
La desdicha ignorar, si aquella hermosa  
Estación ya le huyó, si su buen tiempo,  
La juventud ¡ la juventud! no existe?

¡ Oh Nerina! ¿ Y de ti no oigo á estos sitios  
Ya por ventura hablar? ¿ Caíste acaso  
De mi memoria tú? ¿ Dónde te has ido  
Que sólo ¡ encanto mío! tu recuerdo  
Encuentro aquí? No más, no más te mira  
Esta tierra natal: esa ventana  
Donde solías conversarme, y donde  
Triste el fulgor de las estrellas luce,  
Vese desierta. ¿ Dónde estás, que no oigo  
Más tu voz resonar, como algún día,  
Cuando al llegar cada lejano acento  
Del labio tuyo hasta mi oído, el rostro  
Me demudaba? Otra edad. Tus días

Fueron, mi dulce amor. Pasaste. Á otros  
El pasar por la tierra hoy cabe en suerte,  
Y habitar estas olorosas cumbres.  
Pasaste ; mas ¡cuán rápida! Tu vida  
Cual sueño fué. Cuando, danzando, el júbilo  
En tu frente brillaba, y en tus ojos  
Aquel cándido ensueño, aquella lumbre  
De juventud, fueron del hado extintos,  
Y yaciste. ¡ Ah Nerina ! Aun en mi alma  
Reina el antiguo amor. Si me encamino  
Alguna vez á fiestas, á saraos,  
Digo : ¡ Oh Nerina ! Tú á saraos, á fiestas  
No te preparas más, no te encaminas.  
Si Mayo torna, y flores y cantares  
Los amantes van dando á las doncellas,  
Nerina, digo, para ti ya nunca  
Torna la primavera, amor no torna.  
Y si un día sereno, una florida  
Ribera miro, ó siento un goce, exclamo :  
Ya no goza Nerina ; el campo, el aire  
No mira ya. ¡ Ay ! tú pasaste, eterno

Suspiro mío : tú pasaste, y siempre  
Compañera será de mi errabundo  
Imaginar, de mis afectos tiernos,  
De los tristes é íntimos latidos  
Del corazón, la remembranza acerba.

# AMOR Y MUERTE

(LEOPARDI)

Ον οἱ θεοὶ φιλοῦσιν ἀποθνήσκει νέος.

Joven perece el que los dioses aman.

(MENANDRO)

Al Amor y la Muerte

Á un tiempo hermanos engendró la suerte.

Jamás cosas tan bellas

Encerraron el mundo ó las estrellas.

Nace del uno el bien, el mayor goce

Que por el mar de la existencia rueda ;

Toda desdicha ingente,

Todo ingente dolor la otra aniquila.

Hermosísima joven,

Imán de la mirada,  
No cual la finge la cobarde gente,  
Al niño Amor acompañar le agrada ;  
Y sobre el mortal suelo  
Pasan volando unidos,  
De toda sabia mente alto consuelo.  
Ni fué jamás un corazón tan sabio  
Cual herido de amor, nunca más fuerte  
Alcanzó á despreciar la infausta vida,  
Ni cual por este dueño  
El peligro arrostró por otro alguno ;  
Que dondequier, Amor, tu auxilio llevas,  
Allí al punto el valor nace ó revive ;  
Y no, cual suele, vana  
En pensamiento, mas en obras grande,  
Se alza la estirpe humana.

Cuando recientemente  
Nace en lo hondo del alma un tierno afecto,  
En ella, á un tiempo, lánguido y cansado,  
Un vago anhelo de morir se siente.

No sé por qué : mas es signo primero  
De todo amor potente y verdadero.  
Este desierto entonces  
Pavor infunde : inhabitable, ingrata,  
La tierra el mortal mira, sin aquella  
Nueva, sola, infinita  
Felicidad que en su soñar retrata ;  
Y allá en su alma al presentir por ella  
Profunda tempestad, calma apetece,  
Llegar á puerto ansía  
Ante el terrible anhelo,  
Que ya en torno, rugiendo, se obscurece.

Luego, cuando ya todo  
Lo envuelve y ciñe el formidable numen,  
É invicto ardor al corazón fulmina,  
¡Cuánta vez implorada '  
Con intenso deseo,  
Muerte, eres tú del angustiado amante !  
¡Cuántas de noche, y cuántas,  
Rindiendo al alba el cuerpo fatigado,

Feliz llamóse si le fuera dado  
No alzarse ya, si nunca  
La amarga luz á contemplar volviera !  
Y al escuchar el fúnebre tañido  
De la campana, el cántico que triste  
Los muertos lleva al sempiterno olvido,  
Envidió en lo profundo  
Del pecho, ardientemente,  
Al que á morar con los extintos iba.  
Aun la plebe olvidada,  
El aldeano, ajeno  
Á las virtudes que el saber infunde,  
Aún la esquiva y tímida doncella,  
Á quien la voz de muerte  
Crispábale en un tiempo los cabellos,  
Hora constante y fuerte  
Los negros velos y la tumba mira ;  
Hierro y veneno con tesón contempla,  
Y allá en su mente indocta  
El dulce encanto del morir comprende.  
Tanto á la muerte inclinan

Las leyes del amor. Y aun, á menudo,  
Sostener no pudiendo  
Humana fuerza el interior combate,  
Ó el frágil cuerpo abate  
La conmoción terrible, y de este modo.  
Por fraternal poder la Muerte triunfa ;  
Ó tanto Amor impele  
Al abismo profundo,  
Que por sí mismos el inculto aldeano  
Y la tierna doncella  
Los miembros juveniles  
Por tierra esparcen con violenta mano.  
Rie el mundo su duelo :  
Que paz y senectud le brinde el cielo.

Al férvido, al dichoso,  
Al varón animoso,  
Uno ú otro de vos conceda el hado,  
Dulces amigos de la estirpe humana,  
Cuyo poder supera,  
En el vasto universo,

Á todo otro poder, y sólo cede  
Del hado á la potencia soberana.  
Y tú á quien ya desde mi edad primera  
Honrando siempre invoco,  
Bella Muerte, piadosa  
Sola en el mundo á terrenales duelos ;  
Si alcé mi voz en tu loor, si quise  
Á tu esencia divina  
Del vulgo ingrato reparar la afrenta,  
No tardes más, á inusitados ruegos,  
Cerrando ya á la luz mis tristes ojos,  
¡ Reina eterna del tiempo ! hora te inclina.  
Cualquier sea el instante  
En que las alas á mi voz despliegues,  
Alta la frente me hallarás, armado,  
Y renitente al hado ;  
La mano que azotándome se tiñe  
En mi sangre inocente,  
No alabaré, no besaré, cual hace  
Por vil costumbre la terrena gente ;  
Toda vana esperanza con que el mundo

---

Cual niño se consuela, toda necia  
Confortación rechazaré; ni alguna  
He de esperar jamás sino á ti sola;  
Sólo aquel día esperaré sereno  
En que recline adormecido el rostro  
En tu virgíneo seno.

1883.



## Á SÍ MISMO

(LEOPARDI)

Reposarás por siempre  
Cansado corazón. Murió el engaño  
Que eterno imaginé. Murió. Bien veo  
Que de los dulces sueños se ha extinguido,  
No la esperanza en mí, sino el deseo.  
Reposa ya por siempre. Harto has latido.  
Nada tus fibras conmovér merece,  
Ni aun es la tierra de suspiros digna.  
La vida es un amargo  
Fastidio, nada más; el mundo, lodo.  
Descansa. Desespera  
La última vez. Á nuestra raza el hado

---

Sólo otorgó el morir. Desprecia ahora  
Á ti, á natura, á la potencia torpe  
Que, oculta, en daño universal impera,  
Y la infinita vanidad del todo.

# AL MAR

(BYRON)

¡Despliega y rueda tus cerúleas ondas,  
Hondo, obscuro Oceano! Vanamente  
Te surcan flotas mil. La tierra entera  
Cubre el hombre de ruinas,  
Mas su poder no salva tu ribera.  
En la acuosa llanura  
Tú engendras las catástrofes, ni dura  
La sombra allí de las que el hombre mueve,  
Sino es la suya, cuando, en un instante,  
Como gota de lluvia,  
En tus abismos se hunde, con ahogado  
Ronquido borbollante,  
Sin toque de agonía,  
Sin ataúd, sin tumba, é ignorado.

No conservan su huella tus senderos,

Ni tus campos domina :  
Te irgues, y le arrojas. Desdeñando  
El vil poder con que la tierra arruina,  
De tu regazo al cielo le levantas,  
Y tembloroso, ahullando,  
Mándasle envuelto en tu traviesa espuma  
Á algún cercano puerto, do estar puede  
Su esperanza mezquina,  
Y á la tierra le vuelves... ¡ allí quede !

Los ingentes cañones,  
Que ciudades de roca fulminando,  
Hacen temblar monarcas y naciones ;  
El leviatán de roble, cuya recia  
Enorme contextura  
El vano timbre á su inventor procura  
De árbitro de la guerra, y de ti dueño,  
Juguetes tuyos son, copos de nieve,  
Que tu espumoso hervor funde y desata :  
Cual de la Armada el orgulloso empeño,  
De Trafalgar los restos arrebatá.

Tus costas son imperios, donde todo,  
Menos tú, se transforma. ¿Qué es de Asiria,  
Grecia, Roma y Cartago?  
Sufrieron, libres ya, luego serviles,  
De tus rugientes aguas el estrago;  
El salvaje, el esclavo, el extranjero,  
Huellan sus vastos lindes. Su ruina  
Trocó reinos en páramos. Tú, empero,  
Sólo cambias la brava  
Diversión de tus ondas; ni una arruga  
Sobre tu frente azul el tiempo graba:  
Como ruedas ahora,  
Te vió del mundo la radiante aurora.

¡Glorioso espejo, donde Dios se mira  
Entre tormentas! Plácido ó bravío,  
Por brisa, ó viento, ó vendabal alzado,  
Allá en el polo, helado,  
Ó en clima ardiente palpitando umbrío,  
Tú eres sin fin, sin límite, sublime,  
Trono de Dios, imagen de lo eterno;

Aun tu légamo imprime  
Vida á los monstruos del abismo ; aclaman  
Las zonas tu poder, de polo á polo,  
Y avanzas fiero, impenetrable, solo.

Y siempre ¡ oh Mar ! te amé. Y era el ameno  
Goce mío infantil, cual tus burbujas,  
Llevado ser sobre tu limpio seno.  
Niño, con tus rompientes yo jugaba,  
Ellos eran mi encanto ;  
Y cuando el fresco mar, más impetuoso,  
Terribles los volvía, en ello hallaba  
Un temor deleitoso ;  
Pues yo cual uno de tus hijos era,  
Confiado tu oleaje recorría,  
Y mi mano ponía,  
Como ahora, en tu crespa cabellera.

# LA LÁGRIMA

(BYRON)

*Á B. F. Dobranich.*

Cuando amistad ó amor nuestra alma mueven  
Cuando en un lampo la verdad resalta,  
Puede el labio engañar con gesto ó risa,  
Pero prenda de afecto es una lágrima.

La sonrisa á menudo es artificio,  
De odio ó de temor mentida máscara ;  
Dadme el suave suspiro, cuando enturbia  
Ojos que el alma dicen, una lágrima.

Exento el pecho de barbarie muestra  
La Caridad con su apacible llama ;  
La piedad, cuando ella arde, enternecida,  
Difunde su rocío en una lágrima.

Cuando el que del Atlántico en las olas  
Rige el bajel con tormentosa ráfaga  
Se inclina á la onda, su probable tumba,  
Chispea el verde mar con una lágrima.

Reta el guerrero por soñado lauro  
La muerte, en pos de romancesca fama ;  
Mas alza á su enemigo, en lid postrado,  
Y baña cada herida en una lágrima.

Si ebrio de orgullo hacia su amante torna,  
Abandonando la sangrienta espada,  
Premia su afán, si, al abrazar la virgen,  
Besa sobre su párpado una lágrima.

¡ Dulce hogar de mi infancia ! ¡ Fiel asilo  
Do amor los raudos años enlazaba !

Triste, al partir, lloré, torné á mirarte :  
Tu torre apenas vi tras una lágrima !

Votos no puedo hacer por mi María,  
Mi María, antes ¡ay! á Amor tan cara :  
¡Y un tiempo fué que en su glorieta umbrosa  
Esos votos premió con una lágrima !

De otro en brazos, ¡ feliz por siempre viva !  
Su nombre aún mi corazón ensalza :  
Renuncio á lo que un tiempo juzgué mío,  
Y olvido su traición con una lágrima.

¡ Oh amigos de mi alma ! Al separarnos,  
Es esta mi más íntima esperanza :  
Si aun nos reúne este campestre albergue,  
Sea, como al partir, con una lágrima.

Cuando mi alma á lo obscuro tienda el vuelo,  
Y dentro su ataúd mi cuerpo yazga,  
Por mi tumba al pasar, do se consuma,  
¡ Oh ! su polvo mojad con una lágrima.

---

El fastuoso dolor no hable en el mármol  
Que de la vanidad los hijos alzan,  
Ni fama con ficción mi nombre ilustre :  
Mi ambición, mi deseo, es una lágrima.

1886.

## LA NUBE

(SHELLEY)

De río y mar á las sedientas flores  
Yo fresca lluvia envío,  
Y leve sombra á las plegadas hojas  
En sus sueños de estío.

Vierten mis alas el rocío que abre  
El capullo fragante,  
Cuando en el seno maternal se mece,  
En torno al sol danzante.

Tal vez desgrano azotador granizo,  
Y alba túnica mando

Á la llanura ; lo disuelvo en lluvia,  
Río, y paso tronando.

Cierno la nieve á las montañas, gimen  
Sus pinos en tormento ;  
De noche, en su blancura reclinada,  
Duermo en brazos del viento.

Por mis celestes ámbitos mi guía  
Sublime resplandece,  
Y allá en los antros aherrojado el trueno  
Rebrama y se enfurece.

Mi guía, sobre tierra y oceano  
Me lleva en curso ameno :  
Va en pos de amados genios que allá habitan  
Del mar el hondo seno.

Sobre arroyos, y riscos, y llanuras,  
Sobre lago y collado,  
Doquiera sueña, bajo monte ó río,  
El Espíritu amado

Reside ; y mientras él me precipita  
En lluvia rumorosa,  
Yo en la sonrisa azul del limpio cielo  
Me caliento gozosa.

La roja aurora, de ojos esplendentes  
Y abiertas igneas plumas,  
Muriendo Venus ya, salta á la espalda  
De mis flotantes brumas,

Como un instante á montañoso risco,  
Que un temblor estremece,  
La águila baja, y de sus áureas alas  
En la luz resplandece.

Y cuando aspira el sol del mar rojizo  
De amor y paz anhelo,  
Y el tul purpúreo de la tarde cae  
Del abismo del cielo,

Yo en mi aéreo nido permanezco  
Con el ala plegada,

---

Tranquila, quieta en él, como paloma  
Sobre su cría echada.

Esa virgen que el hombre llama luna,  
De blanca lumbre henchida,  
Sobre mi veste resbalando esplende,  
Por la brisa esparcida.

Y donde el pie invisible, que los ángeles  
Sólo escuchan, posando,  
Mi sutil trama rompe, las estrellas  
Se asoman atisbando.

Y río al verlas como abejas de oro  
En revolante huída,  
Cuando espacio mayor abro en mi tienda  
De viento construída.

Mientras los ríos, y los vastos mares,  
Y lagos sosegados,  
Cual girones de cielo allá caídos,  
Brillan de astros sembrados.

Ciño un cinto de perlas á la luna,  
Al sol, zona de fuego,  
Se asombra astro y volcán si al torbellino  
Mi bandera despliego.

De cabo á cabo, como aéreo puente  
Sobre bravios mares,  
Reparo al sol, mi bóveda suspendo,  
Son montes sus pilares.

Y es el arco triunfal por donde paso,  
Con viento, y nieve, y trueno,  
Cuando del aire los alados dioses  
Á mi carro encadenó,

El iris, que de mil suaves colores  
Recama el sol fulgente,  
Mientras allá la tierra se divisa  
Húmeda y sonriente.

Hija soy de la tierra y de las aguas,  
Del cielo amor primero,

---

Paso á través de playas y oceanos,  
Cambio, mas nunca muero.

Pues tras la lluvia, cuando limpia brilla  
La amplia región etérea,  
Y forman viento y sol, en curvas lumbres,  
La azul cúpula aérea,

Yo en mi sepulcro río, y de los antros  
De la lluvia saliendo,  
Niño que nace, espectro de la tumba,  
Á derrumbarla asciendo.

1890.

## SUEÑOS

(HEINE)

Soñé llorando que muerta  
    Te contemplaba,  
Y al despertar de mi sueño,  
    Derramé lágrimas.

Soñé llorando que pérfida  
    Me abandonabas,  
Y al despertar, largo tiempo  
    Lloré con ansia.

Soñé llorando que tierna  
    Aún me amabas,  
Despertéme, y sin fin corre  
El amargo torrente de mis lágrimas.



## LAS ONDINAS <sup>1</sup>

(HEINE)

Besan las ondas la desierta playa,  
Brilla en el cielo la argentada luna,  
Y un doncel, en la arena reclinado,  
Sueña en horas de amor y de fortuna.

Entre leves espumas las Ondinas  
Salen del mar, fantásticas y puras,  
Y llegándose al joven, con recelo,  
Mirándose entre sí, « duerme », murmuran.

Una — mujer al fin — curiosa toca  
De su cimera la flotante pluma,

<sup>1</sup> De una versión portuguesa de Pérez Bonalde

Levanta otra el rutilante escudo,  
Y el tierno mote descifrar procura.

Ésta, risueña, con mirar de fuego,  
La limpia espada del doncel desnuda,  
Y apoyándose en ella, le contempla  
Con éxtasis de amor y de ternura.

Aquella en torno de él amante gira,  
Y con pasión mirándole, susurra :  
¡ Cuán bello estás así, flor de la guerra !  
¡ Qué no diera por ser la amada tuya !

Una estrecha su mano, alza sus labios,  
Imprime en ella un beso, la otra duda,  
Mas, cobrando valor, los encendidos  
Labios del mozo con los suyos junta.

No duerme el caballero, siente todo ;  
Los ojos cierra, y dormitar simula,  
Y se deja besar por las ondinas  
Al argentado rayo de la luna.

## LA JOVEN CAUTIVA

(ANDRÉS CHÉNIER)

« Sazónase la espiga del dalle respetada ;  
Del alba dulces dones absorbe fresca vid ;  
Y yo cual la una hermosa, cual la otra delicada,  
Aunque es la hora sombría, no quiero aún morir.

Rígido estoico avance sereno hacia la muerte:  
Yo espero; huído el bóreas, la frente vuelvo á alzar;  
Si hay amargos días, ¡ tan dulces da la suerte !  
¿ Qué miel sin deajo acerbo? ¿ Qué mar sin tempestad ?

En vano de una cárcel me oprime el muro odioso;  
Dame alas la esperanza, me enciende la ilusión ;

Tal, lazo cruel salvando, alegre y bullicioso  
Del cielo á las campiñas se lanza el ruiseñor.

Tranquila doyme al sueño, tranquila me despierto,  
Sin penas, sin congojas, ¿ por qué debo morir?  
Al verme, las miradas sonríenme en concierto ;  
Sobre abatidas frentes la dicha hago lucir.

¡Tan lejos sus confines tiene aun mi senda hermosa!  
Sus árboles primeros mi pie sólo pasó :  
En el festín del mundo apenas libé ansiosa  
La copa aun en mis manos henchida de licor.

Estoy en primavera; ver quiero mies dorada,  
Y cual el sol su giro, mis años completar;  
Rosa al verjel adorno, romper vi la alborada,  
Anhelo de la tarde las auras respirar.

Te aleja ¡ oh muerte!, espera : las vidas que sombrías  
Devora el terror pálido, tu golpe vaya á herir ;  
Amor me brinda besos, las musas armonías,  
Natura verdes prados... ¡ No quiero aún morir ! »

---

Así, cautivo y triste, mi lira despertaba,  
De una cautiva oyendo la quejumbrosa voz ;  
Y de mi vida el tedio burlando, doblegaba  
Del verso al dulce yugo su acento seductor.

De mi prisión testigos, aquestas armonías  
Quizá á indagar movieren quien fuese esta beldad :  
Ornábanla las gracias, y á par de ella, sus días  
Quien á su lado estuvo temió ver terminar.



# Á ITALIA

(FILICATA)

¡ Oh Italia, Italia, tú á quien ya la suerte  
Concedió infeliz prenda de hermosura,  
Funesto dón de eterna desventura  
Que en ti grabado con dolor se advierte !

¡ Ah, menos bella fueras, ó más fuerte,  
Y amor menos sintiese, ó más pavora,  
Quien á la hermosa luz que en ti fulgura  
Fingiendo tremular, te 'reta á muerte !

Que no vieras del Alpe alud de armada  
Falanje descender, ni los rebaños  
Galos beber del Po la onda sangrienta ;

Ni, inerme, combatiendo en lid porfiada,  
Te escarneciera, por servir á extraños,  
Vencida ó vencedora, eterna afrenta.

## CONFIDENCIAS

(CONDESA LARA)

Nació al amparo de sombría fronda,  
Allá al confín de nuestro suelo amado,  
Por quemador ambiente acariciado,  
Al beso de la mar límpida y honda.

Poeta, amante, extraño, audaz, que esconda  
Sólo hay dos cosas, con amor sagrado,  
Su pecho soñador : el venerado  
Materno rostro y mi cabeza blonda.

¿Queréis saber cómo mi alma un día  
Rindióse esclava á su imperioso acento?  
Es algo con sabor de Andalucía.

Dejaba un sol de Mayo el firmamento,  
Él una rosa á la ventana mía  
Me arroja, álzola yo, y morir me siento.

.

# LA PALABRA DE LA ABUELA

(CONDESA LARA)

Dulce y lento es su hablar. En otra esfera  
Á mi madre tornar á ver confía,  
Y como al ángel que abrirá la vía,  
La muerte aguarda y en la muerte espera.

Culto que el fanatismo no exagera  
Conserva intacto en esta edad tardía,  
Y arrostra aún la lucha más impía,  
Con signo santo y súplica sincera.

Cércanme dudas; mas la miro, y siento  
Cual si órgano lejano me enviara  
Bellas leyendas á través del viento.

Tal, que el bando de sabios, de la clara  
Fría verdad á la conquista atento,  
Por solo un dicho de ella yo trocara.

## SIN BESOS

(CONDESA LARA)

Tornará en breve ; su cabeza obscura  
Reclinará en mi seno,  
Y exigirá saber si de amargura  
Se vió estas horas, sin sus besos, lleno.

Yo le diré: el dolor, dueño querido,  
Callado me devora  
Lejos de ti ; lo sabes, no he vivido :  
Haz, pues, que entre tus brazos viva ahora.



# PAZ

(CONDESA LARA)

Azota él la maleza del camino  
Con aire de desdén y de importancia ;  
Yo, el pañuelo en la mano, por la estancia  
Vago en silencio y la cabeza inclino.

Junto á una mesa un libro ora examino,  
Ya aspiro de una rosa la fragancia ;  
Asómome al balcón, y á la distancia  
Tiendo la vista, y pienso en mi destino.

Que sola soy medito, el mundo inmenso ;  
Que en sus brazos mi nido busco amante,  
Y es su empeñada fe mi almo tesoro.

---

Y corre por mis venas frío intenso,  
Y á él llego, y murmúrole anhelante:  
¡ Tú lo sabes, mi dios, ebria te adoro !

## ESTANCIA CERRADA

(CONDESA LARA)

Sedúceme el dolor. En ver me afano  
Su muda estancia, en soledad austera  
Des que cerrada por nosotros fuera  
Entre besos, plegarias, llanto vano.

No corrió el tiempo aquí. La tenue mano  
Que aquesta aguja en la labor prendiera,  
Que abrió aquel libro, y colocó ligera  
Así al brasero esé sillón cercano,

Que alzar debe, parece, á cada instante  
Las cortinas que ocultan esa puerta,  
Por la que asome un pálido semblante.

---

Y un punto, sin que el dulce engaño advierta,  
Miro, espero en silencio, tremulante,  
Mas gritando huyo luego : ¡es muerta, es muerta!

## PAISAJE HOLANDÉS

(DE AMICIS)

Bajo el húmedo cielo, la llanura  
Sin fin se tiende, do el silencio asiste,  
Está desierta la campiña, y viste  
El horizonte tempestad obscura.

Tiemblan las aguas, tiembla la verdura,  
Pliega el aliso su cabeza triste,  
Y conturbar parece cuanto existe  
Un presagio de llanto y desventura.

Sola, allá al borde de un canal, humea  
Una choza que entre álamos se esquivo;  
Mueve un molino el ala gigantea :

---

Y en el sosiego del inmenso verde,  
Callada soñadora pensativa,  
Cruza una vela cándida y se pierde.

# PLEGARIA

(DE AMICIS)

Cuando en la noche siento,  
En la contigua estancia,  
El respirar süave  
De mi madre adormida,  
Fluye más olearia  
En mi tranquilo corazón la vida,  
Y de mi alma alegre, enternecida,  
Se escapa una plegaria.

« Si es mi destino que en el mundo expie  
Con gran dolor mis faltas,  
Pierda los dones todos

De la fortuna, y en la vacua mente  
Seco se torne el surtidor galano  
De la idea riente,  
Que me conquista de ignorado amigo  
El saludo lejano ;  
Y de la inepta mano  
La pluma caiga como una arma rota ;  
Y en la pobreza yazga, abandonado  
De mis caros amigos, condenado  
Á ganarme la vida  
Con vil trabajo que mi orgullo ofenda,  
Y cada día en mi alma abra una herida ;  
Y en miseria constante  
Viva obscuro ó burlado,  
Y la áspera fatiga  
Me trastorne la sangre y el semblante,  
Y cambie en blancas hebras mis cabellos ;  
Y me contemple falto  
De todo, todo sí, menos del alto  
Sentido del honor, y la constancia ;  
Y huya de mí cuanta ilusión hermosa

---

Á mis anhelos cuadre...

Con tal que de mi estancia

Escuche siempre respirar mi madre. »

Luego que exhala el pecho esta plegaria,

Fluye más olearia

En mi tranquilo corazón la vida,

Y con el alma alegre, enternecida,

Me duermo dulcemente,

Y en sueños veo el rostro sonriente

De mi madre adormida.



## EL AMOR DEL BARQUERO

(DE AMIGOS)

He vuelto á ver mi rubia placentera  
Allá, sobre el canal, en su barquilla ;  
Mi barca, entonces, amarré á la orilla,  
Y ella, haciendo labor, pasó ligera.

Me ama, sí, lo sé : me ama y espera,  
Y si la suerte amiga me secunda,  
Mía será la rubia verecunda,  
Mi rubiecilla amada y hechicera.

Para ella compraré un casco argentado,  
Y barca carmesí con dos fanales ;  
Besándonos, iremos al mercado.

.

---

Y hallarános la edad del desengaño,  
Que á todos llega, haciendo en los canales  
Una milla por hora, un nene al año.

# JUSTA LITERARIA



# I

## Á CALIXTO OYUELA

### CARTEL

Tú, que pulsas la cítara de Orfeo,  
No extrañarás, Calixto, que mi Musa  
De batallar contigo entre en deseo.

Sírvame, amigo, tu amistad de excusa,  
Y la conciencia de que nobles lides  
Del alma con el alma, no rehusa.

La generosa sangre de los Cides  
Hace gallardo el combatir. Probemos,  
En franca lucha, la virtud de Alcides.

¡Sus! y á la arena; pero así que entremos,  
Magüer antigua usanza, es pertinente  
Que al gran concurso las causales demos.

Quéjome de tu Musa irreverente,  
Que, en busca de las sombras del pasado,  
Huye la luz del ideal presente ;

Que en el vetusto Pindo sonrosado,  
En las aguas, ya turbias, de Helicon,  
Del Arte sueña el esplendor sagrado ;

Que de hiedras y mirtos se corona,  
Y no de las guirnaldas del seíbo  
De nuestra bella americana zona ;

Que rinde culto al sátiro lascivo,  
Y al águila de Júpiter, huraña,  
Y no á los vuelos del chajá nativo ;

Que trepa del Parnaso la montaña,  
Y pone, con los Andes, en olvido  
De San Martín la memorable hazaña ;

Que canta de mi América al oído  
En el lenguaje de los dioses, bello,  
Pero jamás del corazón sentido ;

Que, aunque en mi tierra no se acuerden de ello,  
La faz de cierta cazadora ingrata  
Descubre de la luna en el destello ;

Que sus contornos mágicos retrata  
En el Tajo mezquino, y no se mira  
En los cristales del soberbio Plata ;

Y por fin, que hasta el aire que respira,  
Es de Neptuno el hijo armonioso,  
Y no el pampero que la Patria aspira .

Estas mis quejas son, que escucha ansioso  
El gran concurso, y á librar batalla  
Me deciden, poeta generoso.

No la lanza, la espada, ó la metralla,  
Vendrán en sangre á humedecer la arena,  
Que Marte lejos de nosotros se halla :

Vendrá tu lira, de cadencias llena,  
Y en contrapunto de mi verso escaso,  
En la parla dirá de Juan de Mena  
En qué supera al Andes el Parnaso.

*Rafael Obligado.*

Buenos Aires, Noviembre de 1881.

## II

### Á RAFAEL OBLIGADO

*Sur des pensers nouveaux fais ins des vers antiques.*

(ANDRÉ CHÉNIER)

Sobre inquieto corcel, frente serena,  
La lanza en ristre, y con marcial talante,  
Entraste, amigo, á la revuelta arena.

Y, cual moderno caballero andante,  
Ante el concurso que en silencio atiende,  
En són de guerra me arrojaste el guante.

No lo extraño, en verdad, ni me sorprende,  
Siendo, como eres, de la heroica raza  
Cuya alma al grito de la lid se enciende.

Mas, dime, por ventura, ¿ *no hay en plaza*  
( ¡ Dirás que soy antiguo ! ) otro más fuerte  
Que yo, para blandir la ingente maza ?

¡ Elegir á quien ya la airada suerte  
Negó ingenio y vigor, para llevarle  
Al antro pavoroso de la muerte !

¿ No fuera, di, más noble abandonarle  
Allá á su numen destemplado y frío,  
Que á desigual combate provocarle ?

Mas pues te empeñas, sea : tu alto brío  
No tengo, á fe, ni tu feliz destreza,  
Mas de mi causa en la bondad confío.

Tu acusación por fulminar empieza  
*Mi Musa irreverente*, que un tesoro  
Ve, en lo que fué, de espléndida belleza.

Que ve en torno del Sol el raudo coro  
De las Horas volubles, y en la fuente  
La hermosa ninfa de madejas de oro.

Que renunciando al ideal presente,  
En las tinieblas densas del pasado  
¡ Ay ! se complace en envolver mi frente.

¡ Píndaro, Safo, Homero venerado !  
Si fuisteis sombra sólo, sí, yo anhelo  
Vivir en sombra eterna sepultado !

Natura envuelta en misterioso velo  
Á los griegos habló, que sonrientes  
Imaginaron en la tierra el cielo.

Vertieron en cascadas esplendentes  
La fe, el amor, la animación, la vida,  
En los bosques, los prados y las fuentes.

¡ *Su habla no fué del corazón sentida,*  
Afirmas, Rafael ! Leyendo á Homero  
¡ Oh cuál se siente el alma dolorida !

Héctor sin vida cae ; Aquiles fiero  
Arrastra su cabeza ensangrentada,  
Que abriendo va en la arena hondo sendero.

Vese á la tierna madre desolada  
Su pecho desgarrar, pidiendo ansiosa  
Bajar con su hijo á la infernal morada.

Acude al llanto allí la casta esposa,  
Y al ver el cuadro horrible, cae en tierra,  
Y rueda lejos su diadema hermosa.

Tu noble pecho, Rafael, que encierra  
Tal tesoro de amor ¿no se entenece  
Ante este fin de la nefanda guerra?

¿Le llamarás vetusto? ¡Oh, no envejece  
Lo que es bello y sublime! Antes su gloria  
Con majestad eterna resplandece.

¡Cómo levanta el alma la memoria  
De aquella áurea falanje de inmortales  
Que arrancar supo al tiempo la victoria!

¡Oh bendecida edad en que los males  
Mitigaba del canto la armonía,  
Derramándose en plácidos raudales!

¡Pasaste ya! La ciencia cada día  
Nos arrebató un sueño, y despiadada  
Sólo la duda á nuestra mente fía.

Mas no pretendo yo que encadenada  
La inspiración en el altar pagano,  
El vuelo tienda hacia la edad pasada.

El arte, de la forma soberano,  
Mayor intensidad, mayor altura,  
Luego alcanzó del ideal cristiano.

Láncese aquélla, pues, donde fulgura  
El sol del Porvenir; mas siempre esplenda  
Rica y sencilla, transparente y pura.

Y en vez de entrar en criminal contienda  
Con los pasados siglos, procuremos  
Que el nuestro los reuna y los comprenda.

Heleno mármol con afán busquemos,  
Y de la luz moderna á los fulgores  
Estatua nueva y magistral labremos.

¡ Criollo, dices, no soy, porque loores  
No entono al grito del chajá, y prefiero  
Los trinos de los dulces ruisseñores !

¡ Porque el ombú no canto ni el pampero,  
Ni el perfume dudoso del seibo,  
Ni los, famosos ya, huevos de *tero* !

¡ Oh irreverencia atroz ! ¡ Oh pecho esquivo  
Al amor de la Patria ! ¡ Oh si aun ardiera  
La Inquisición, para abrasarte vivo !...

¡ Qué ! ¿ No ves, Rafael, por donde quiera,  
Cómo la idea, de esplendor ceñida,  
Rueda veloz por la celeste esfera ?

¿ No oyes la voz del siglo, engrandecida,  
Que con acento universal, profundo,  
Al gran festín la humanidad convida ?

¡ Álcese el canto espléndido y fecundo,  
No ya sólo á ensalzar la Patria amada,  
Sino también la comunión del mundo !

---

Désele aquella sencillez preciada  
Que tuvo en otros tiempos, y serene  
Del Plata la corriente arrebatada,  
El raudal, siempre claro, de Hipocrene.

*Calixto Oyuela.*

Buenos Aires, Diciembre de 1881.



### III

#### Á CALIXTO OYUELA

Siempre fué la modestia hija del fuerte,  
Y del talento, el generoso empeño  
De obscurecer los dones de la suerte.

Por eso, mustio, débil y pequeño,  
Pintas tu numen, cuando siempre ha sido  
De los espacios y las cumbres dueño.

¡ Lástima grande que á construir tu nido  
Vayas, ave canora, entre las peñas  
Y duros riscos donde no has nacido!

¡Que así prefieras miserables breñas  
Al ombú de tus padres, al amparo  
De las selvas de América risueñas !

¡Que huyendo un cielo azul, diáfano y claro,  
Los climas busques extranjeros, donde  
Es de sus rayos hasta el sol avaro !

¡Que no haya en ti esa fibra que responde  
Á la voz melancólica y serena  
Que el tibio seno de la Patria esconde !

¡ Á esa dulce amorosa cantilena  
Que entonan por doquier montes y ríos,  
Y allá en las noches de la Pampa suena !

No son antojos ni caprichos míos ;  
No, que todo nos habla, hasta las flores  
Que humedecen del alba los rocíos.

Y tú, en cambio, ¿ qué cantos, qué rumores  
Escuchas, lejos de la tierra amada ?  
Ya lo has dicho : ¡ los dulces ruiseñores !

¿Será su voz meliflua, regalada?  
¿Reposará, en oyéndola, el sentido  
En las Arcadias de la edad pasada?

¡Oh dulces tardes del Abril florido!  
¡Cuál gozarás, moderno Nemoroso,  
Oyendo el fácil canto no aprendido!

Y más, si Galatea el rostro hermoso  
Amante vuelve á ti, mientras, paciendo,  
Triscan tus cabras por el prado herboso.

Bella ocasión para empezar diciendo:  
« ¡Oh más dura que mármol á mis quejas...  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo! »

Pero, dime, Calixto, ¿así nos dejas  
Entregados á « bárbaros » cantores,  
Y en pos del docto ruiñeñor te alejas?

¡Aplaudo tu misión! ¡Días mejores  
Alcanzará la Patria, si al boyero  
Enseñan á cantar los ruiñeñores!

Entonces será Julio nuestro Enero ;  
Florecido el Abril ; menguado el niño  
Que se atreva á comer huevos de tero.

De la edad infantil algún cariño  
Les conservo, que al fin no son *malejos*  
Cuando aun se tiene la color de armiño ;

Pero concedo que á tus gustos viejos  
Otros huevos más clásicos convienen ;  
Por ejemplo, de grullas ó vencejos.

Mas ¿ así mis tercetos se detienen  
Á platicar de pájaros salvajes,  
Cuando tus griegos á mi encuentro vienen ?

Cúmpleme honrar sus áticos linajes  
Prestándote atención en este punto,  
Siquiera sea por sus bellos trajes.

Los saludo cortés, y entro al asunto.  
*Heleno mármol con afán busquemos,*  
Dices, dando tu tesis en conjunto ;

Y, así que en el taller le coloquemos,  
Añades con magnífica osadía,  
*Estatua nueva y magistral labremos.*

¡Oh Numen creador! ¡Oh Poesía!  
¿Tan pobre estás que tu caudal no basta,  
Ni la opulencia de la Patria mía,

Ni aquellos Andes cuya sien contrasta  
Con los de Paros invisibles picos,  
Á hacer la estatua con la propia pasta?

¿Será, Calixto, que no somos ricos?  
¿Que todo un mundo condenado viva  
Á eterna copia? ¿que nacimos micos?

¡No, que en el Norte resplandece altiva  
La gran Nación que al porvenir se lanza  
Como indómita audaz locomotiva!

¡No, que ríe doquiera la esperanza;  
Y por más joven que la Patria sea,  
Algo pesa del mundo en la balanza!

¡Esta no es tierra para usar librea!  
¡Esta no es tierra para andar buscando  
Dorados grillos con que atar la idea!

Al esplendor de la verdad marchando,  
Cumpla el Arte en la Patria los destinos  
Que se vaya á sí mismo señalando;

No prefiera ni griegos ni latinos;  
Y para ser ante los pueblos grande,  
**TENGA FORMA Y ESPÍRITU ARGENTINOS.**

Como el árbol arraigue, crezca, mande  
Su grata sombra, su simiente al mundo,  
Que así en la tierra un ideal se expande;

Pero conserve con amor profundo  
Su generosa libertad primera,  
Su sentimiento nacional, fecundo.

Torno á tu carta por la vez postrera.  
¡Andrómaca infeliz! ¡Hécuba triste!...  
Mas, oye, y dime la verdad sincera:

¿ Ante tal relación te conmoviste ?  
¿ Ante el horror de semejante liza  
Los ojos, espantados, no volviste ?

La escena que tu verso preconiza,  
Con su salvaje majestad aterra,  
Y, en vez de conmoverme, me horroriza.

Dejando á Homero y la troyana guerra,  
Mi voto es este : que en la lira vibre  
Blanda nota de paz, y que en mi tierra  
El Arte sea, como el cóndor, libre.

*Rafael Obligado.*

Diciembre de 1881.



## VI

### Á RAFAEL OBLIGADO

Brilla más la verdad, aunque encendido  
Su foco sea por inepta mano,  
Que lo falso, hábilmente sostenido.

Por eso, Rafael, luchas en vano,  
Y al pretender trocar en sombra el día,  
Sólo muestras tu ingenio soberano.

¿ Por qué repites con tenaz porfia,  
Haciendo agravio á mi sentir, que ingrato  
El cielo no amo de la patria mía ?





¿ Por qué ese dulce sentimiento, innato  
En todo noble corazón, me niegas,  
Porque tus gustos ásperos combato ?

¿ Tan débil estás ya, que las manchegas  
Armas dejando, con que al circo entraste,  
Con las traidoras del sofisma bregas ?

Di, ¿ *también* con cartones las forjaste ?  
Pues de otro modo comprender no es dado  
Que un solo golpe á desfacérlas baste.

¡ Hijo soy de aquel pueblo denodado,  
Que en sed de gloria y libertad ardiendo,  
Clavó en los Andes su pendón sagrado !

¡ Que derramó en América el estruendo  
De gigantesca y veneranda guerra,  
Al són del canto triunfador muriendo !

¡ Que allá en las cumbres de su excelsa sierra  
Rompiendo el cetro á la opresión airada,  
Dió un mundo libre á la asombrada tierra !

¡Oh pueblo heroico y grande! ¡Oh Patria amada!  
¡Feliz quien pudo en tu encendida aurora  
Besar tu frente en esplendor bañada!

Hoy que la paz tus horizontes dora,  
Ciñe tus sienes con el lauro hermoso  
Por el que á Grecia todo el mundo honora.

¡ Menos tú, Rafael, que en desdeñoso  
Tono te atreves á llamar mezquino  
Lo que es augusto, sin rival, glorioso!

¡ Vive Dios que es tu empeño peregrino!  
¿Obscuro el sol de Atenas? ¡ Te ha cegado  
Su mar de lumbre, su fulgor divino!

Deja para quien nunca ha penetrado  
En el templo del Arte, hallar más grande  
Que el áureo Olimpo el Illimani helado.

Que en él, de Grecia la montaña expande  
Sus verdes faldas, mórbidas, rientes,  
Mientras que apenas se dibuja el Ande.

Alumbre, pues, sus atrevidas frentes  
Del numen griego la sin par belleza,  
Derramándose en vividos torrentes.

Y con su misma virginal pureza,  
Que eternamente vive, ensalce el canto  
Nuestra hermosa y feraz naturaleza.

Ese es el mármol, Rafael, que tanto  
Te indigna y hiere que á buscar acuda  
En aquel clima de celeste encanto.

Mas tú pretendes que aunque tosca y ruda  
La *pasta* sea, trabajando en ella  
Se alce la estatua de primor desnuda.

¡Oh ingenio creador! ¡Oh clara huella  
La que anhelas seguir, envuelta en brumas!  
¿Somos indios tal vez? ¿Es nuestra estrella

La que alumbró á Capacs y Motezumas?  
¡Hé ahí el *summum* de tu ardiente anhelo:  
Quieres ¡ya entiendo! que vistamos plumas.

¡ Soberbia pretensión ! ¡ Tènder un velo  
Sobre el nuevo astro que radiante asoma  
En nuestro inmenso y transparente cielo !

¡ Hijos somos también de Grecia y Roma !  
Una del Arte el luminar enciende,  
La otra, invencible, los imperios doma.

Mas no mi musa sujetar pretende  
Con duros *grillos* la sublime idea,  
Que á ella también la esclavitud la ofende.

El noble lazo de nuestro arte sea,  
La razón clara, la conciencia pura;  
Y en vez de usar ridicula *librea*,

Quiero realce su gentil figura  
La túnica sencilla y elegante  
Con que se adorna y viste la hermosura.

¿ Qué hallas en esto porque así te espante ?  
¿ Dó está la copia ? Si la estatua es *nueva*,  
*Nuevas formas* tendrá, *nuevo* semblante.

Mas ¡guay del canto que de hoy más se atreva  
Á ser puro y sereno ! ¡ Infame ! ¡ Viejo !...  
¡ Vejez robusta que al empíreo eleva !

Pero este punto presuroso dejo,  
Que en busca de otros mi bridón se lanza,  
Porque no digas que callando, cejo.

No es el zagal que descuidado avanza  
(Galatea... más bien), cabras guiando,  
Lo que de Grecia á entusiasmar me alcanza.

Es Píndaro armonioso, coronando  
La frente de los héroes ; es Tirteo  
De guerra el grito por la Patria dando ;

De Leonidas el grupo giganteo,  
Y su muerte inmortal ; la dulce lira  
Del sin ventura enamorado Orfeo.

¡ Oh, cuando absorta nuestra mente gira  
En torno á aquella antigua heroica gente,  
Aura de gloria y majestad se aspira !...

Tan sólo quieres ver la rabia ardiente  
De Aquiles, cuando en Héctor ensañado,  
La furia atroz de las venganzas siente.

Mas el poder inmenso, aunque velado,  
Que en la verdad del sentimiento existe,  
De tus prejuicios mismos ha triunfado.

Si, amigo, á tu pesar te conmoviste,  
Pues clamas con acento lastimero :  
*¡ Andrómaca infeliz ! ¡ Hécuba triste !*

¿ Lo ves ? ¡ Sollozas recordando á Homero !  
¡ Vamos ! no sólo el corazón golpean  
El chajá, el rancho, el seibo y... los de *tero* !

¡ *Clásico* eres también ! ¡ Loados sean  
El Señor y los ángeles benditos !...  
Mas ya los hornos del Infierno humean

Para ti, Rafael, y en infinitos  
Tormentos vas á arder, que *irreverente*  
Mentar osaste los antiguos mitos.

¿No hablas de *Marte* en tu Cartel valiente?  
¿No afirmas que mi *Musa* (á quien festejas)  
Se retrata del Tajo en la corriente ?

No te parecen, veo, tan *malejas*  
Las helenas ficciones, pues, con tino,  
Entre tus cantos revolar las dejas.

Mas prodigarlas mucho es desatino,  
*Que aunque en imagen viven*, ver es justo  
Que no cree en la Sibila el argentino.

Da libre rienda á tu sencillo gusto,  
Que es clásico también, aunque hora gime  
De la *consigna* bajo el ceño adusto.

Y pues inculta forma al canto oprime,  
Y su alto vuelo triunfador detiene,  
Sus lazos rompa, y límpido y sublime  
Como en el Pindo, en nuestros Andes suene.

*Calixto Oyuela.*

Diciembre de 1881.

## V

### Á CALIXTO OYUELA

*Deja para quien nunca ha penetrado  
En el templo del Arte, hallar más grande  
Que el áureo Olimpo el Illimani helado.*

*Que en él, de Grecia la montaña expande  
Sus verdes faldas, mórbidas, rientes,  
Mientras que apenas se dibuja el Ande.*

¡ Vaya un ardid para engañar las gentes !  
¿ Tan mal parada tu montaña viste  
Que tal argucia te saltó á las mientes ?

— « Para darle más talla, te dijiste,  
 « Echémosle una bóveda al Parnaso,  
 « Y al Illimani vencerá y al Miste.

« Una cosa es mirarlo á cielo raso,  
 « Donde sólo las cumbres gigantas  
 « Van de las nubes á cerrar el paso ;

« Y otra, bajo las bóvedas pigmeas  
 « Del templo de mi pueblo, donde exijo,  
 « Rafael, que te inclines y lo veas. »

Sí, lo veo... ¡ y es grande ! Quien te dijo  
 Que me niego á admirar tales portentos,  
 Ese, Calixto, te engañó de fijo.

De muchacho bebíame los vientos  
 Por ver montes sagrados. Mil campañas  
 Hice en pos de famosos *nacimientos*.

¡ Qué montañas, Calixto, qué montañas !  
 ¡Cuál se erguían sus piedras de cartones  
 Casi casi hásta dar con las arañas !

Tres reyes, no más blancos que *gorriones*,  
Postrados ante el Niño, le ofrecían  
En muda adoración preciosos dones.

Y aunque ignoro en verdad cómo subían,  
Allá en las grietas de las altas peñas  
Pesados bueyes sin pacer vivían.

Una *Arcadia* de jóvenes risueñas  
Y *pulidos pastores*, sus rebaños  
Apacentaban por aquellas breñas.

Y como esto admiré por muchos años,  
Y aquel *áureo gigante* parecía  
Hender las nubes... de plegados paños :

¿ Cómo extrañar, Calixto, la alegría  
Con que me enseñas tu Parnaso, alzado  
Debajo de la excelsa galería ?

Soberbio debe ser ; mas, ten cuidado  
De no mostrarlo bajo el cielo hermoso .  
Donde se ostenta el *Illimani helado* !

En llamarme manchego andas gracioso ;  
Y es así la verdad, sin duda alguna,  
Sea Henares mi patria, ó el Toboso ;

Porque yo, por tu bien y tu fortuna,  
Aunque *áspero y salvaje*, ando vestido  
De *caballero de la blanca Luna*.

« Á ley del vencedor quede el vencido  
(Dice un código antiguo, que yo acato),  
Ora esté derribado ó mal ferido. »

De que yaces por tierra largo rato,  
¿ Quién dudará, Calixto ? Y pues no hay veto,  
¡ Eres muerto, ó me cumples el contrato !

Oye, pues, tu sentencia, griego neto :  
Á fin de arrebatarte á esas quimeras,  
¡ Doce meses de Pampa te decreto !

No canta *Filomena* en sus laderas,  
¡ No hay rebaños de dioses *sonrientes*,  
Ni cabras, ni ridículas cabreras :

Jamás de hiedra las lozanas frentes  
Ciñen las ninfas, matizando el suelo  
*Cabe la margen* de las claras fuentes ;

Pero, en cambio, ¡qué vasto es aquel cielo !  
¡Cómo enciende en el alma del poeta  
Un vivo impulso de tender el vuelo !

Te conviene, Calixto, esta receta,  
Pues siempre goza el que el pampero aspira  
De buen sentido y de salud completa.

Ya nunca más tu generosa lira  
Irà de Orfeo á recoger migajas  
En un banquete que es mitad mentira.

¡Qué ! ¿No ves que la humillas y rebajas  
Rindiendo culto á la ficción rastrera  
Que el vicio ensalza y las pasiones bajas ?

Si quieres dioses, no los busques fuera :  
¡ Ama el Sol de los Incas, cuya lumbre  
Reluce de tu patria en la bandera !

No te cause el dejarlos pesadumbre ;  
No estén tus ojos sin cesar abiertos  
Á los que otros adoran... por costumbre.

« Deja á los muertos enterrar sus muertos »,  
Y busca *nuevo mármol*, nueva vida,  
De mi América amada en los desiertos.

¿ No vale más su juventud florida  
Que la de Venus ? ¿ Nuestra grande historia,  
Que la leyenda de Hércules fingida ?

De Tirteo y Leonidas la memoria  
Será gloriosa, como dices, pero...  
¡ Un argentino mendigando gloria !

Cierto día, un ejército extranjero  
En Ayohuma nos venció... ¡ Aquel día  
Fué bien triste en la patria del pampero !

Infauستا noche, tempestad sombría,  
Se desplomó en la tierra que en otrora  
Al tibio beso de la luz reía.

Inerme virgen que en silencio llora,  
Quedó la Patria, en su letal desmayo,  
Á merced de la hueste vencedora.

Y con el pueblo que naciera en Mayo,  
Al fin, Caracas, su gloriosa hermana,  
Como herida cayó del mismo rayo.

¿Quién salvará á la tierra americana,  
Si no hay *Tirteos*, que en audaz querella,  
Luchando uno con mil, venzan mañana?

¿Quién? ¡Güemes y sus gauchos! Se alza en ella,  
¡Y cinco veces el león hispano  
Contra su pecho varonil se estrella!

De San Martín el potro pampeano  
Salta los Andes, y derriba y pasa,  
Como una tromba, hasta el confín peruano!

¡Esos son los *Leonidas* de tu casa!...  
Beba en la fuente de esa gloria el Arte,  
Nunca á la noble inspiración escasa.

¡ Háblame ahora de tu excelso Marte ;  
Ó de aquellos sus ínclitos parientes,  
Hermanos de Amadís y Durandarte !

En altos versos, por demás valientes,  
Tu amor nos juras á la Patria bella,  
Asombro, dices, de extranjeras gentes.

¡ Al fin te acuerdas que has nacido en ella !  
¡ Al fin te postras á besar contrito  
De sus victorias la fulgente huella !

Sí, griego contumaz, te felicito,  
Porque has herido el Tempe y el Egeo  
Con tan *salvaje* inusitado grito !

Mas, francamente, en tu pasión no creo,  
Ni en el calor de la muriente llama  
Á cuya lumbre tus tercetos leo.

Si tal amor tu corazón inflama,  
¿ Cómo es que nunca de tu plectro de oro  
En encendidos cantos se derrama ?

¿Cómo es que prestas al castalio coro  
Atento oído, cuando el aire llena  
La grande voz del Paraná sonoro ?

¿Cómo es que olvidas la soberbia escena  
Donde teje, en las noches, el Crucero  
La blanca gasa de su luz serena ?

Pero, díme, bucólico cabrero,  
Y por ende, amador: ¿conque no *cejas*  
Ante las flechas del voluble arquero ?

¡ Cruel Galatea ! ¡ Desdeñar tus quejas !  
¡ Ay, Calixto, Calixto, esa muchacha  
No vale un huevo de tus *grullas* viejas !...

¿Conque he mostrado sin querer la hilacha,  
Y me empujas al báratro sombrío  
Porque de *Marte* diseñé la facha ?

¿Conque clásico soy, porque de un río  
Vi á la margen tu *Musa* ?... Si es por eso,  
La inocencia te valga. amigo mío.

Andrómaca... ¡es verdad ! Yo te confieso  
Haber sentido, como tú lo quieres,  
Ante su duelo el corazón opreso.

Ni el clasicismo, en tan amables seres,  
Podrá nunca evitar que beba, amigo,  
Gota á gota, el llorar de las mujeres.

Mas ya la lucha que emprendí contigo  
Truécase en paz ; y al oprimir tu mano  
Te declaro leal, noble enemigo.

Vuele, pues, tu alto numen soberano  
Del mar de Grecia á la gentil ribera,  
En tanto que yo agito sobre el llano  
De Echeverría la inmortal bandera.

*Rafael Obligado.*

Diciembre de 1881.

## VI

### Á RAFAEL OBLIGADO

¡ Oh cuán exhausto ya ! Vedle : es el mismo  
Que ayer no más, fatídico, iracundo,  
Mostraba su arrogancia y su heroísmo.

Rayo en las lides fué : *terror do mundo* :  
Y hoy, ya le veis, vencido y derribado,  
Exangüe yace, y en sopor profundo !

Mas aun propicio en su infortunio el hado,  
Al descargar sobre él tan duro azote,  
Recurso salvador le ha deparado.

Áun puede tan orondo darse el mote  
De vencedor... ¡ Oh espléndido trasunto  
Del inmortal y altivo Don Quijote !

Mas no le imitas tú punto por punto,  
¡ No ! que has dado en porfias tan extrañas  
Como en su vida las urdió el difunto.

¡ Has superado, amigo, sus patrañas !  
Pues, tratándose de Arte, se te ha puesto  
Que has de medir por metros las montañas.

Y al ver que ante el Parnaso el Ande expuesto,  
En el templo del Arte, se humillaba,  
« ¡ *Por causa de la bóveda !* » has opuesto.

Mas, ¿ por qué si el pequeño se agrandaba,  
El grande (en bulto), el de soberbia alteza  
Su magnitud en mezquindad trocaba ?

¡ Porque en el templo de ideal belleza  
De que te hablaba en mi anterior misiva,  
No se mide por cuartas la grandeza !

En él del Andes la *apariencia* altiva  
Sólo puede servir al inocente  
Juego infantil que tu recuerdo aviva.

Fingiendo triunfos que ideó tu mente,  
Pretendes, por mi mal, que un año entero  
En pampa triste y desolada cuente.

Dime, ¿es tu empeño, Rafael, sincero ?  
Crees, en verdad, que nuestra vasta pampa  
Pueda del Arte ser rico venero ?

· Pues yo te juro por la horrible estampa  
De Lucifer, que es la región odiosa  
Donde la Muerte descarnada campa.

¿Dónde estáis frescas fuentes, selva umbrosa,  
Verdes colinas, aromadas flores,  
Dulces aves de voz melodiosa,

Cascadas y torrentes bramadores,  
Y cuanto, el suelo con vigor rompiendo,  
Brotó, y hierve, y revienta en mil fulgores ?

¿Dónde vuestro almo y regalado estruendo?  
¿En la Pampa quizá, insípida, escueta ?  
« ¡ Salid sin duelo, lágrimas, corriendo ! »

*¡ Se goza en ella de salud completa !*  
Lo creo, Rafael ; mas fuera vano  
Buscar inspiración para el poeta !

¡ Ah ! me olvidaba : afirmas que en el *llano*  
Rico *mármol* se encuentra... ¡ deteneos !...  
Fué un vahido, es verdad ... ¡ pero está sano !...

Te indigna que á Leonidas y Tirteos,  
En mi entusiasmo antiguo, ensalce y cante :  
¡ Claro, no usaron poncho esos pigmeos !

¡ Oh pecho el tuyo de la gloria amante !  
Que para honrar del héroe el alto brío,  
Ha menester... un mapa por delante !

Amo y venero los del suelo mío,  
Mas no por eso con mezquina valla  
De los demás mi corazón desvío.

Doquier el genio, el heroísmo se halla,  
Allí mi admiración, allí mi encanto,  
Que en grito ardiente y generoso estalla.

Tu carta, Rafael, en donde tanto  
La gracia ostentas de tu ingenio agudo,  
Pobre está de razones: prueba al canto.

¿Por qué, quedando ante las mías mudo,  
Repites las que exhaustas, malparadas,  
Tiempo ha salieron del combate rudo?

¿Están tus flechas, di, tan agotadas,  
Que vas del suelo á recoger prolijo  
Las ya romas, y en partes mil quebradas?

Permite, entonces, que *en mis trece* fijo,  
Tè pruebe, transcribiendo con llaneza,  
Que no por Fauno y Sátiro me aflijo.

*Y con su misma virginal pureza,  
Que eternamente vive, ensalce el canto*  
NUESTRA HERMOSA Y FERAZ NATURALEZA. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Epístola IV.

Punto, y aparte—¿Conque el gran quebranto  
*De Andrómaca infeliz, de Hécuba triste,*  
Hizo á tus ojos asomar el llanto ?

¡ Oh, y cuán á tiempo por tu honor volviste !  
¡ Cuánto te elevas sobre quien, menguado,  
Su error conoce y en su error persiste !

Loando de mi *verso levantado,*  
En honra de mi patria, el són valiente,  
Aun mi fervor patriótico has negado.

¡ Implicación clarísima, evidente !  
Y en prueba de ello á recordar te invito  
Que bien se canta lo que bien se siente.

Ese que llamas tú *salvaje grito*  
(¡ Extraño antojo, á fe !), mal preconizas  
Que deba el Tempe *herir* por inaudito.

¡ La Grecia es madre de héroes ! Sus macizas  
Falanjes dieron con valor sublime  
La voz de « patria » y « guerra » en grandes lizas.

Mas tu furor maniático no exime  
Ni aun la helena ficción, cuando asegura  
Que el vicio ensalza y la virtud deprime.

¿No te mueven su gracia y hermosura ?  
¿Ó es fuerza, para ser vate argentino,  
No amar sino el *carancho* y la llanura ?

¡Jove, Minerva, Apolo peregrino,  
Venus Urania ! ¡ Encarnación profunda  
De cuanto hay grande, universal, divino !

Mas tiempo es ya de que la lid fecunda  
Á que fuí provocado, terminando,  
Mi mano con tu mano se confunda.

Así, no temas que, cual tú, abusando  
De mi difícil triunfo, te condene  
Sino á esta obligación : seguir cantando.

Y pues la limpia fuente de Hipocrene,  
Donde radiante se refleja el cielo,  
Con tus gustos *natiros* no se aviene :

¡ Te mando, en premio de tu patrio celo,  
Que zabullas tu Musa eternamente  
En las revueltas aguas del *Riachuelo* !

En cuanto á mí, si me negó inclemente  
El hado, alzarme á la región serena,  
Límpida esfera que soñó mi mente ;

Dejaré, en cambio, que mi alma, ajena  
Del espacio y del tiempo al linde exiguo,  
Se torne á contemplar, de encanto llena,  
La eterna juventud del mundo antiguo.

*Calixto Oyuela.*

Enero de 1882.

# APÉNDICE



*Sr. D. Calixto Oyuela.*

Mi distinguido amigo :

Es de «antigua usanza» conceder á los vencedores en los torneos literarios la *rosa natural*, homenaje que en nuestra tierra bien puede sustituirse con una flor de scíbo, sin menoscabo, en mi sentir, de la belleza del premio tradicional.

Ciño, pues, á su noble frente de poeta la presente modesta guirnalda, hurtada á las selvas del Paraná, patria adoptiva de mi espíritu. Si ella no es tan lozana como fuera de desearse, débese á haber sido arrancada de las ramas bajas del árbol, no de la copa, donde se abren al sol las más bellas, condición que las coloca fuera de mi alcance.

Con todo, su sencillez, la falta de retóricos atavíos, el hecho de ser descendiente de «aquella vaquera de la Finojosa», como la hermosísima *Flor de la caña* del

infortunado *Plácido*, y hasta la habilidad femenina de presentarse ante Vd., conociendo sus gustos, envuelta en « túnica sencilla », si no elegante, son circunstancias que, reunidas, parecen bastantes á propiciarse su estimación.

Lleva encargo especial mi *morocha* (con perdón sea dicho de la Academia Española), de borrar, suprimir y aniquilar toda frase mal sonante que en el calor de la lucha hubiera deslizándoseme acerca de su persona, de mí tan estimada, ó de la escuela literaria por Vd. tan hábilmente defendida.

Dígnese recibirla como leal caballero, y ponga ella paz entre nosotros, cicatrizando las heridas por uno y otro abiertas, aunque con fingida saña, en la inaudita y nunca bien ponderada batalla que acabamos de fenecer.

De V. affmo amigo.

*Rafael Obligado.*

## LA FLOR DEL SEÍBO

*Al poeta Calixto Oyuela.*

« Quiero realce su gentil figura  
« La túnica sencilla y elegante  
« Con que se adorna y viste la hermosura. »

(C. OYUELA)

Tu « Flor de la caña »,  
Oh Plácido amigo,  
No tuvo unos ojos  
Más negros y lindos,  
Que cierta morocha  
Del suelo argentino,  
Llamada... Su nombre  
Jamás lo he sabido ;  
Mas tiene unos labios  
De un rojo tan vivo,  
Difúndese de ella

Tal fuego escondido,  
Que aquí, en la comarca,  
La dan los vecinos  
Por único nombre,  
*La flor del seibo.*

Un día,—una tarde  
Serena de estío,—  
Pasó por la puerta  
Del rancho que habito.  
Vestía una falda  
Ligera de lino;  
Cubríala el seno,  
Velando el corpiño,  
Un chal tucumano  
De mallas tejido ;  
Y el negro cabello,  
Sin moños ni rizos,  
Cayendo abundoso,  
Brillaba ceñido  
Con una guirnalda  
De flor de seibo.

Miréla, y sus ojos  
Buscaron los míos...  
Tal vez un secreto  
Los dos nos dijimos,  
Porque ella, turbada

Quizá por descuido  
Su blanco pañuelo  
Perdió en el camino.  
Corrí á levantarlo,  
Y al tiempo de asirlo,  
El alma inundóme  
Su olor á tomillo.  
Al dárselo, «¡gracias,  
Mil gracias!» — me dijo  
Poniéndose roja  
Cual flor de seíbo.

Ignoro si entonces  
Pequé de atrevido,  
Pero ello es lo cierto  
Que juntos seguimos  
La senda, cubierta  
De sauces dormidos ;  
Y mientras sus ojos,  
Modestos y esquivos,  
Fijaba en sus breves  
Zapatos pulidos,  
Con moños de raso  
Color de jacinto,  
Mi amor de poeta  
La dije al oído ;  
Mi amor, más hermoso  
Que flor de seíbo !

La frente inclinada  
Y el paso furtivo,  
Guardó aquel silencio  
Que vale un suspiro.  
Mas, viendo en la arena  
La sombra de un nido  
Que al soplo temblaba  
Del aire tranquilo,  
— « Allí se columpian  
Dos aves, me dijo ;  
Dos aves que se aman  
Y juntas he visto  
Bebiendo las gotas  
De fresco rocío  
Que absorbe en la noche  
La flor del seíbo. »

Oyendo embriagado  
Su acento divino,  
También, como ella,  
Quedé pensativo.  
Mas como en un claro  
Del bosque sombrío,  
Se alzara, ya cerca,  
Su hogar campesino :  
Detuvo sus pasos,  
Y, llena de hechizos,  
En pago y en prenda

---

De nuestro cariño,  
Hurtando á las sienes  
Su adorno sencillo,  
Me dió, sonrojada,  
La flor del seíbo.

*Rafael Obligado.*

Buenos Aires, Febrero 13 de 1882.

*Señor D. Rafael Obligado.*

Distinguido amigo :

Después de haberme honrado con invitarme á la nunca vista y descomunal batalla « que acabamos de fenecer », elevándome así, aunque aparentemente, á su nivel poético, inaccesible para mí de otra manera, ha querido Vd. coronar su obra de benevolencia, enviándome su preciosa *morocha*, con el amable encargo de ajustar las paces entre tan belicosos caballeros.

*Embelesado me ha*, amigo mío, su natural elegancia, su sencillez graciosa, y sobre todo, el alma angelical que manifiesta en sus ingenuas y sentidas palabras. ¡Cómo no ha de amar Vd. *la flor del seibo*, habiéndola recibido, en prenda de cariño, de las manos de tan encantadora criatura! No es esto decir que no estimo bella en sí misma la mencionada flor, antes bien (sin duda por ser menos quisquilloso en prosa que en verso), acépto-

la de mil amores, no como trofeo de vencedor, sino como ofrenda de amigo, con el mayor deseo de que pase, desde mi frente, donde Vd. tan galantemente la coloca, á mi corazón, que es el sitio donde sin duda alguna desearía Vd. que estuviese, según se desprende del *re-tintín* con que me la regala.

Todo bien considerado, la verdad es, que si ponemos de lado las exageraciones en 'que uno y otro hemos incurrido á veces, impulsados por el ardor de la polémica, por el *brio caballeresco* de que tanto hemos alardeado, y sobre todo, por la forma poética, y por lo mismo apasionada, de que la hemos revestido: nuestras tendencias literarias, si bien distintas en sí mismas, no son en modo alguno incompatibles, antes mutuamente se atraen y complementan. En efecto, ¿cómo podría Vd. oponerse, siendo tan artista como es, á que la poesía americana participase de la morbidez, sobriedad y transparencia de las formas griegas (único modo levantado de entender hoy el clasicismo)? ¿Ni cómo puedo yo hallar malo el que nuestra literatura tome un tinte genuinamente americano, y que en vez de vivir de prestado, brote espontáneamente de nuestra naturaleza, de nuestras ideas, sentimientos y costumbres? En esto, más que en cosa alguna, quiero que imitemos á los griegos: en ser originales.

En este concepto (debo confesarlo, á fuer de leal contendor), no tiene Vd. rival entre nosotros. Amando y sintiendo profundamente la naturaleza (y claro está que

ha de ser la americana especialmente, que es la que Vd. conoce y observa), la traslada Vd. á sus obras con verdad admirable, y libre de ese círculo convencional, y harto manoseado, á que van á buscarla poetas por otra parte merecedores de la mayor estimación.

De ahí ese sabor americano, ese aroma virginal que por dondequiera se aspira en sus inspiradas creaciones, y que les dan carácter propio y señalado en el campo de nuestra literatura.

Coincidiendo, pues, como me consta, nuestras ideas, en lo fundamental, es conveniente, puesto que hablando nos hemos entendido (cosa que rara vez sucede), unir los fuegos contra nuestro verdadero enemigo: el *galicultismo*, si vale la palabra. Esa es la peste literaria que amenaza dar al traste con toda idea de legítima hermosura, con toda índole nacional entre nosotros, merced á su hálito liviano y superficial, y por lo mismo temible, pues además de extenderse rápidamente, es de una eficacia insuperable para halagar la indolencia y coronar medianías.

Su morocha le llevará pormenores sobre el particular, en unos pliegos cerrados que tendrá á bien poner en sus manos, debiendo al mismo tiempo, en reciprocidad del encargo que Vd. la confió, reducir á polvo ante su vista toda burla ó palabra excesiva que se me haya deslizado respecto de Vd. ó de su adorado americanismo.

Por lo demás, volviendo á nuestra liza, si ha habido

---

algún cándido capaz de suponer *que no debía parar en versos*, la inocencia le valga, como con gracia tan incisiva dijo Vd., al verse amenazado con la pez y las calderas del infierno, no por mí, que me limitaba á advertírsele, sino por ciertos espíritus meticolosos, que no sufren, ni incidentalmente, sin escandalizarse, una deidad griega ; pero que son muy capaces de vaciar en sus escritos un formidable ejército de ondinas, silfos, huríes, trasgos, brujas, y todas las walkirias del Walhalla.

Con el más sincero agradecimiento por su lisonjera misiva, y su honrosa y galante dedicatoria, tengo el gusto de suscribirme su siempre afectísimo y leal amigo

*Calixto Oyuela.*

Buenos Aires, Marzo 15 de 1883.

*Señor D. Carlos Guido y Spano.*

Querido maestro y amigo :

Usted y no otro, introdujo en la tierra de la mazamorra habiéndoselas en descomunal batalla con el Dr. Valderrama, la moda de sacudirse el polvo en gallardos tercetos; y hé aquí que nosotros, llevados de su ejemplo, no hemos querido ser menos en el arte de descalabrar al adversario.

El motivo de la pendencia está de manifiesto en las epístolas adjuntas, donde, á vuelta de vapuleos un tanto apasionados, déjense traslucir *las causales* de ella, así como los propósitos y tendencias de los combatientes. Pero como ambos, modestamente, nos hemos atribuído el triunfo, y las paces firmadas en prosa más han sido añagaza para escapar de la arena con los honores de la guerra, que sincero apretón de manos (por cuanto privadamente seguimos dándonos á más y mejor), hemos menester de benévolo y alto intermediario,

el cual servirá para ponernos en paz y colocar en su fiel tan mal acondicionada balanza.

Hartas razones nos asisten para confiar á Vd., nuestro maestro, la última y definitiva palabra del debate ; y es una de ellas el haber Vd. cantado así á la patria *en que la dulce Erina se coronó de mirto*, como á la tierra donde oyó gemir tiernamente á la hija del Lambaré, *rasgado el blanco tipoy* ; prendas ambas, que además de las cualidades de su espíritu, nos aseguran la imparcialidad de su fallo.

Ponemos, pues, en sus manos nuestro modesto folleto.

¿ Debemos mantener enristrada la lanza, en alto el escudo, baja la visera y pronto el acicate, esperando el són de la guerrera trompa, ó asirnos amigablemente del brazo y apartarnos de la sanguinolenta arena ?

Maestro : una palabra, y depondremos las armas, ó en busca del adversario hundiremos nuevamente la espuela á nuestros jamás fatigados bridones.

Cruzando las lanzas en honor suyo, y saludándole con los vistosos penachos que el aire agita sobre las bélicas celadas, esperamos inmóviles el fallo.

De Vd. admiradores y amigos

*Rafael Obligado. — Calixto Oyuela.*

Buenos Aires, Marzo 25 de 1883.

*Señores Rafael Obligado y Calixto Oyuela.*

Amigos :

Cuentan viejos libros que Sócrates, en vísperas de recibir como discípulo á Platón, soñó que un cisne venía á posarse en su seno. Yo que vivo montaña de por medio con la sabiduría, no he soñado nada ; lo cual no ha impedido que dos pájaros canoros y de cuenta, se me viniesen encima á acariciarme con sus alas. Es sumamente lisonjero.

¡ Oh aves desocupadas y gárrulas, de libre y gentil vuelo, nacidas puede decirse en el mismo espinillo, aunque prefiera la una hacer su nido en el chapitel de alguna columna jónica ó corintia, y la otra en el alero de cualquier rancho de las islas cubierto de *biricuyá* y *alverjilla* ; amables calandrias que cantáis á la aurora, ya que habéis venido á visitarme á los primeros fríos

de mi invierno, después de saludaros gozoso, seguid alegres vuestra ascensión aérea; encontrad fruta deliciosa que picotear en los verjeles del tránsito; y pueda yo escuchar agazapado en la enramada vuestros gorjeos matinales, repitiendo los votos del excelso agustino español:

Despiértenme las aves  
Con su cantar sabroso no aprendido,  
No los cuidados graves  
De que es siempre seguido  
El que al ajeno arbitrio está atendido.

Metáforas y reminiscencias poéticas aparte, hermanos en Cristo (no quiero decir en las Musas por no desobligar á Obligado), he recibido vuestra carta y los versos á que ella se refiere. Son bellos y armoniosos. Aunque lo sepáis, es grato repetirlo. Esos tercetos remozados y frescos, me producen el efecto de una salvilla de plata maciza del tiempo de la *Vireyna cieja*, llena de mosquetas y jazmines recogidos en alguna quinta de Belgrano.

¡Qué diría Leonardo y Lupercio de Argensola; qué el fiero Dante, al ver el molde severo de sus pensamientos, sirviendo á los caprichos ingeniosos de nuestros poetas porteños! Les parecería algo de profano, así como si se sirviese en un banquete *Chateau Cordeiro* en los copones de la catedral. Pero pesia á aquellas grandes sombras, resulta que el terceto sirve para

todo, hasta para condenar el clasicismo. ¡ De repente se ha de iluminar el Escorial con luz eléctrica! ¡ Qué tiempos!...

Dejándonos de reflexiones melindrosas, ¿sabéis, amigos, que el haberme llamado maestro, si obliga mi gratitud, me llena de rubor? ¡ Maestro yo, que tanto hubiera necesitado aprender! Llamadme antes compañero afectuoso, y quedaréis cumplidos. Anda por ahí un fénix ya calvo de las letras, redomado admirador de sí mismo, que afirma no sé nada, bajo la fe de su sapiencia. Á verdad tan pelada no hay respuesta. ¿Cómo aceptar entonces el título honroso que me dais? Ganas me vienen de decir algo semejante á las palabras del Marqués de Villena en el Macías, cuando recibió la carta del clavero, que se refería á sus horóscopos:

¡ Yo astrólogo, yo adivino!  
 ¡ Yo dado á la nigromancia!  
 ¡ Sólo porque ven más libros  
 Reunidos en mi casa  
 Que en todo el reino! ¿ Y acaso  
 Podrán saber lo que tratan?

No, gentiles caballeros, yo no soy maestro de nadie, y menos de vosotros, que marcháis á la plena luz de privilegiada inteligencia. La tea que llevo en la mano es vacilante; solo alumbrá mi paso entre las ruinas de la pasada juventud. Sea como fuere, es dulce

la palabra de la amistad que nos alcanza en el retiro y en la sombra.

Viniendo ahora á lo esencial de la cortesísima misiva á que contesto, me ocuparé rápidamente en ello, echando todo escrúpulo á la espalda, y después de santiguarme tres veces á fuer de buen cristiano. ¿Conque deseáis que yo decida en la descomunal contienda, pidiéndome consejo para seguir lidiando ó hacer paces? ¡Vaya un compromiso!... No importa... Conozco las piezas del debate; las sé casi de coro. Me he inclinado ya á este, ya á aquel lado, y apenas si aún puedo salir de mi perplejidad.

¿Quién no diría que Oyuela tiene razón en su culto por las dos familias divinas, la griega y la cristiana (aunque de ésta no tratara al presente), volviendo la vista sin cesar á la egregia patria desheredada de los dioses y los héroes, en que cantaba Píndaro, que vive más que las acciones, la palabra escapada de un alma profunda por labios amados de las Gracias? «Es allí donde Citerea ama todavía bajo el mármol, y donde esparcida su hermosura en la límpida atmósfera, aspiramos una parte de su inmortalidad». Lo ha dicho bien el poeta: «una miel pura fluye aún sobre el Hymeto. Apolo dora siempre los largos veranos de aquella tierra consagrada, y los mármoles del Pentélico resplandecen todavía al fuego de sus rayos». Encadenados al carro del arte victorioso, somos sus cautivos, y mi amigo el cantor de *Eros* ha podido repetir con Byron: «Bella

Grecia, de hielo ha de ser el corazón que te mire sin sentir lo que siente un amante inclinado sobre las cenizas de su amada ».

Mas por grande que sea nuestra admiración, atraídos de los prestigios de la belleza clásica ; por intensa la sed que nos lleve á beber en las fuentes inspiradoras donde las Náyades suspiran, no debemos olvidarnos ni de nuestro tiempo, ni para refrescar nuestros labios en la fiebre ardiente de la vida, del manantial que surge en la tierra nativa, dando lozanía á los prados en que corrió nuestra niñez, acompañamiento rumoroso á nuestros ensueños juveniles, y vigor al alma siempre ambiciosa de nuevas impresiones. Fijar la mente en un ideal artístico de convención, inmutable, equivaldría á inmovilizar el pensamiento en las fruiciones de un éxtasis perpetuo, privándole de su fecundidad incesante. Enhorabuena venérense las reliquias de las grandezas caducadas, sin arrebatár á los altares derruídos sus mutilados simulacros ; arrodillémonos en los venerables santuarios donde la humanidad pontificó bajo la representación del genio antiguo ; pero salgamos luego al aire libre, y admiremos, fortalecido el espíritu, á la naturaleza eternamente renovada. Las corrientes de la vida nos arrastran. Si la memoria vuélvese al pasado, es como la llama de una antorcha llevada contra el viento. No la dejemos apagar.

Y viniendo ahora á ti ¡oh Rafael! poeta de los dul-

ces cantares argentinos, adorador del Sol y de la pampa; también se creería, si se juzgase sólo por el sentimiento engendrado en las blandicias del hogar, que arrebatas la palma á tu adversario. ¡Es tan bella la patria, su historia tan dramática, sus aspiraciones tan altas! Á más, sabes que ni la credulidad mítica, ni la mística, existen, ¡no teniendo en gran cuenta, que digamos, á las divinidades del Olimpo, ni disposición ninguna, por lo visto, para ir á las viejas catedrales á buscar á los santos y á los ángeles en sus hornacinas de piedra, aunque lo hiciera Goëthe corriendo en pos de la leyenda. Campo y más campo, cordillera tras cordillera, el espacio, los anchos y solitarios ríos, el cielo fulguroso, la inmensidad, los Andes. Ahí, según tu criterio literario, joven, fresca, inviolada, existe la inspiración, la poesía de América, que no necesita las guirnaldas marchitas de los templos paganos, ni las rosas de Jericó para realzar su hermosura, cuando tenemos por esos *cercos* la del país, con un olor exquisito de serrallo recién inaugurado. La melancólica guitarra vale tanto como la lira de Orfeo, y los *tristes* de aquella no son menos tiernos que las lamentaciones del amante de Eurídice en el fondo del Hemus, muy bien despedazado por las mujeres de la Tracia, á quienes desdeñara, cuando por acá las queremos á todas. ¿Qué necesitamos de los idilios del valle de Tempe, valle de abanico, de las palomas de Venus, ni de los cisnes de Erimanto, que en resumidas cuentas no eran sino una

especie de patos más blancos y con el pescuezo más largo? Nada falta para nuestros cuadros bucólicos, ni el chirrío de las carretas, *stridentia plaustra*, que decía Virgilio. Y si remontamos el vuelo ¿pediremos á la ficción lo que la realidad nos ofrece? Á nuevo mundo, nuevos cantos. Cuando se posee inmenso y rico territorio, nobles tradiciones; ensanchada por el empuje de los siglos la órbita del pensamiento y de la actividad material, no es cuerdo el irse á vivir encaramado en el Pindo, sin otro prospecto que el de petrificarse en el arrobamiento de un arte envejecido.

¡Desventurado! ¿Ignoras que al lado de la nuestra, y detrás, hay otras civilizaciones que vienen transmitiéndose en el tiempo su luz y sus tesoros? ¡Has recogido ampliamente la herencia, y aparentas desconocer el beneficio! ¿De dónde aprendiste las sentidas modulaciones de tu lira, pues por más que quisieras negarlo, lira es la tuya á que las mismas Gracias pusieron cuerdas de oro? ¿Rehusarías, te preguntaré con un grave humanista, reconocer lo divino porque aparece en el arte y el placer, y no sólo en la conciencia y en la acción? No se trata de someterte á estrechas reglas, ni á los preceptos de una pedantería tiránica; pero tu misma originalidad envidiable nos está revelando que el fruto no se ha colorido en el árbol sin que una savia robusta sustentase sus raíces. La planta humana se desarrolla, es cierto, en cualquier zona;

mas ha de ser á condición de no dejarla, antes de estar crecida, á la intemperie. En donde hay vida, sin duda, existe la belleza, y por consiguiente la poesía. Empero las formas nobles y graciosas con que la traducimos á nuestro lenguaje limitado, no se aprenden con sólo descender al fondo de nuestro corazón, ni contemplando embelesados una naturaleza exuberante. Es menester pasar por la Academia, adornada con las estatuas de las deidades antiguas. Tu *Flor del setbo* habría muerto desconocida á la margen solitaria del río, si no la hubieses presentado á nuestra admiración en vaso fino de cristal. No obstante lo dicho, acepto como si fuera mío, y te encargo su traducción en romance, este verso genial de Lafontaine: .

*Donne:-moi du nouveau n'en fût-il pas au monde.*

Ahora, sin insistir más en las doctrinas que no pretendò enseñar, y que sólo he desflorado para retardar, según es de práctica entre jueces, el fallo que se me pide con desparpajo gallardísimo; leídas una y otra vez las composiciones rítmicas, causa del berenjenal en que denodadamente se han metido y me han metido sus autores; declaro, que en Dios y en mi ánima, después de pensar con madurez los relevantes méritos, respectivos de aquéllos, ninguno de los dos amantes de la gaya ciencia que aguardan esta decisión en el tor-

neo literario á que bajaran, manteniéndose en actitud belicosa, merece exclusivamente la palma, y sí ambos ser coronados, de jacintos Oyuela, y Obligado de sauce arrancado á orillas del San Borombón, que corre cantando *vidalitas*.

Item más opino, que Oyuela, domiciliándose en Cañuelas, donde á falta de ambrosía se alimentará con matambre y picana asada, debe abandonar la lectura de Homero y su familia lírica, siquiera unos 20 años, sustituyéndola por la de *Aniceto el Gallo* y *La vuelta de Martín Fierro*, que aprenderá de memoria. Mientras, para equilibrar, robustecer y *acriollar* su temperamento literario, será bueno que aprovechando este invierno, vaya á camparse en la laguna *Pichi*, próxima del *Nahuel Huapi*, tomando después de cada baño *un verde*, mejor que el néctar de los dioses. El viaje de ida y vuelta, *churrasqueando* á su gusto en el camino, lo emprenderá en un mancarrón patrio, y por ser poeta, ensillado con un *recadito cantor*; así se librará del Pegaso, animal arisco y duro al freno. De paso hará pascana en la estancia de D. Benjamín Zubiurre, ó en *Poronguitos*, asistiendo en oportunidad á la *esquila* y á la *yerra*. No faltará allí quien le enseñe á echar un *pial*. Para amenizar aquellas faenas campestres, dejándose de las odas de Safo, cantará junto al fogón, en un tiple del guitarrero Ramírez, la *milonga*,

Haciendo gemir la prima

Y llorar á la bordona.

Siendo moralmente imposible modificar de sopetón los gustos artísticos adquiridos en el estudio de los clásicos, que se nos pegan como la túnica de Neso, en vez de llevárselo soñando con el Partenón y las maravillas helénicas, podrá pasar las horas muertas en contemplación de la piedra movediza del Tandil, recordando los versos emolientes del más inocentón de los poetas :

Cada comarca en la tierra  
Tiene un rasgo prominente, etc.

De este modo su espíritu se irá tiñendo poco á poco con el colorido local, que tanto le recomienda su émulo, con quien se haría luego la paz al són de una habanera quebrada, bailada por puros criollos con sus *minas* flexibles.

Respecto de Obligado, soy también de dictamen, que inmediatamente se ponga en viaje, aunque sea en una balandra con *troja*, poniendo el rumbo al mar Egeo, sin parar hasta Atenas, y allí, en la augusta ciudad de Minerva, la de los ojos azules, diosa de la sabiduría, que según malas lenguas no inspiró nunca á ningún poeta, aprenda el griego, reverenciando las ruinas que han venerado las naciones. Pero antes, por medio del bautismo clásico, atravesará á nado el Helesponto de Abydós á Sestos, munido al efecto de vejigas hinchadas; visitará luego las sagradas márgenes de Delfos, y dirigiéndose en seguida al bosque antiguo de Dodona, per-

manecerá en él, en sus fuentes habitadas por ninfas, y evocando en la soledad sus divinos oráculos. En todo este tiempo no probará el mate, ni fumará un cigarrillo de tabaco negro, teniendo por único sustento la dorada miel fabricada por las abejas del monte Hibla. Con este régimen, sin olvidar á Santos Vega, exaltada su fantasía, verá pasar ante sus ojos la sombra gigantesca de los antiguos vates, á quienes saludará quitándose la *galera*, admirando la gracia, la perfección de la forma en sus cantos celestes, y volverá á sus pagos espiritualizado, con gran copia de colores, con impresiones indelebles, trayendo en el oído el eco de la verdad noble y sencilla, y en la mente un reflejo del esplendor olímpico, para iluminar sus cuadros argentinos, sin mengua de su originalidad y su frescura.

Ejecutada esta receta, me persuado ¡oh jóvenes amigos! que acabaréis por entenderos, sin que ni las Musas, ni los manes de los Incas puedan quejarse de vosotros. Seréis más completos abrazándoos. La poesía, de origen divino, no tiene patria, ni escuela. Sus dones están esparcidos en la tierra, y aquel será más feliz que pueda juntar en su guirnalda á las adelfas del Euirotas, las flores silvestres de nuestro suelo bendecido.

Aquí debiera terminar, que ya es tiempo; mas no quiero hacerlo sin pedir excusa por el retardo de esta contestación. Se explica. Recibí la carta á que respondo, el primer día de la semana santa; y temeroso de caer en pecado mortal ocupándome en versos en horas

que la cristiandad destina á meditaciones piadosas, he esperado el Domingo de Pascua, para dirigirme á vosotros con la conciencia limpia. Haced tregua á vuestra contienda, que será buen consejo, sin perjuicio de seguir cantando á destajo cada cual en su cuerda. Habrá ganancia para todos.

Agradeciendo cuanto de mí decís de bueno, cúpleme ahora corresponder vuestro gentil saludo, agitando al aire mi blanca banderola, donde acabo de inscribir por mote, precaviéndome de volver ya á terciar en doctas zalagardas, el sabio axioma de Zenón: *Abstine et sustine.*

*Carlos Guido y Spano.*





## II

### IMPOTENZA <sup>1</sup>

(TRADUCCIÓN)

*Nosce te ipsum.*

O mille volte e mille te beato,  
Condor superbo, che t' innalzi a vol  
Superbamente nello smisurato  
Pelago d'oro del fecondo sol !

Felice te, ché dall' eterea via  
Senti potente e fervido vibrar  
Il bacio eterno che all'Eterno invia  
La palpitante immensità del mar !

<sup>1</sup> Esta traducción fué hecha sobre el texto primero de mi original. Algunas modificaciones que luego he introducido en él no han podido, pues ser tomadas en cuenta por el distinguido traductor.

Perchè se, ingrata, mi negò natura  
Del tuo sublime volo esser rival,  
Accese in me quest' ansia imperitura ?  
Questo di gloria anelito immortal ?

Perchè questo desio che sì mi coce  
Per l'aroma e pel fior della beltà,  
Se l'impotenza l' ugnà sua feroce  
Nei miei conati sempre immergerà ?

Io t' intravvedo; o eccelsa venustade,  
Limpida e glauca come il glauco ciel,  
E paionmi ombra il ben, la veritade,  
Quando t' affacci nel tuo fulvo vel !

E penso, contemplandoti anelante,  
Che nel cervello mio scendi talor,  
E che al lasciar la mente mia sognante  
Sorgi imbevuta del mio sommo amor.

Inutil brama ! Inferno orrendo e fero  
L' Eden sognato subito si fa,  
Che ratta sfugge al servo mio pensiero  
Dell' esser tuo l'eccelsa maestà.

Così rammenta il prigioniero e pensa,  
Al breve raggio che gli vien di fuor,  
Che là del cielo nella vòlta immensa,  
Il sol dispande i vivi suoi fulgor.

A che guardar la nuvoletta bianca  
Che via si perde nell' immensità,  
Se l' abbattuta nostra mente stanca  
Nel sozzo limo diguazzando sta ?

A che mi serve il raggio incerto e tardo  
Che vienmi l' alma cupida a chiarir?...  
Non esser grande, vale esser codardo !  
Nel cielo ha la sua fonte il mio desir !

*S. Angelini.*



# ÍNDICE

---

	Páginas
Á Fray Luis de León.....	1
La vuelta al campo.....	9
Iris.....	25
Al arte.....	33
Eros.....	41
Á Rafael Calvo, <i>después de una representación</i> <i>de «Don Álvaro, ó La fuerza del sino»</i> .....	49
Á.....	57
En la pampa.....	59
Reminiscencias.....	61
Despedida de la infancia.....	67
Post nubila.....	75
Melodía.....	83
Triunfo.....	87
Al Niágara.....	89
Patria.....	97
Visión.....	103

	Páginas
El titán .....	105
Impresiones .....	113
Á España, <i>con motivo del terremoto de Andalucía, en 1884</i> .....	121
La bóveda oscura .....	123
Á la astronomía .....	131
En el álbum de Sara .....	139
Gloria y fe .....	141
Eternidad .....	149
Impotencia .....	153
Á Italia (Leopardi) .....	157
Bruto menor (Leopardi) .....	165
Lo infinito (Leopardi) .....	173
La noche del día festivo (Leopardi) .....	175
La vida solitaria (Leopardi) .....	179
Á Silvia (Leopardi) .....	185
Imitación (Leopardi) .....	189
Los recuerdos (Leopardi) .....	191
Amor y Muerte (Leopardi) .....	201
Á sí mismo (Leopardi) .....	209
Al mar (Byron) .....	211
La lágrima (Byron) .....	215
La nube (Shelley) .....	219
Sueños (Heine) .....	225
Las ondinas (Heine) .....	227
La joven cautiva (Andrés Chénier) .....	229
Á Italia (Filicaja) .....	233
Confidencias (Condesa Lara) .....	235

	Páginas
La palabra de la abuela (Condesa Lara).....	237
Sin besos (Condesa Lara).....	239
Paz (Condesa Lara).....	241
Estancia cerrada (Condesa Lara).....	243
Paisaje holandés (De Amicis).....	245
Plegaria (De Amicis).....	247
El amor del barquero (De Amicis).....	251
JUSTA LITERARIA.....	253
Apéndice .....	301





ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA

EN BUENOS AIRES

EL 27 DE MAYO DE 1891

